



NOSOTROS

EL CASTELLANO EN INGLATERRA

En el número 4, de enero, de la revista mensual, de Londres, EL MARCONIGRAMA, que se publica simultáneamente en una edición de lengua castellana y otra de lengua portuguesa, notable «magazine» que dirige el culto periodista Enrique Pérez, y que, a pesar de su objeto preferentemente comercial, a saber, la difusión de la marconigrafía, no descuida ningún problema contemporáneo ni las cosas del espíritu, encontramos una admirable conferencia sobre «La literatura española», dictada en inglés por el profesor James Fitzmaurice-Kelly, en el salón de conferencias del King's College, el día de la inauguración solemne de la Cátedra de Castellano, fundada recientemente. La importancia de estas iniciativas inglesas en pro del estudio de la lengua castellana, para vincularse siempre más, material y espiritualmente, a España, y, sobre todo, a América, nos ha movido a reproducir a continuación la traducción que de aquella conferencia ha publicado «El Marconigrama», pues no pueden sino interesar vivamente a los intelectuales argentinos, tales iniciativas.

El nombre del erudito hispanista Fitzmaurice-Kelly es bien conocido en nuestro país, si no por su entera obra, muy vasta, sólo al alcance de los especialistas, al menos por su «Historia de la literatura castellana», ampliamente difundida entre nosotros. Su conferencia del 11 de octubre, sobria en palabras y rica de ideas, in-

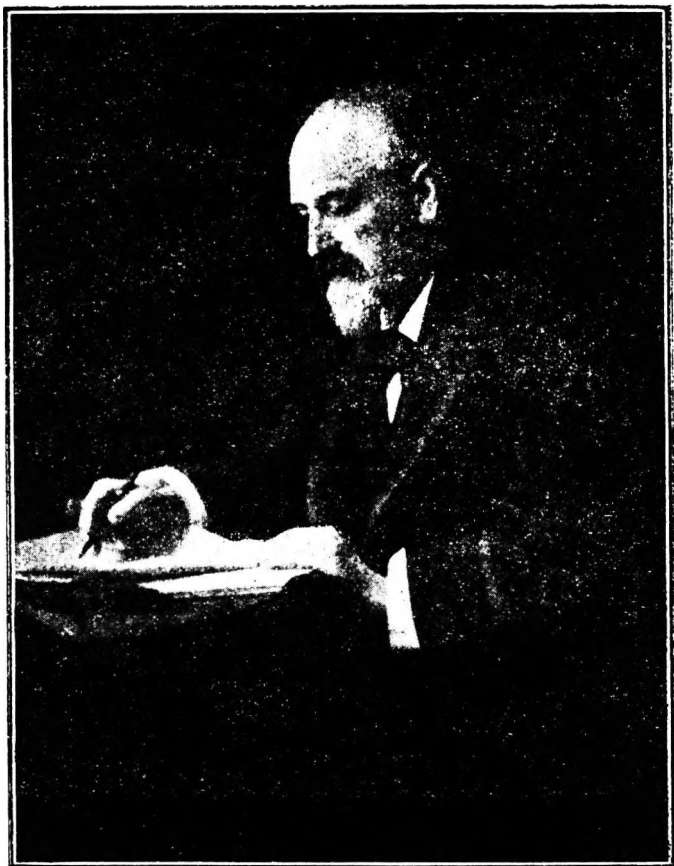
formaciones y juicios, bastaría para probar la considerable suma de ciencia del reputado cervantista, profesor sucesivamente, en distintas épocas, en las Universidades de Oxford, Londres, Cambridge, Liverpool, y ahora en el King's College, de la Universidad de Londres.

Como complemento de esta noticia, reproducimos aquí la traducción de una carta escrita por el Rector del King's College, al señor Benjamín Barrios, director de AMÉRICA LATINA, otra muy interesante revista que ve la luz en Londres con el objeto de hacer obra de propaganda en favor de los aliados. Por esta carta se verá cuán grande es allá el interés por las cosas de España y la América Latina, y cómo todos los escritores de lengua castellana pueden colaborar en la tarea común, de enriquecer la Biblioteca del King's College. Dice la carta:

«Octubre 19 de 1916. Querido señor Barrios: Estas líneas llevan por objeto solicitar la colaboración de sus ya numerosísimos lectores, en la formación de una Biblioteca Española para esta Universidad. Carecemos todavía en Inglaterra de suficientes facilidades para aprender la admirable y hermosa lengua de España y de la América Latina. En ninguna otra parte se hace tan necesaria como en Londres, capital del Imperio. Llevamos reunido, desde que comenzó la guerra, todo menos libras 1.500 de las 20.000 que necesitamos para la dotación de dicha dependencia. Nos hemos granjeado para nuestra cátedra «Cervantes» a la más eminente de las autoridades hispanófilas que existen hoy día en los países de habla inglesa, al profesor Fitzmaurice-Kelly. Contamos con la hábil colaboración de dos distinguidos catedráticos auxiliares. Lo que nos hace falta es una magnífica colección de libros y folletos que hagan de King's College lo que deseamos que sea: un centro de interés y de consulta, a la vez que de investigaciones para estudios históricos y literarios relacionados con España y la América Latina. ¿Cuánto no sería dable a vuestros lectores hacer por llenar este vacío? Confiando en su generosa ayuda, soy de usted muy atento DONALD M. BURROWS.»

Todo envío de libros y folletos debe ser hecho directamente al Profesor Fitzmaurice-Kelly. — Departamento Español, King's College, London.

LA DIRECCIÓN.



Profesor JAMES FITZMAURICE-KELLY

LA LITERATURA ESPAÑOLA

La inauguración de una nueva cátedra en un centro universitario es siempre un acontecimiento interesante. Su establecimiento equivale al reconocimiento oficial de que la materia que va a enseñarse ha venido a ser generalmente considerada como parte integrante de una educación liberal. La enseñanza de los idiomas modernos no ha venido a iniciarse en las universidades inglesas sino en los últimos tiempos; y todavía es, además de incierta, un tanto restringida. Es desconsolador observar, y difícil de creer, que en el momento actual no existe una cátedra de francés en las antiguas universidades de Oxford y de Cambridge. Naturalmente, las demás lenguas romances no han corrido mejor suerte. De otro lado, hay indicios que nos alientan a esperar que este período de indiferencia y de abandono llega a su fin. Cualesquiera que sean las deficiencias de las nuevas universidades provinciales, no puede acusárselas de falta de acuciosidad e interés, como que han asignado a los idiomas modernos el lugar que en justicia les corresponde. Está bien que así sea. La universidad ideal debiera ser un centro de instrucción de todas las materias, y como el crítico ideal puede tener preferencias, pero no ha de hacer excepciones. Empero, el ideal suele ser de difícil alcance. En cuanto a mi tema atañe, todavía es mucho el terreno por recorrer. La única cátedra de español existente en este país — además de la que por benevolencia del Senado de este Colegio tengo el honor de presidir — es la cátedra Guilmour (hoy vacante) en la Universidad de Liverpool. Bienvenidas sean estas dos cátedras, pero ellas no agotan las posibilidades del porvenir. Influencias externas afectan la dirección del esfuerzo educacionista más profundamente de lo que pudiera creerse; y, cuando el mundo recobre su normalidad, el conocimiento más generalizado de las lenguas modernas vendrá a ser no menos eficaz que lo es hoy el abastecimiento de poderosos

explosivos. Nadie discutiría la importancia que tiene el español al considerar dichas lenguas. En las universidades americanas — y no me refiero únicamente a la de Columbia, que con sus quince mil alumnos es la universidad más grande del mundo, sino a todas las universidades americanas — se han dado pasos muy importantes para estimular el estudio de la lengua española. Verdad es que el entusiasmo por el castellano en los Estados Unidos es y ha sido tradicional: los nombres de Ticknor, de Longfellow y de Prescott así lo atestiguan. El vasto impulso que ha recibido allí el estudio de la lengua española no es, sin embargo, un renacimiento del diletantismo de otros tiempos. El implica un movimiento eminentemente práctico que data desde la guerra de 1898. Acá, como en los Estados Unidos, los acontecimientos imponen nuevos rumbos. El hecho de que en este país se haya nombrado recientemente una Comisión Real para que informe sobre la conveniencia de la enseñanza de las lenguas modernas, está indicándolo a mi parecer, que hay en perspectiva mayores adelantos en ese sentido entre nosotros. Séame permitido recordar en qué consiste la misión encomendada a la Comisión Real. Su objeto es el de estudiar las medidas que sea preciso tomar para promover la enseñanza de idiomas modernos, «teniendo en cuenta las exigencias de una educación liberal que incluya la debida apreciación de la historia, la literatura y la civilización de otros países, a la vez que la de los intereses comerciales y del servicio público.» Todo el grupo de lenguas modernas queda incluido dentro del radio de acción de la Comisión Real. Naturalmente, la tarea de cualquier individuo es mucho más ligera, como que a él le interesa únicamente un aspecto de la cuestión; y me daré por satisfecho si tengo la fortuna de destacar algunas de las ventajas que ofrece el idioma español.

La labor encomendada a la Comisión Real incluye, muy justamente, la especial atención a «los intereses comerciales y al servicio público.» Acaso no sea absolutamente necesario hacer hincapié en las ventajas del castellano, desde el punto de vista puramente utilitario; mas séame permitido decir una palabra a este respecto, antes de entrar en otras consideraciones. Pongamos de lado todo lo que implique adorno y belleza y atengámonos a los hechos. El saber, si ha de evitar llegar a ser un bizantinismo sin vida, no puede divorciarse de la realidad. Fué de Carlos V de quien primero se dijo que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y

quedan todavía muchos rastros que nos recuerdan el esplendor que fué de España. Los imperios surgen y desaparecen; pero las influencias lingüísticas se cuentan entre las más durables y entre las que con mayor precisión modelan a los pueblos. Así como el latín, en sus varias fases de transformación, representa el antiguo poderío de Roma en Bélgica, Francia, Italia, la Península y Rumania, el idioma que se habla en Méjico, Centro América, y en la mayoría de los países sudamericanos continúa la gloriosa tradición española. Y no olvidemos jamás, cuando de estas cosas se trata, que España misma debe ser tenida en cuenta. Recuerdo a este propósito el célebre verso en un soneto de un poeta del siglo XVI, Hernando de Acuña, que dice:

Un monarca, un imperio y una espada.

La sublime aspiración hacia alcanzar la solidaridad racial se ha realizado de una manera que Acuña no soñó jamás. Quienes tienen algún conocimiento de estas cosas serán los primeros en reconocer hasta qué punto acrece la competente actividad del distinguido Embajador de España, ante la Corte de St. James's la fundación de la Cátedra de Cervantes en la Universidad de Londres. Y los representantes diplomáticos de aquellos vastos territorios que se extienden desde el mar Caribe hasta el Estrecho de Magallanes, y desde las turbulentas olas del Atlántico hasta las ondas tranquilas del Océano Pacífico, no han sido menos celosos que él para ver de coronar el empeño.

Estos países tienen una población de cerca de setenta millones, para no hablar de cerca de veinte millones en la misma España. Algo así como seiscientos millones de capital inglés han hallado colocación en la América española, venero inagotable de riqueza no explotada y que sobrepasa todos los tesoros de Potosí. Esto es lo que yo llamo realidades — indiscutibles realidades en verdad. Colocando la cuestión en el terreno práctico, como asunto mercantil únicamente, y en nuestro propio interés, ¿podemos consentir en no tener comercio alguno — tanto intelectual como industrial — con una sección tan grande de la humanidad? ¿Habremos de permanecer con los brazos cruzados y permitir que el inmenso capital invertido en aquellos países nuevos se use como arma contra nosotros? Y sin embargo, esto es lo probable, a menos que rectifiquemos nuestros métodos. Empero, esa catástrofe será im-

posible si el Board of Trade, las Cámaras de Comercio, los Concejos Municipales y otras entidades públicas comprenden sus responsabilidades. Pero nosotros también debemos hacer lo que nos corresponde.

Teniendo en cuenta el aspecto práctico de la cuestión, en King's College se hará lo que sea preciso para facilitar el aprendizaje del español a quienes quieran dominar el idioma, tanto para fines comerciales como para el trato social. No pretendemos realizar milagros. No prometo que, tras un estudio de seis meses, quienes hayan seguido aquí el curso sean capaces de hablar, como dice Cervantes, en propio toledano. Algunos de vosotros que habéis estudiado el francés por años, debéis saber por propia experiencia que se puede viajar por Francia sin el menor temor de ser tomado por un hijo del país. Y lo dicho respecto del francés ocurre con el castellano. Nosotros podemos ponerlos en el camino de aprenderlo; os ayudaremos a vencer dificultades sin número; podremos prepararlos de tal suerte que no quedaréis ni mudos ni desamparados cuando sentéis el pie en tierra española. Sin embargo, la fluidez en el lenguaje sólo puede adquirirse mediante la práctica constante en el lugar donde el idioma se habla. Y yo espero que habrá de llegar el momento en que este hecho sea reconocido; y ora sea por medio de viajes, ora empleando otros métodos, el colegio ayudará a sus mejores alumnos a que completen su aprendizaje en el extranjero. Entre tanto, y mientras el castellano ocupa el lugar que le corresponde entre las materias que se enseñan en las escuelas inglesas — y sin duda los Agentes del Servicio Civil pueden colaborar eficazmente hacia ese fin — no debemos descuidar los más elementales deberes y toda la labor pesará sobre nuestros hombros. Una universidad es — o debiera ser — una casa de muchas mansiones. Nuestras puertas deben abrirse, tanto a quienes tienen en mira fines en parte utilitarios, como a aquellos a quienes interesa la cuestión desde un punto de vista más intelectual. En verdad que no es siempre fácil trazar la línea divisoria entre estas dos clases de estudiantes, como que bien puede suceder que unos y otros se interesen en la materia a la vez utilitaria e intelectualmente. Concedo que el estudiante que apenas puede deletrear el *Quijote* no será muy útil al hombre práctico de negocios; ¿pero puede acaso esa clase de estudiantes ser útil a alguien? Entre tanto no es en manera alguna imposible que unos pocos que comiencen con la modesta aspiración de obtener algunos

conocimientos en el idioma moderno, sientan al cabo la tentación de extender su aprendizaje para seguir el castellano hasta sus más remotas fuentes y quieran estudiar monumentos tan característicos, y sin embargo tan diferentes, como el antiguo *Poema del Cid* y la *Celestina* medioeval.

Y el interés por tales estudios no es puramente estético. Naturalmente no me corresponde depreciar los méritos y atractivos de la literatura española: ello equivaldría en verdad a «leerme yo mismo para atrás,» como diría un miembro de la Iglesia Escocesa. Y con todo, en interés de la exactitud, del gusto y de la sinceridad, debo declinar el uso de un lenguaje que implicaría que el canto épico español y la *Chanson de Roland* se encuentran precisamente sobre el mismo plano. Si alguien espera hallar en el *Poema del Cid* toda la grandeza del tratamiento épico que se exhibe en la *Chanson de Roland*, está destinado a sufrir un desengaño. Sin embargo, el estudio de la lengua española trae su propia recompensa. El *Poema del Cid* ya no está solo. Hoy sabemos, de una manera positiva, lo que no podíamos conjeturar sino muy vagamente hace veinte años: o sea que el *Poema* no es sino el despojo flotante de un bajel naufrago. En la *Gesta de los Infantes de Lara* — admirablemente reconstruida en nuestro tiempo por el genio adivinador de Ramón Menéndez Pidal — encontramos un notable fragmento que representa, más o menos directamente, una temprana fase de evolución social en España, y que tiene, por tanto, un singular interés que le es propio. En la *Gesta* no tenemos ni emperadores venerables, ni brillantes paladines. Encierra ella una relación de pasiones primitivas, de odios de familia, de sangrientas venganzas. Es una composición cruda en la cual se hallan tiernos pasajes de belleza bárbara. Aparte las cualidades literarias de trozos tan poéticos, encontramos en la *Gesta* una relación que tiene el carácter de una crónica y que arroja un rayo de luz sobre las condiciones sociales y políticas. He aquí materia para el estudiante de historia; materia que le pondrá en capacidad de comprender las obscuras influencias que contribuyeron a formar a España y a hacer de ella lo que vino a ser después! He ahí un campo inexplorado en el cual se necesitan trabajadores sin número, en vez del puñado de entusiastas que trabajan actualmente en una soledad espléndida. Y antes de abandonar este punto séame permitido recordar que la pluma ya no basta para penetrar en los dominios de la historia. La azada es su complemento indispensable,

y en el campo español el fruto del trabajo del arqueólogo será todavía más rico que el del historiador. Fidel Fita, Hübner, Berlanga y Monsieur Paris han señalado el camino. ¿Cuánto tiempo se pasará antes de que podamos agregar un nombre inglés a esa lista de precursores en que todas las naciones occidentales, excepto la nuestra, están representadas? Ahí tenéis vuestra oportunidad.

Seamos claros en esta materia y no exageremos nuestras pretensiones. Francamente, prescindo de la filosofía pura y simple. Aunque España ha colaborado con disquisiciones importantes en el campo del pensamiento abstracto — hay alemanes que consideran a Juan Luis Vives como un antecesor de Kant — no es éste el campo de actividad intelectual en que las glorias españolas han descollado más; ni es tampoco aquel en que sea indispensable el conocimiento del castellano. Sucede que Vives, Fox Morcillo, Suárez y los demás, escribieron en latín. Hay otro campo en el cual el castellano no es absolutamente necesario, aunque no deja de tener algún valor. Mi antiguo amigo y maestro, Menéndez y Pelayo—clarum ac venerabile nomen—pudo haber tenido algunas veces la tentación de exagerar los adelantos hechos por España en los dominios de la ciencia pura. Verdad es que no puede gloriarse de figuras tan imponentes como las de Galileo y Newton. Bien puede ser que Miguel Servet — quemado por Calvino en Ginebra — no hubiese en realidad previsto el descubrimiento de Harvey, sobre la circulación de la sangre, más de lo que Blasco de Garay previera el invento del buque de vapor por Fulton. Sin embargo, sigue siendo cierto que los libros españoles contienen ricas, originales e ingeniosas observaciones relativas a la flora y a la fauna que se revelaron a los admirados ojos de los Conquistadores cuando se adueñaron del Nuevo Mundo. Estas observaciones han perdido, inevitablemente, el mérito científico que pudieron tener en otro tiempo; pero son en extremo interesantes por haber sido los primeros esfuerzos hechos en el sentido de sistematizar el estudio del aspecto externo del hemisferio occidental. Como contribuciones al saber positivo son, en la actualidad, relativamente poco importantes; pero tienen un valor histórico que no se puede exagerar fácilmente; y para quienquiera que manifieste alguna curiosidad por saber qué impresión causó el Nuevo Mundo a los contemporáneos de Colón y a sus inmediatos sucesores, obras como las de Hernández de Oviedo y José de Acosta parecerán tan fascinadoras como el *Voyage of the Beagle* de Darwin y el *Naturalist on the Amazon* de Bates.

Las grandes posibilidades de alcanzar éxito estimularán a los estudiantes de español aficionados a la filología. A un auditorio como éste es seguramente innecesario advertirle que la filología, en su más amplio sentido, no es ese estudio árido y sin vida de que nos hablan quienes no tienen en él interés alguno. Nadie que haya leído la admirable obra de Michel Bréal, *La Sémantique*, puede dar cabida a esta ridícula idea. La filología es digna de estudio por sí misma; pero tiene un atractivo mucho más amplio y para muchos irresistible. La filología es la llave mágica que abre las macizas rejillas tras de las cuales se encuentran los preciosos tesoros de la literatura medioeval. En este campo también hay necesidad de muchos trabajadores. Ninguna otra literatura de los primeros tiempos (que pueda compararsele por su importancia y su volumen) ha sido tan poco explorada como la primitiva literatura de España. En ninguna otra es tan inadecuado ni tan fragmentario el material de que se dispone. Necesitamos muchos más textos y un número correspondientes de comentarios. Estos últimos necesitan ser renovados en su mayoría, y corregidos a la luz de un criterio moderno. Necesitamos más estudios, tanto morfológicos como sintácticos. Bajo todos esos aspectos es mucho, pero mucho, lo que falta por hacer. Lanzando una mirada retrospectiva se observa que se ha alcanzado un considerable progreso en el curso de los últimos treinta años; pero ese progreso — tal y como él ha sido alcanzado — se debe a un pequeño grupo de celosos investigadores que han trabajado en centros remotos unos de otros, independientemente, sin ningún vínculo de unión. Aun en aquellos casos en que la labor se lleva a cabo dentro de una organización eficiente, los progresos son lentos y difíciles. Es esto tan cierto en el Strand como lo es en el Somme. Acá, como en cualquiera otra parte, nuestros esfuerzos deben ser coordinados, si es que queremos llenar el vasto vacío en nuestro equipo. En el momento actual no poseemos un diccionario inglés-español y español-inglés que satisfaga; nada comparable, en todo caso, al de Tolhausen, cuya recomendación, como comprenderéis fácilmente, no me causa un placer especial. No poseemos una gramática española de primera clase, ni una serie de textos notables anotados. Estas son necesidades reales y urgentes, algunas de las cuales puedo decir que están en vía de ser satisfechas. Empero, estos libros, y muchos otros sobre los cuales sería fácil extenderse, no deben dejarse por más tiempo a cargo de los muy pocos que hasta ahora nos hemos

ocupado del asunto. Necesitamos todo el apoyo que podamos obtener; vuestra ayuda es urgentemente requerida; y, por lo que a nosotros hace, sólo podemos prepararos a fin de que continuéis llevando la antorcha cuando ocupéis nuestro lugar.

Para quienes se ocupan en el comercio, el estudio del español será, lo repito, de utilidad obvia e inmediata. El idioma será, como ya lo he demostrado, útil a aquellos cuyas aficiones se inclinan hacia la arqueología, la geografía, la historia y el lenguaje puro y simple. No carece tampoco de interés para los estudiantes de jurisprudencia. Es curioso pensar que, hasta una época relativamente reciente, el código de Louisiana y de la Florida estaban basados en la *Nueva Recopilación*, arreglada de acuerdo con *Las Siete Partidas* de Alfonso el Sabio, y estas últimas son una ampliación derivada del *Fuero Juzgo*, en el cual, el ilustrado padre de aquel rey, San Fernando de Castilla, codificó las leyes para los habitantes de Córdoba en el siglo XIII. Estos códigos han sido objeto de minucioso estudio por parte de Carl Zeumer; pero sus investigaciones han sido complementadas en gran parte por Rafael de Ureña y Smenjaud; y las investigaciones de Ureña no pueden ser utilizadas sino por quienes conocen el castellano. El arte ocupa, sin duda, una clase aparte; sin embargo, aunque habla un idioma universal y el interés que en él se tiene es de carácter internacional, sus auténticas raíces reposan en el suelo en donde nacen, y si deseamos apreciar las fases del arte español es preciso asimilar, después de un análisis crítico, los resultados obtenidos por la larga serie de investigadores hispánicos desde Ceán Bermúdez hasta Berruete, Cossío y Picón, para no remontarnos más.

Y ahora llegamos a la forma de arte más difícil de apreciar y más intangible. George Borrow era de opinión de que la literatura de España no era muy digna del lenguaje. Es ésta una impresión general que ninguno de nosotros comparte. No hay duda de que la literatura española es relativamente débil en algunos puntos: no tiene nada de comparable a las armonías llenas de majestad y de desesperanza del Dante, ni tampoco a la música de duendes de Ariosto; no tiene la exquisita lucidez de la literatura francesa, ni la riqueza de esta última en la originalidad de las ideas. No intentaré sostener que iguala a la literatura inglesa en fondo y variedad; y con todo, tiene un vigor y una originalidad que la hacen comparable a la inglesa y que contribuyen a explicar la fascinación que ha ejercido, de tiempo atrás, entre los lectores británicos. El

léxico como la vida, tiene sus pequeñas ironías. No existe una palabra especial en español equivalente a *humour*; y, sin embargo, la literatura española abunda en esa cualidad. Creo que, de cada diez ingleses, nueve convendrían en declarar el *Quijote* como el libro más gracioso del mundo. Opino que tienen razón, que es otra manera de decir que su opinión es la mía. Sin embargo, sería un error imaginar que el interés inglés en la literatura española data únicamente desde la aparición del *Quijote* en Inglaterra. No ocurrió esto sino en 1612, y ya, desde una fecha muy anterior, una pequeña corriente de comercio literario se había establecido entre España e Inglaterra. En primer lugar, y de una manera en cierto modo contraria a lo que pudiera uno esperar, la corriente literaria se dirige de norte a sur. La afición por el apólogo y las fábulas, estimulada acaso por el contacto intelectual con árabes y moros, trajo por consecuencia la producción del *Libro de los Gatos*, nombre equivocado, como que probablemente la palabra *gatos* fué tomada equivocadamente por la palabra *cuentos*. Pero ésta es una observación incidental. Lo que deseo hacer notar es que el *Libro de los Gatos*, citado con frecuencia como una publicación típicamente española, es meramente una traducción de las *Narrationes*, de Odo de Cheriton. No pudo ocurrir esto antes del siglo XIII, porque el original no fué terminado sino en 1222. Dicho original está en latín, y si lo menciono es únicamente para demostrar que las relaciones literarias entre España e Inglaterra se iniciaron en una época anterior. La comunión directa con la literatura inglesa propiamente dicha no comenzó sino a fines del siglo XIV, cuando el *Confessio Amantis* de Gower fué vertido a prosa española por un tal Juan de Cuenca. Esta desnuda aseveración, aunque exacta, puede inducirnos fácilmente al error, y como deseo hablaros con toda equidad diré que no estoy tan seguro, como quisiera estarlo, de que Juan de Cuenca conociese el inglés. Mas «¿cómo — preguntaréis — se las compuso para traducir una obra inglesa?» El mismo Juan de Cuenca nos suministra la respuesta. Se valió de una versión portuguesa del *Confessio* hecha previamente por un tal Robert Payne, un inglés que fué accidentalmente canónigo de Lisboa. De ahí que la existencia de una versión española de Gower tenga el carácter de un accidente afortunado. Hasta donde nuestra propia información llega en la actualidad (acaso esté reservado a alguno de vosotros el complementarla) no hay nada que compruebe que los españoles y los ingleses su-

piesen mucho acerca de sus respectivos países, idioma y literatura, hacia fines del siglo XV. Aquellos agitados tiempos, durante los reinados de Juan II y Enrique IV, no eran precisamente los más favorables para el progreso literario o el comercio internacional. La supresión de las luchas civiles por los reyes católicos, la consolidación de la unidad política bajo el reinado de aquellos astutos monarcas, el trascendental descubrimiento de Colón, son todos acontecimientos que, unidos a la acción conquistadora de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán — como le llamaban — acrecieron el prestigio de España, despertaron sueños grandiosos de hegemonía española e influyeron en la literatura. Muy a principios del siglo XVI hizo su aparición la *Celestina*, que fué el primer libro español que circulara en toda la Europa occidental.

No es preciso creer que el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón hubiese despertado entre los ingleses un interés general en cosas de España; pero de aquella época en adelante aumenta la influencia española, de una manera gradual, en la literatura inglesa. Puede considerarse la *Celestina* como punto de partida del movimiento que, de ahí en adelante, va creciendo en su curso. Es un error considerar la *Celestina* como un estudio curioso de la vida del pueblo bajo únicamente. Es verdad que contiene muchas escenas tomadas de esa clase social; pero contiene muchas otras cosas, además de sus episodios de crudo realismo. Algo de su ambiente romántico, de su influjo tétrico, y de su concentrada pasión sobrevive — aunque un tanto diluido — en una adaptación al inglés titulada *A new commodye in English in manner of an interludo ryght elegant and full of craft of rethoryk*. Se ha considerado esta obra como la base del drama romántico en Inglaterra. No incurramos en el error de echar a perder un hecho bien establecido con exageraciones. Baste decir que, aun en esta flaca adaptación, las abstracciones escénicas ceden ante la acción humana, y el teatro principia a seguir el camino que nos lleva hasta Romeo y Julieta que no son otra cosa que transformaciones glorificadas de Calisto y Melibea. Los ecos de los poetas españoles — de escritores como Garcilaso de la Vega y Montemayor — no se descubren sino muy vagamente en las obras de los poetas ingleses: en mediocridades como Bernabé Googe, en el caballeresco Sidney, en el oscuro Abraham Fraunce, y en los alambicados sonetos de Drummond Hawthornden. Las investigaciones pueden acaso revelar mayores asimilaciones; pero ellas

no pueden ser muy extensas, y la posibilidad de nuevos descubrimientos es tan remota que no valdría la pena de que aprendieseis el español animados por la remota contingencia de hacerlos. El caso es muy diferente al tratarse del drama de la época de la reina Isabel. En este caso, el conocimiento del español os servirá, a cada paso, para la mejor interpretación de vuestros autores. No quiero decir que unos dramaturgos tomasen prestado de otros dramaturgos. Esto ocurrió, relativamente, raras veces; y cuando prevalecen las coincidencias entre un drama español y un drama inglés de este período — como ocurre en el caso de *Los Engañados* de Lope de Rueda y *Twelfth Night* de Shakespeare — la explicación suele ser la de que entrambos dramaturgos copiaron de una fuente común, ora en Italia, ora en otra parte. No: los dramaturgos ingleses se inclinan mucho más a copiar los novelistas españoles o los escritores miscelánicos. Si Shakespeare, al escribir *The Tempest*, tomó algo de las *Noches de invierno* de Antonio de Eslava, o de algún romance de caballería española, es punto no resuelto todavía. No hay razón para que vosotros no colaboréis en la solución definitiva de este pequeño problema. La deuda que Fletcher contrajo con el español es discutible; hasta dónde pudo ella llegar está por determinar todavía de una manera más precisa. El hecho de que siguió autores españoles, tan varios en estilo y calidad como Cervantes, Lope de Vega, Mateo Alemán y Gonzalo de Céspedes, está bastante bien establecido. ¿Se serviría también de un drama de Guillén de Castro cuando escribió *Low's Care*? Así lo afirma un paciente investigador alemán. ¿Por qué no completar las investigaciones y tratar de llevar la convicción al espíritu de estudiantes que, como yo, aún dudan? Ello nos daría una temprana ilustración de aquella copia directa de los dramaturgos españoles que parece haberse tornado menos rara a medida que avanzaron los tiempos. Se dice que Massinger copió tanto de un drama como de un sainete de Cervantes; y en vista del gran renombre de este último en el extranjero, la aseveración parece intrínsecamente probable. El investigador alemán ya citado asevera que la *Opportunity* de Shirley fué tomada de *El Castigo de Penséque* de Tirso de Molina, y que su *Young Admiral* tiene puntos de contacto con un drama bien conocido de Lope de Vega. Bien puede ser así. ¿Por qué no estudia alguno de vosotros esta teoría en sus detalles hasta definir de una manera precisa la relación entre los originales españoles y sus derivados? Será éste

un modesto trabajo; pero debe uno comenzar en pequeño, siguiendo el camino trazado por otros; y la tarea de verificación, si poco atractiva, es siempre útil. Habiendo entrado por este camino seréis llevados invariablemente a rastrear el origen del drama de la Restauración. En este campo, un explorador puede hacer todavía descubrimientos independientes. Algo se ha hecho ya con respecto a ciertos dramas de Dryden, Vanbrugh, Wycherley y otros, pero queda mucho por hacer, y al realizarlo pondréis a prueba vuestra paciencia y vuestra cautela. No os dejéis engañar por las meras semejanzas en los títulos. No deis por sentado, por ejemplo, como muchos lo han hecho impensadamente, que Dryden tomó sus materiales para su *Wild Galant* de *El Galán Escarmentado* de Lope de Vega. No, no, Dryden es un espíritu experimentado, sagaz en sus métodos, astuto en sus recursos; toma una situación aquí, un rasgo más allá, combina acullá; es aparentemente ingenuo en su reconocimiento de lo que a otros debe en general, pero deja al lector perplejo por la parsimonia que gasta con respecto a los detalles. Corresponde a vosotros seguir la pista, por incierto que sea el rastro. Tropezaréis constantemente con obstáculos y con innumerables contrariedades; mas si perseveráis, lograréis acosar la pieza, y al ardor de la caza uniréis un vivo goce intelectual. Vuestro campo es casi ilimitado. Por falta de tiempo debo pasar en silencio la actitud de nuestros antepasados ante el misticismo español, su interés en los idealistas romances pastoriles, y en los libros de caballería—por una parte—y callar ante el crudo realismo de los novelistas picarescos por otra. Apenas tenemos una vaga idea acerca de todo esto; y corresponde a algunos de vosotros aumentar la suma de nuestros conocimientos. No hay que temer el encontraros faltos de material, o que el tema se agote. Ningún riesgo puede ser más remoto.

Cervantes se describió él mismo como un raro inventor. Si la interpretamos correctamente, la frase queda justificada; pero su inventiva no es mera fantasía. En su caso, como en el de hombres menos sobresalientes, la literatura es un reflejo de la vida. Él pone la mirada en el objeto, trata de reproducir con exactitud su impresión de la persona o del objeto visto, y procura llevarla a sus lectores. Tal es la esencia de la literatura española: la adhesión tradicional a la más estricta fidelidad a la verdad, permanece inalterable. Aun en aquellos casos en que el tema es imaginario hasta tocar los límites de lo extravagante, se ajusta tanto como es

posible al método realista. Esta concentración en la verisimilitud es la gran virtud salvadora de la literatura española; ella explica sus convincentes efectos, la intensidad de su atractivo, su encanto peculiar y vital, especialmente entre los lectores ingleses. Confío haber dicho lo bastante en esta rápida exposición para probar que el español, como estudio universitario, puede tratarse de modo que llene el objeto del hombre práctico y ser también de gran valor para toda clase de «scholars.» Y el hecho de que os ayudará a comprender mejor y a leer, con renovado celo, nuestra propia literatura, no es el menor de sus atractivos. No hay necesidad de remontarnos hasta el siglo XVII, o a anteriores épocas. Si vuestros gustos son más modernos, tenéis abierto el camino — no menos fecundo en enseñanzas — para examinar el otro aspecto de la cuestión angloibérica, y apreciar el alcance de la influencia inglesa en la literatura hispana. Pensáis acaso en Byron y en Espronceda; pero uno de ellos dejó de existir hace cerca de un siglo, y el otro murió hace setenta años. Estoy pensando en alguien mucho más próximo a nosotros, en el gran poeta Rubén Darío — muerto prematuramente en la primavera pasada — cuya labor está saturada del espíritu moderno. Y pienso también en la admirable traducción de Kipling por Ramón Domingo Perés. Claro está que es demasiado tarde para entrar a estudiar tema tan vasto. Me limito a lanzar sobre él una ojeada y a indicároslo como uno cuyo estudio os traerá recompensa. Con tales fines, una provisión adecuada de libros nos será tan indispensable como lo es el laboratorio para el químico. Una biblioteca española será nuestro laboratorio, y un equipo de este género no puede improvisarse. Si lo obtenemos — como hay derecho a esperar — ello os pondrá en la vía de contribuir con vuestros propios trabajos, y puedo prometeros que en este campo, así como en la esfera más práctica, quienes tenemos a nuestro cargo la enseñanza del español en King's College estaremos siempre listos a estimularlos, a infundirles aliento, y a concederlos toda clase de apoyo.

JAMES FITZMAURICE-KELLY.

CANTO DE AMOR, DE LUZ, DE AGUA...

He pasado unos días en el campo
en compañía de la muy Amada...
Canto las dulces horas que he vivido
en un canto de amor, de luz, de agua...

Perezosos los dos, nos sorprendía
a mitad de su curso la mañana.
Un tul granate de flotantes puntas
sujeta tus cabellos de gitana;
pero una infinidad de rizos negros
de la prisión levisima se escapan
y caen sobre tu frente y tus mejillas,
sobre el desnudo y fino cuello de ámbar
y detrás van tus manos diligentes
a recogerles en la leve gasa
y son tus rizos como golondrinas
y son tus manos dos palomas blancas.
Bajo la pincelada de las cejas
el húmedo cristal de tus miradas
tiene toda la paz y la alegría
que vierte sobre el campo la mañana.
Negro es el iris con rayitas de oro
que en la azul esclerótica naufraga,
y las rectas pestañas renegridas
son como flechas o sutiles lanzas
defendiendo el jardín fresco y sombrío
y dorado de sol que es tu mirada.
Jardín fresco y sombrío, sobre todo
en medio a tus ojeras desoladas
que fingen un desierto calcinado
en torno de dos vivos pozos de agua.
Desciende tu nariz como una leve

colinita morena por tu cara ;
nariz que, al avanzar algo atrevida,
sobre tu boca pálida,
detuvo el Señor Dios en un gracioso
lóbulo fino de vibrantes alas ;
y así, como al descuido, dejó impresa
la huella del pulgar sobre tu barba
en ese hoyito, cuna, sepultura,
estrella, norte, imán de mis miradas.

Llevas con desenfado, una sencilla
y suelta blusa de cefir, a rayas,
cerrada sobre el pecho con el nudo
flojo, de varonil y amplia corbata.
La pollera ceñida te aprisiona
y te modela finamente en sarga
de modo tal, que tu pasito es breve,
justa, armoniosa, musical tu marcha,
y apenas si se advierten los menudos
nerviosos pies de chiquilina o de hada !

Se acurrucan de paz las dos casitas
bajo las arboledas de la estancia.
Un caminito de ladrillos rojos
en torno va de las paredes blancas
que guiñan picarescas su alegría
por el verde sutil de las persianas.
Trepan por las paredes los rosales
de hojas oscuras y torcidas ramas
y como en los aleros cuelgan nidos,
como una bendición sobre las casas
hay una fiesta loca en los tejados
de rosas y de sol, de trinos y alas.
Y en derredor robustos eucaliptus
de balsámicas hojas encorvadas,
y finas casuarinas silbadoras,
álamos de profusas hojas y anchas,
y paraísos de redondas copas
donde los vientos beben y se embriagan
tan cuajados de flores que parece

que hay un velo violeta entre las ramas.
Y nievan los caminos las corolas
que, lánguidas lloviznan las acacias,
y entre las madreSelvas del cercado
arde un oro violento de retamas,
sangran juvenilmente los geráneos
y bajo el verde palio de las parras
duerme la huerta pródiga... El campo,
trigo la una mitad y la otra alfalfa,
prolonga al infinito sus llanuras
como un damero de oro y de esmeraldas!

Canto las horas de la tarde, cuando
en el break familiar, risas y charlas
y ondulación de telas de colores,
íbamos por el campo, entre las vacas,
entre los corderitos asustados,
entre la fuga rítmica y elástica
de potros y caballos, cuando
entre los juncos y las espadañas
el sulky de altas ruedas se metía
hasta los ejes en las muertas aguas
y te saltaban gotas al vestido,
a los desnudos brazos y a la cara.
Era de ver el vuelo de los patos,
el vivo tornasol de sus gargantas,
el esconderse de las gallaretas
y en el azul el vuelo de las garzas!

Horas, Amada, las del corredor.
El sol crepuscular es una llama
tras la cortina de árboles...
Se magnifican las casitas blancas
con el oro rojizo que se enciende
mágicamente sobre las ventanas;
en el pálido cielo, las estrellas
hacen su aparición, igual que lágrimas;
es más fuerte el perfume de las rosas,
se acrecienta el amor dentro del alma,
hay un silencio religioso y grave,

se adivina un tañido de campanas
y una oración florece entre los labios:
«Ave María, llena eres de gracia».

Hubo una noche, Amada, en que la luna
espolvoreó el silencio con su plata.
Ibamos juntos, bajo su caricia,
por el jugoso trébol y la alfalfa.
Noche de Octubre todavía fresca,
el cristal invisible de la helada,
caía lentamente sobre el campo
en rosarios de perlas en las plantas.
Temblaste junto a mí. Se me llenaron
de flores de cariño las entrañas,
y por primera vez llevó la tierra,
nuestras sombras en una sombra larga...

FERNANDEZ MORENO.

APUNTES SOBRE ORTEGA Y GASSET

A estas horas, Ortega y Gasset va camino de su tierra natal. ¿A qué vino a nosotros este señor? El mismo lo dijo: «Voy a dar un curso de filosofía, cuyo programa divido en dos partes: un ciclo de conferencias sobre los problemas más actuales de la filosofía, en que intentaré transmitir mi impresión de la fecunda renovación en que la materia ha entrado, y un ciclo de lecciones dedicado a leer y comentar algunos trozos de la *Critica de la razón pura*.» Y nada más. Cuando alguien le preguntó allá por la representación que traería, respondió: «Soy un modesto español que no representa más España que la que desaloja su cuerpo y su alma, sin otro rabel que una cuerda: la sinceridad».

Así llegó, caballero en aquella mula torda de altas orejas inquietas que, conduciéndole por tierras de vecindad hízole dar un día, en Sigüenza, con las pisadas del Cid y en otro día, hallar entroncada sobre la testa granítica del Escorial la venta del manchego celeberrimo. No viste la casaca de los *safos* o sabios; es solamente *philosopho*: un hombre dado a la investigación de las más altas verdades que en el orden de las cosas divinas y humanas séale dado adquirir a la mente, como se dijo al principio de los tiempos. Y al poner un pie en el estribo para alejarse de las orillas del Plata, la voz autorizada de un director universitario le ha dicho: «embajador del pensamiento español». ¡Todavía es cierto que en el cenáculo de los mineros del cerebro puede el que toma el último asiento ser colocado por el dueño de casa en el sitio de honor! Por algo anotamos el dato.

No era mucho lo que aquí sabíamos de Ortega y Gasset, porque sus libros, de reciente data, le habían precedido por breve espacio de tiempo, y la difusión de ellos no podía ser grande. Por otra parte, su oriundez no nos decía mucho, ya que es tan difícil que un hispano pase de doce quilates en ciencias. Porque tal es la lápida que pesa sobre la península, cuyo afán de removerla declara la pléyade pensadora que no la deja vivir.

¿Sería cierto aquello de Maeztu, que Gasset «ha llegado a ser un sabio a una edad en que los meridionales inteligentes no aciertan a curarse del sarampión de las paradojas?» Levantando en sus hombros un ideal más grande aún que el de lord Byron en su viaje a Grecia, al lanzarse el castellano como Ariel, al mar, cargado con su lente de espectador, puso la proa hacia nuestras Indias, deseoso de auscultar los grandes rumores que emergen de las huellas casi borradas de Pizarro, de Ercilla y de Garay, para llegar por esa urdimbre a saber algo del destino de estas comarcas desprendidas de la suya, y para traernos como presente la mirra de su fuego interior.

¿Cómo encara la filosofía el sucesor de Salmerón en la cátedra de metafísica de la Universidad de Madrid? Gasset encara la filosofía desde el punto de vista socrático. El maestro de Atenas, ya lo sabemos, fuera de clase declaraba, entre sus íntimos, que a pesar del aforismo («Yo sólo sé que nada sé»), él algo sabía, algo en que era especialista, las cosas del amor, «divino arquitecto que bajó al mundo, a fin de que todo en el universo viva en conexión». Y así tenemos que en su primer libro de las «Meditaciones del Quijote», uno de los libros más intensos que se haya compuesto en estos tiempos, Gasset dice: «Considero que es la filosofía la ciencia general del amor: dentro del globo intelectual representa el mayor ímpetu hacia una omnimoda conexión».

De esta levadura han sido sus conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Y el joven maestro hablaba. Hablaba y se repetía el milagro de San Pablo en Efeso: todos le entendíamos, «cada uno en su lengua».

En términos claros y precisos inició sus disertaciones Gasset, dando la clave de su sencillo tecnicismo didáctico, para abarcar, en imágenes comprensivas, el cuerpo de doctrinas que había de explayar en las más sutiles explicaciones. Ya en materia, trató de la conciencia de los problemas. ¿Qué es lo que de problema hay en todo problema? Evolución psicológico-histórica de la conciencia de problema. El problema de la filosofía es, por lo pronto, el problema de la verdad o posibilidad de la teoría. Imposibilidad de que ninguna ciencia particular pueda atacar el problema de la verdad. Reabsorción de la filosofía por las ciencias en la segunda mitad del siglo XIX. Vicisitudes de la filosofía en esta época; su causa. El «retorno» a la filosofía en el siglo XX. Condiciones que el problema de la verdad impone a la ciencia que lo investigue: la

filosofía tiene que ser una ciencia sin supuestos. ¿No es imposible en tales condiciones la filosofía? Forzosidad de una actitud radical para la filosofía. Los dos puntos de partida tradicionales: realismo y subjetivismo. Tal es el esquema dentro de cuyos términos disertó Gasset la tarde del 12 de agosto.

En la reunión siguiente trató de la interpretación biológica del problema de la verdad, sosteniendo su imposibilidad, e impugnó el error fundamental de todo positivismo, porque para él, el problema filosófico excluye que se le resuelva partiendo de hechos.

Otra tarde se ocupó del auge del positivismo, dentro de este plan: Teoría de la atención que permita entender con claridad los cambios mentales de las épocas. Épocas prácticas, épocas teóricas. El siglo XIX una época de acción. La industria y la democracia. La ciencia promovida en el sentido de la utilidad práctica; investigación física para la perfección industrial. El fracaso de la filosofía romántica alemana (Fichte, Schelling, Hegel). La física se vuelve metafísica (materialismo, positivismo). Pérdida de sentido para la filosofía. Filosofías de restauración de los clásicos (neo-kantismo, neo-fichtianismo, neo-hegelianismo). El escepticismo como comienzo de la filosofía. La «duda metódica». El escepticismo griego: los tropos de Agripa; el de la «divergencia o disonancia de las opiniones»; influjo emocional de este argumento.

Acerca de la claridad con que fué desentrañado el sentido filosófico de este tropo, cabe significar que el auditorio se imaginaba a un matemático que desarrolla sobre el pizarrón, fórmula tras fórmula, con perfecta nitidez, el binomio de Newton. La conciencia, considerada en sí misma, tuvo también capítulo aparte. La conciencia, dijo, se forma en el hombre por comparación; y así, cuando cesa el torrente se percibe lo que menos pudiera creerse: el silencio. Ello quiere decir que hay un objeto para un sujeto, y la presentación de aquél a éste es la conciencia. Expresa, pues, la conciencia la cualidad prolegómena y fundamental en que se inicia y toma realidad toda nuestra vida interior y las relaciones todas de la misma vida interior con el medio externo que nos circunda, y del cual nuestras ideas y voliciones se nutren.

Pero no se trata de espigar ahora en toda la extensión del campo que comprenden las doctrinas que nos expuso Gasset. Apenas si al recordarlas tocamos el umbral del ciclo de conferencias públicas, que llamaríamos *exotéricas*, para usar el término del siglo

de oro de la filosofía griega con referencia a las clases que «el filósofo», como los escolásticos por antonomasia llaman a Aristóteles, daba por la tarde a una reunión numerosa en que el trabajo y la doctrina eran menos intensos, pues que el género *esotérico* estaba constituido por las lecciones de la mañana, en que «examinaba los más profundos problemas de filosofía pura ante discípulos que ya estaban en cierto relativo adelanto». Se podría, en cambio, intentar la respuesta a una interrogación que nos sale al paso, y es a saber: ¿Hay cosa que nos sea enteramente nueva en lo que el joven profesor ha dicho? Quizás no. Y es que Gasset no tanto a enseñarnos, cuanto a demostrarnos que es posible, que es bueno pensar, vino a nos. La filosofía, el hilo que cruza a lo largo de la historia, no se enseña; a lo sumo, dijo, se contamina. Eso es lo que nos ha dejado: su inquietud de intelección, como fuerza inicial, como punta de la espada, algo, en fin, que era estático y que ahora se torna en un factor dinámico.

Es Gasset — apresurémonos a exteriorizar esta impresión — un filósofo y un poeta, es decir, la suma de dos cumbres; y como toda cumbre, mayormente si viste de nieve, es y será siempre para algunos una ociosa manifestación de natura, manifestación a la cual apenas si ellos, los señores de la Vulgaridad, querrían permitirle que exista por ahí, donde no estorbe a toda hora: en su lecho de montañas, por ejemplo. No haya disgusto, empero, contra esos señores, pues así, en su chatura y a su pesar sirven de basamento a los picachos, sean éstos cosas u hombres. De abolengo heleno y temple sajón, es Gasset el nieto de aquel paciente hidalgo que él mismo nos presenta en su aludido libro de meditaciones, sentado desde hace tres siglos aguardando a alguien de su progenie que sea capaz de entenderle. Empezó con las preocupaciones de Hamlet, ascendió al tramo de don Alonso, y hoy es el que es: uno que resume a todo Shakespeare y a todo Cervantes: un retoño de Goethe surgiendo de la constelación que tiene tales puntos de apoyo.

Se ha llegado a establecer dudas sobre este punto: si el filósofo supera al literato, o es que ocurre a la inversa. Es un hombre que dice a maravillas; pero es también un hombre que cava, cava y cava hasta llegar a la última napa: la del agua buena, en este caso, la napa de la verdad. Si fuera un catedrático adusto, abstruso, seco, ¿habríamos ido tantos a escucharle? El fondo no excluye la forma, a pesar del mezquino runrún con que a veces el público

recibe una oración elocuente: «Nada de tronco; todas son flores». Con Gasset hemos bajado hasta la esencia de las cosas, es decir, hasta las simas, por caminos tan leves, que todo ha sido como retozar entre jardines en una tarde de primavera. Y es que Gasset funde en su crisol mental al esteta que busca la verdad y al filósofo que encuentra la belleza.

En Gasset en la cátedra, por otra parte, nada sobra ni nada falta. Es tan sobrio en el decir y tan propio en el accionar, tan uniforme en su altura, tan sostenido en el plano a que desde la primera palabra levanta su vuelo con un gesto magistral que, como ha dicho un compatriota suyo, cuesta creer que el joven maestro, de figura kantiana hasta por lo diminuta, sea español, o, como podría siempre decirse: así debió ser «el divino» cuando, veinte y cuatro siglos hace, desgranaba sus lampos de luz insinuándose en las profundidades del espíritu de los absortos discípulos de la Academia.

Esa estatua ha añadido algo a la religión de los pueblos, decía Quintiliano refiriéndose al Júpiter de Fidias. De Gasset podría afirmarse, en su elogio, que la influencia de su palabra ha sido tal, que al presente tenemos aquí a la filosofía casi como cosa de moda. ¿Será que nuestra ductilidad hasta permite que se nos conduzca hacia las cosas serias del pensamiento? ¿Y se nos tenía por unos copistas tan aferrados a lo grotesco de Europa, que éramos capaces de hacer una guerra nada más que para no ser menos que las gentes de allende el mar! El mismo Gasset participó en el primer momento de la apreciación que clasifica de novelero al público argentino; pero al aquilatar el fenómeno según el cual la Facultad resultó, hasta en el último día, sitio reducido para contener a la concurrencia empeñada en escucharle, debió pensar, o que su magia verbal operaba el milagro, o que la mariposa que somos transfórmase un día en abeja que se asienta sobre una flor y la liba. Lo cierto es que bien se podría decir que ha crecido el número de los que estábamos echando de menos a Platón entre tantas vacas Durham...

Requerido para una conferencia en que expusiera sus impresiones sobre la República, que en buena parte había recorrido, Ortega y Gasset ocupó la cátedra del Instituto Popular de Conferencias. Aquí fué donde el doctor Rivarola lo saludó con el preclaro vocativo de embajador de la mentalidad española; y aquí el público que le seguía, volvió a escucharle con recogida emoción.

El había prometido exteriorizar su juicio acerca de la tierra argentina sólo cuando pudiera desentrañar su íntima psicología, sus caracteres, su alma. . . Y habló de la Argentina, no para castigar-nos, pero tampoco para decirnos lisonjas.

Si él, en busca de una trascendente renovación de valores, ha roto contra sus rodillas un haz de mentiras españolas al declarar que la península, donde sobran colores rojos, panderetas y jaleos, es un pueblo que produce la sensación de una mediocridad irremediable, un pueblo de superficie que tiene un cierto horror a las profundidades en que se han metido los núcleos del Septentrión, ¿por qué no había de descubrir nuestra tarea y ponérsela ante nuestros ojos para que viéramos cuán grande es? Y dijo: «Yo no creo que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de prejuicios, de mayor perspicacia que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y otro poco de arte en su corazón. No es esta alabanza mía, convencional y reflexiva, porque al punto añadido que es un problema para mí explicarme el desequilibrio que existe entre esa sensibilidad difusa y anónima pero exquisita y la producción ideológica y artística de este pueblo, que es más reducida y menos densa de lo que tiene ya obligación de ser.» Y luego: «Tenéis un prócer destino; él os impone ingentes obligaciones. ¿Acertaréis a precaver todas las exigencias que van delante de ese magnífico futuro? Quien viniendo, como yo, de fuera, aspire a aclararse los problemas de la vida argentina, así en lo colectivo como en lo individual, creo que deberá partir, como de un hecho central, de la desproporción enorme que existe entre la preocupación económica de vuestra sociedad y el resto de sus actividades». Y pasó de esa desproporción que hace que nos crezca más el cuerpo que el alma, a esta otra: «La metrópoli creaba la colonia con una exclusiva intención de negocio, de lucro; y al declararse independiente la filial colectividad, suele conservar más de lo que debiera el punto de vista metropolitano». Y él mismo nos ha hablado de cómo ello ha de corregirse: no se tratará de que la metrópoli y el cuerpo detengan su crecimiento, sino de que el cuerpo de la nación y el alma de los individuos crezcan en igual gigante proporción. «Mas un pueblo, agrega, que ve claro delante y quiere con decisión su porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir ese defecto; y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía

al cultivo superior de las actividades sobre-económicas, cuanto mayor es su desproporción frente a las utilitarias». Encantan, en verdad, ese diáfano mirar y ese sano ver: pesimismo respecto del presente, y optimismo respecto del futuro. Del contacto de esos dos polos tiene que resultar una luz: la luz de la selección.

He buscado las aristas del hombre para colocarlas de modo que hagan contrapeso al vasto caudal de los méritos; pero ha sido inútil tarea, o cuando menos así nos lo hace creer lo suave de la palmada de este buen caballero, tan distinta de la mueca de Anatole France en ocasión análoga; y he llegado entonces a precisar mi intuición de que Gasset es un hombre que piensa con la cabeza de Séneca y se conduce con la limpidez de hábitos de Balmes.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

Enero 5.

MANUEL GALVEZ Y LOS VALORES LITERARIOS

Por primera vez en libro de autor argentino leemos estas hon-
das, precisas, concisas palabras: «Cada día se hace más indispen-
sable una revisión de nuestros valores literarios». Van en «La
vida múltiple», volumen de crítica artística y literaria que el doc-
tor Manuel Gálvez acaba de editar. Tienen como considerando
o explicación estas otras siguientes: «La ignorancia y el patrio-
terismo han contribuido a que consideremos como grandes poetas
y escritores a espíritus mediocres y sin personalidad».

Anuncio es, como se ve, el del doctor Gálvez, de una novísima
atalaya espiritual. Nos place y nos ilusiona. Cálido deseo de
renovación parece traer a las letras de acá este dilecto escritor.
Veamos, veamos cuáles son sus nuevos juicios, su prisma nuevo,
su nuevo modo de ver. He aquí algunas afirmaciones de este
libro suyo, compilación de artículos viejos que el autor pone
al día:

«Yo creo que en castellano no se ha publicado en estos últimos
años un libro tan definitivo como «La gloria de don Ramiro».
(Copiamos la escritura del doctor Gálvez con su particular sin-
taxis y muy sorprendente propiedad de expresión).

«Exceptuando a Verhaeren, que es flamenco, no conozco, en-
tre los actuales poetas latinos, ninguno tan sobrio, vigoroso y
personal como Almafuerte.»

«Sicardi, tan incompleto como genial, es una personalidad
única en la literatura americana...»

«Hacia mediados de este año (1912), ha publicado Roberto
Payró una excelente novela, equiparable, en más de un concepto,
a las mejores de Galdós o de Palacio Valdés.»

«Estrada (otro paréntesis: estas afirmaciones aparecen en
ringla en el libro del doctor Gálvez); Estrada, autor de doce
volúmenes eruditos y nobles, me parece un gran prosista; si fuera
francés, tendría la reputación universal de un Gautier.»

«A Lugones, el hombre que en castellano ha creado las más bellas imágenes, es inútil que yo lo juzgue, habiendo dicho de él Rubén Darío que era la primera personalidad literaria de nuestras tierras de América.»

«Pablo Groussac... debe ser considerado como un maestro del habla castellana y como el más notable historiador y crítico de historia de cuantos escriben en nuestra lengua.»

«Joaquín González, eminente pensador y distinguido literato que algún día será colocado cerca de Alberdi, de Sarmiento, de José Manuel Estrada, recuerda, como figura intelectual, al gran español ya fallecido Joaquín Costa.»

«Pensador es también Carlos Octavio Bunge; sus libros capitales han sido traducidos al francés y al alemán y hay quien le pone a la cabeza de los pensadores castellanos.»

«Florencio Sánchez... me parece uno de los más interesantes dramaturgos de la época, y Horacio Quiroga es un cuentista sin rival en la literatura americana.»

«No quisiera olvidar a Juan Agustín García, más sociólogo que literato, pero que ha escrito dos pequeñas novelas encantadoras, de una ironía velada y suave, y bellamente escritas; a Ricardo Rojas, fuerte y compleja mentalidad, que ha abarcado con éxito diversos géneros literarios; a Atilio Chiáppori, artista verdaderamente sutil y exquisito, autor de extraños y bellos cuentos; y a Alberto Gerchunoff, cuyo libro «Los gauchos judíos» descubre en él pasta de un gran escritor y de un cerebro orgánico y europeo.»

Ahora se refiere el autor a generalidades de literatura:

«Aquí nadie se preocupa de la Academia ni aún de los diccionarios; escribimos con extensa libertad, con esa libertad que sólo se conoce en la Pampa.»

«Los escritores argentinos se interesan muy poco por las ideas.» (No lleva tono de reproche esta observación del doctor Gálvez. Elogio no lo sospechamos tampoco: es una observación sencillamente. El autor comprueba y declara que en una literatura en que hay personalidades «eminentes», comparables a otras afeadas de Europa, los escritores no se interesan por las ideas).

«En cuanto a influencias extranjeras, puede afirmarse que, salvo uno que otro caso, sólo han alcanzado a los escritores secundarios.»

«Algunos de nuestros grandes escritores apenas leen en fran-

cés, y hay más de uno que desconoce este idioma.» (Del contexto no se deduce tampoco que sea esto una censura a ninguno).

Síguese como complemento de los dos párrafos últimos, este otro:

«Nosotros, como nuestros maestros directores los escritores franceses, buscamos y buscaremos siempre la elegancia, la simplicidad, la pulcritud, la precisión, la claridad.»

Y éste también:

«Aparte del estilo, también estamos influenciados por la técnica literaria de los franceses, de lo cual debemos felicitarnos.»

Una profecía, por último:

«Cuando los libros argentinos sean traducidos al francés, su soplo de pampa y de libertad va a producir en el mundo literario un estremecimiento nuevo.»

El lector (así lo creemos), concorde ahora con el doctor Manuel Gálvez, comprenderá que ha llegado a su tensión máxima la necesidad de revisar nuestros valores literarios. Una revisión literaria es urgente; pero una revisión novecentista, serenísima, franca, sin hipérbole, sin ditirambo, con lenguaje apropiado y claro — claro, sobre todo — e independiente «de los fáciles caminos de la fácil sugestión que suelen tentar.»

JOSÉ GABRIEL.

LAS FLORECILLAS DEL CAMPO

Entre yuyos y piedras, sobre el árido suelo,
por llenar de alegría los desiertos campestres,
surgen cual las estrellas anónimas del cielo,
florechillas silvestres.

Nadie quiere su aroma, nadie cuida sus plantas.
Sufren sol, frío, lluvias: . . . si obtuvieran las flores,
como las almas, gloria, éstas por sus dolores
deberían ser santas . . .

Crece en todas partes; en los campos abiertos
son como los recuerdos fragantes de los llanos,
y en los marchitos huertos,
son rastros de caídos sentimientos humanos . . .

Esmaltan el vestido sutil de la barranca,
como una llovizna que hubiese florecido . . . ;
allí va a perfumarse la brisa, y las arranca
para adornar con ellas algún rincón querido.

Chispitas olorosas, salpican un camino;
de entusiasmo, a las púas de los cercos se enredan,
hasta un día en que agachan sus cabezas, y quedan
como si presintiesen la hoz del remolino . . .

La casa del labriego, tumbada en el erial,
no tiene más adorno
que el fresco delantal
que le ciñen las flores silvestres del contorno.

El buey, el perro, el potro y el burrito mimoso,
cuando caen enlazados por la muerte, en las eras,

hallan junto a su cuerpo, el recuerdo piadoso
de estas flores ; sin duda, llanto de las praderas . . .

Como si fuesen almas de pajaritos muertos,
escapan en bandadas a la lluvia más leve
y vuelan por desiertos
tal como si gozaran con que el viento las lleve.

¿Quién conoce la mano que las siembra en el suelo?
¿Son semillas caídas del jardín esperado?
¿Es que al irse la noche, en recuerdo del cielo,
deja el campo estrellado? . . .

Como ellas, sin nombre, descuidadas, yo tengo
muchas fragancias puras ;
como ellas soporto el ciclón, y mantengo
entre yuyos y piedras, la flor de mis dulzuras.

Soy débil a los vientos ; cuando abrazo me espino
con las púas de un cerco . . . ; en sendas solitarias
sufro sol, frío y lluvias : hay mucho en mi destino
de las flores agrarias.

Y si el campo del alma se cubriera de amores,
elegiría esos que nadie recompensa,
y que silvestres crecen, así, como estas flores
humildes, que no temen la soledad inmensa.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

LA DOTE

COMEDIA EN TRES ACTOS, DE ALFREDO DUHAU *

ACTO SEGUNDO

Una solita en lo de don Luis Valero Palma. La escena está sola. Entran por la derecha Blanca seguida de Matilde que viene de la calle.

ESCENA I

Blanca, Matilde

Matilde. — Como te decía, hijita, el ensayo terminó pasadas las ocho. No quise hablar con Lorenzani mientras los demás estaban presentes. Traté más bien de evitarlo. Particularmente Nicomedes, no me perdía pisada... ¡Qué persona majadera!

Blanca. — Como de costumbre.

Matilde. — No, muchísimo más. Hubo un momento en que creí que se iba a las manos con Marta Valdez. No sé que canchán diplomático se le ocurrió exhumar a Nicomedes. El hecho es que Marta quedaba como trapo... Si yo no intervengo...

Blanca. — Hubieras dejado que se arañasen. A tía Nicomedes le hacen falta unos buenos mojicones. Aquí no viene más que a enredar.

Matilde. — Si no es por el escándalo... Te aseguro que los merecía. Pero la infeliz Enriqueta...

Blanca. — ¡Pobre criatura!

Matilde. — Temblaba como una azogada. Y me miraba con ojos suplicantes. En fin, logré que las fieras se calmasen.

* El primer acto fué publicado en el número anterior.

Blanca. — ¿Y crees que nadie se ha enterado?... ¿Que no han interpretado de mala manera nuestra salida?

Matilde. — Que hubo alguna extrañeza, no me cabe duda. Me preguntaron las de Alvarado. Y también Mad. Clerté que los encontró a ustedes en la puerta...

Blanca. — Sí, lo recuerdo.

Matilde. — Pero preguntas sin aparente intención. Si alguien desconfió que la partida no era natural, fué a causa de las indiscreciones de Nicomedes. No cesó de asediarme. ¡Qué obsesión de mujer! Se despidió irridadísima porque no la enteraba de lo que yo misma ardía por saber, tanto como ella. Puede que se haya enfermado con el berrinche... ¿No ha venido esta mañana?

Blanca. — No tardará. Su salud es formidable cuando se empeña en averiguar lo que no se le importa...

Matilde. — Que es lo único que le interesa...

Blanca. — ¿Y tampoco nada te preguntó Lorenzani?...

Matilde. — Nada. Guardó una circunspección absoluta. El hábito del disimulo. Después me contó cuántos esfuerzos le había costado su serenidad. Y... tío Luis te lo refirió todo en el camino, me has dicho?

Blanca. — Todo. Tenía la carta de Lorenzani en el bolsillo. La llevaba para mostrártela.

Matilde. — ¿Para mostrármela?

Blanca. — Sí, nunca creyó hallar allí al conde.

Matilde. — Todo el enredo ha sido obra de la malhadada casualidad. Precisamente Lorenzani me había pedido una entrevista para referirme el hecho y los antecedentes. Y yo aproveché inocentemente, concediéndosela, para invitarle a tomar te y a escuchar un poco de música. Vino, pensando que me encontraría sola, nada más que con los artistas.

Blanca. — Me lo dijo así, unos instantes antes de presentarse papá.

Matilde. — Y era la verdad. Tu padre no hace visitas. Jamás se le ve en fiesta alguna. Ni remotamente pudo Lorenzani soñar en la posibilidad de semejante encuentro.

Blanca. — Papá estaba todavía trémulo en el auto... Me dió mucho miedo. Hablaba acaloradamente. Se le trababa la lengua. No opuse objeción alguna a sus protestas. Lo que le tranquilizó. Entró entonces a aconsejarme suavemente. Cuando llegamos.

nadie hubiera sospechado la borrasca... Se veía ya que en el fondo, papá se alegraba del incidente...

Matilde. — ¿Y después?...

Blanca. — Comimos. Estaba solamente Alfredo con nosotros. Emilio no vino.

Matilde. — Lo hice quedar en casa.

Blanca. — Sí, avisó por teléfono. Alfredo que aun debe ignorar cuanto sucede, habló de especulaciones. Discutieron con papá. No se ocuparon de mí para nada.

Matilde. — Pero tu padre ha resuelto algo, seguramente. Aunque no te lo haya comunicado. ¿Sabes si ha contestado a Lorenzani?

Blanca. — Me dijo en el coche, textualmente, «que ese papel «vergonzoso» no era para tomarse en cuenta»...

Matilde. — ¿Vergonzoso? Cosa curiosa. Igual que mi padre. Nadie sino él podía ocuparse de dinero. En los demás esa ambición aunque moderada, le resultaba antipática, la encontraba mezquina, inferior, casi plebeya.

Blanca. — Ah, sí. Fué lo primero que papá comentó. «¿Quiere plata? Será cazador de buena puntería, pero ha errado el tiro con nosotros», le oí repetir.

Matilde. — Es evidente. No quiere saber nada... Pero tú... ¿qué dices? ¿Puesto que es a tí a quien directamente afecta el suceso?

Blanca. — No lo sé. No me atrevo a pensar por mí misma. He pasado una noche angustiosa.

Matilde. — ¿Tú le quieres seriamente? Es cuestión de que te interrogues.

Blanca. — Lo quiero y no sólo lo quiero; lo creo un hombre irreprochable.

Matilde. — No te equivocas. Es un gentleman acabado.

Blanca. — Pero...

Matilde. — ¿Pero qué?... Dímelo, sin reticencias. Confíesame tus escrúpulos... Los examinaremos. Habrá que pelear. Y para poder hacerlo es necesario siempre una profunda convicción... Si tú o yo vacilamos...

Blanca. — Esa carta... El procedimiento... No te parece que debió haberme consultado?

Matilde. — Lorenzani contesta que su delicadeza le impedía hablarte de tales asuntos. Hacerlo con tío Luis, coiocándose en

el punto de vista en que él se coloca, y que yo apruebo enteramente...

Blanca. — ¿Tú lo apruebas, no es eso?

Matilde. — Hijita, sin ninguna perplejidad. Más todavía, creo que Lorenzani, caballerescamente, no tenía otro camino...

Blanca. — Me quitas un gran peso de encima. En las dudas que me han torturado, llegué a reprocharme una falta de respeto filial.

Matilde. — No seas niña. El acatamiento a los padres tiene sus límites. Acaba donde empieza nuestro derecho a la felicidad, cuando estamos seguros de él y se intenta arrebatárnoslo.

Blanca. — Contra quien está cargado papá es contra tí. Te acusa de ser cómplice de Lorenzani.

Matilde. — Más lo creerá todavía cuando me oiga aplaudir su conducta.

Blanca. — ¿Te atreverás?

Matilde. — Lo vas a ver. A eso he venido. Hijita, no quiero que se repita contigo lo que se hizo conmigo misma, con tu prima. Por una coincidencia providencial, yo estoy a tu lado para evitar que seas víctima de la avaricia que se disimula hipócritamente con nombres sonoros... Además no soy vengativa, pero ciertas cosas no las perdono. Tu padre tendrá que pagar el mal rato de ayer.

Blanca. — (*Le estrecha las manos y la besa secándose las lágrimas*). ¡Qué buena eres!

Matilde. — Vamos, hazte un poco de ánimo. No es tan feo el león como lo pintan. Después, ¡qué diablos! tengo aquí un presentimiento... No me engaña... Venceremos.

Blanca. — Tú lo conoces a papá... Es irreductible...

Matilde. — ¡Valero Palma! Defiende su dinero, principalmente. Pero como a todos los hombres de su especie, le impone el dinero. Me escuchará. Porque yo también lo tengo, tanto como él, más que él todavía, y razones, además, que le faltan a él! Veremos quien es más irreductible.

Blanca. — Infudiéndome valor, me das miedo, Matilde.

Matilde. — No es la hora de tenerlo. Y sobre todo, quiero contar contigo, ya te lo he dicho.

Blanca. — Te prometo que he de secundarte.

Matilde. — Bien, muy bien. (*Entra Julia*).

ESCENA II

Dichos, Julia

Julia. — Señorita, está el señor conde Lorenzani.

Blanca. — (*A Matilde*). ¿El, aquí?

Matilde. — No me extraña. Me anunció que si no recibía contestación a su carta, vendría él mismo a buscarla.

Blanca. — Es una temeridad. Con el estado de nervios de papá...

Matilde. — Tranquilízate. Lorenzani se sabe hacer respetar y no es fácil que tu padre falte a las reglas que le impone su papel de dueño de casa.

Blanca. — (*A Julia*). ¿Le has hecho pasar al salón?

Julia. — No, señorita; está en el escritorio del señor. Preguntó por él. Como el señor acaba de salir, me dijo que hiciera el favor de anunciarlo a la señorita.

Blanca. — (*A Matilde*). ¿Qué hacer?... Mira como tiemblo. (*Le da la mano*).

Matilde. — ¿Qué hacer? Empieza tu papel... Recíbelo. Nada más natural desde que se encuentra ausente tu padre. Querrá hablarte, explicarse. No le puedes negar ese legítimo desahogo... Si empiezas por desahuciarlo...

Blanca. — Tienes razón... ¿Y si viene papá...?

Matilde. — Encárgale a Julia que te avise con tiempo...

Blanca. — ¿Acá, te parece?

Matilde. — Es mejor.

Blanca. — ¿Me acompañas...?

Matilde. — No, Lorenzani preferirá hablarte sin testigos... Voy hasta lo del dentista y volveré dentro de un rato.

Blanca. — (*Va a Julia y le da órdenes por lo bajo*). Hazlo pasar.

Matilde. — Hasta luego (*la besa*). (*Entra unos segundos después de salir Matilde, Lorenzani*).

ESCENA III

Blanca, Lorenzani

Lorenzani. — (*Permanece en el dintel de la puerta unos segundos; luego se adelanta. Blanca le tiende la mano, que él coge y besa en silencio*). Perdóneme usted, Blanca, si me he dejado llevar de un impulso irresistible... Pero... cómo, ¿estando a tan pocos pasos de usted, renunciar a la emoción de verla y hablarla?

Blanca. — No sé si hago bien o mal en recibirle, Lorenzani.

Lorenzani. — Tampoco sé yo si merezco semejante bondad de su parte. Pero le juro, eso sí, que en ninguna ocasión he apreciado esa bondad tanto como ahora... Lo sé, debo parecer a usted un monstruo de maldad, un personaje despreciable...

Blanca. — (*Un movimiento de protesta*). ¡Oh!

Lorenzani. — Y mi mayor dolor, el único quizá, nace de la idea de haber causado a usted algún sufrimiento.

Blanca. — He sufrido mucho, es verdad, y sufro todavía.

Lorenzani. — No estuvo en mis manos evitarlo... Merezco que se me incremine, que se me tache de ligero; están contra mí las circunstancias. Pero si pueden serme indiferentes todos los reproches, no me atrevo en cambio a arrostrar serenamente el suyo, Blanquita.

Blanca. — Y es el que tendría más fundados motivos.

Lorenzani. — ¡Condenándome como los demás por suposiciones y apariencias...!

Blanca. — Ha dudado usted de mí... ¿qué otra cosa que una duda, una ofensiva desconfianza, pudo ser su reserva? ¿Tengo o no razones para dudar a mi vez de su cariño?... Si el cariño es seguridad y fe en lo que se quiere...

Lorenzani. — Por favor, Blanquita, le suplico. No fué jamás desconfianza; fué un reato de miramiento, un escrúpulo invencible; el temor de aparecer a sus ojos bajo un prisma repulsivo. Me aterraba poner en peligro un amor que es la mitad de mi vida...

Blanca. — Pero lo puso usted.

Lorenzani. — La fatalidad y nada más. Lo sabe muy bien su

prima Matilde, que contribuyó también sin querer, a la violenta y lamentable escena de ayer...

Blanca. — Sí, bastante lamentable.

Lorenzani. — El señor Valero adoptando esa actitud airada y dejando mi carta sin respuesta, revela haber interpretado equivocadamente mis palabras, atribuirme móviles de un orden inferior que no son de mi educación ni tampoco de mi estirpe.

Blanca. — Mi padre es en algunas de sus preocupaciones, que él llama principios, terminante.

Lorenzani. — También yo he de invocar principios para hacer valer mis propósitos. Principios de raza, de tradición, que presionan mi voluntad inflexiblemente... Tienen la felicidad estos pueblos nuevos, de no hallarse atados a esas vejeces, que en los nuestros gobiernan una buena parte de la sociedad y la encierran en un círculo de hierro. Quisiera yo poder independizarme de esas ligaduras; hay para ello un obstáculo insuperable que debo y quiero respetar. Es mi buena y santa madre que todo lo sacrificó por mí, por mi porvenir y mi carrera, y que hoy por un doloroso vaivén de la fortuna queda completamente arruinada.

Blanca. — Todo me lo ha contado Matilde...

Lorenzani. — Su prima de usted, Blanca, no es una mujer, es una providencia. Es ella quien me ha confortado, quien me ha jurado que los sentimientos de usted serían los mismos, que no cambiarían en lo mínimo! ¿Puedo esperarlo así? Seguirá usted creyendo en la sinceridad, el desinterés, la noble fuerza de una pasión que desde que brotó en mi pecho no ha venido sino acentuándose, que es ya la sola poesía que me sonríe, el único encanto a que me confío en todas las asperezas de la lucha... Diga usted, Blanquita...?

Blanca. — (*Con decisión*). Sí, amigo mío, Matilde conoce bien mi pensamiento y le ha afirmado a usted la pura verdad.

Lorenzani. — ¿En el futuro como en el presente y fueren cuales fueren las consecuencias de esta batalla que vamos a librar?

Blanca. — Ahora y siempre.

Lorenzani. — (*Acercándose y tomándole la mano*). Sus palabras me devuelven los bríos que necesito. Si la adversidad nos separa, si fueran tan grandes los obstáculos, que no pudiéramos realizar el poema que juntos hemos acariciado...

Blanca. — Seguiría invariable y no conocería otro cariño que el que siento...

Lorenzani. — Es usted un ángel, Blanca. Pero no ha de pasar así... Por eso estoy aquí. Para hablar a su padre. La pureza de mis deseos se traducirá en mi lenguaje. Lograré convencerlo. Es siempre el corazón más elocuente que el cerebro.

Blanca. — Ojalá sea posible...

Lorenzani. — Pero don Luis la quiere a usted, más que eso, la idolatra...

Blanca. — A su manera. Pero ese afecto no ha de tocar a sus opiniones y a sus juicios...

Lorenzani. — Es un trance en que nos va la felicidad. Con las seguridades de su amor se desvanece en mí toda inquietud...
(*Entra precipitadamente Julia y se acerca a Blanca.*)

Julia. — (*A Blanca por lo bajo.*) El señor acaba de llegar. Sube la escalera. (*Sale Julia.*)

Blanca. — Mi padre que viene. Le dejo a usted, amigo mío. (*Le da la mano, que besa Lorenzani. Vase dirigiéndole una mirada afectuosa. Lorenzani permanece unos segundos solo. Aparece don Luis.*)

ESCENA IV

Lorenzani, don Luis

Don Luis. — (*Entrando precipitadamente, deteniéndose en la puerta y mirando con cierto desagrado y extrañeza.*) Acaban de decirme al entrar que me estaba usted esperando, señor Lorenzani. Usted dirá en qué puedo servirle.

Lorenzani. — (*Inclinándose.*) Mi visita, señor Valero Palma...

Don Luis. — Le ruego que tome usted asiento. (*Se sientan.*)

Lorenzani. — Quiero creer que adivina usted las causas de mi presencia...

Don Luis. — Cree usted muy mal. No las adivino.

Lorenzani. — El incidente de ayer en casa de su sobrina Matilde, es una de ellas. La otra, que considero la continuación y consecuencia tal vez de la anterior, es su silencio con respecto a la carta que tuve el honor de dirigirla.

Don Luis. — Perdone usted si no me creo obligado por deber alguno, a explicar a nadie lo que pasó ayer en casa de mi sobrina. Estábamos en familia, puesto que sólo ella y mi hija conocieron mi actitud. Es un asunto íntimo, como usted comprende.

Lorenzani. — No tan íntimo que no infundiera sospechas a los que asistían a la fiesta y que se vieron privados tan inopinadamente de su compañía. Además, Matilde tuvo a bien enterarme del caso, reclamándome como era justo, la clave del enigma.

Don Luis. — ¿Y se la dió usted?

Lorenzani. — No tan amplia como hubiera deseado... Evidentemente, tenemos usted y yo, puntos de partida distintos...

Don Luis. — Por eso es que no llegamos al mismo resultado.

Lorenzani. — Y como no ha respondido usted a mis letras...

Don Luis. — Me ha parecido innecesario.

Lorenzani. — Líbreme Dios, señor Valero, de querer dar a usted una lección...

Don Luis. — En su calidad de diplomático es posible que me pueda dar usted muchas sobre formas sociales.

Lorenzani. — Le ruego a usted que no vea en mí sino al amigo de su casa, a un simple particular, al pretendiente de su señorita hija.

Don Luis. — No, no; es posible que haya equivocado el procedimiento. Me pareció que su carta no tenía contestación. Mejor dicho, pensé que no contestándola, hacía saber a usted implícitamente mi disconformidad con el contenido.

Lorenzani. — Una carta tiene siempre respuesta. Sea cual fuere. Regla de cortesía.

Don Luis. — Ya ve usted como puede usted ser mi maestro... en achaques de etiqueta.

Lorenzani. — Tengo derecho a creer que mis intenciones han sido, pues, tergiversadas de un modo que hiere mi decoro.

Don Luis. — No hay tergiversación de ningún género. Es pura y simplemente como lo ha dicho usted muy bien, disparidad de puntos de vista. Usted piensa una cosa acerca del compromiso matrimonial que voluntariamente contrajo con mi hija; y yo, y ella misma, pensamos otra cosa.

Lorenzani. — ¿Ella, dice usted?

Don Luis. — Sí, ella, que no puede opinar sino como su padre a quien quiere y respeta.

Lorenzani. — Le suplico que dejemos de lado la opinión de Blanquita.

Don Luis. — ¿Cómo de lado, señor mío? Le repito que Blanca me acompaña en la decisión.

Lorenzani. — Señor Valero Palma, créame usted que no he

venido a provocar un conflicto. Muy lejos de mi ánimo está el buscar soluciones desagradables a una situación como la que he puesto en su conocimiento. Pero usted me va a permitir que amplíe...

Don Luis. — Si usted se interesa, puede ampliar cuanto quiera.

Lorenzani. — No; intento tan sólo disuadir a usted de un pensamiento que le sospecho. Que se penetre usted bien que no fué nunca mi propósito exigirle a usted una dote para su hija, como condición de mi matrimonio con ella.

Don Luis. — No la exige usted, pero... la solicita.

Lorenzani. — Conozco la vida del país y sé perfectamente que repugna a estas sociedades una costumbre tan arraigada en Europa. No quiero ni debo discutir las razones en que se basa esa resistencia. Podría atribuírseme pasión y acaso prejuicios de clase. Pero, señor Valero, no estoy en el caso de un pretendiente que reclame por viejos resabios sociales o por instinto lucrativo un caudal que ni las leyes ni los hábitos locales le aseguran... En mi carta expuse a usted bien específicamente cual es en este instante, por desastres inesperados y recientes, la situación de la Casa Lorenzani; he hablado a usted de la necesidad de amparar a mi madre, he enterado al padre de mi prometida, caballero que goza de cuantiosa fortuna...

Don Luis. — Y adquirida, tenga usted presente, con el esfuerzo de dos generaciones.

Lorenzani. — Tanto mejor... Le he enterado de que sin su auxilio material me era imposible, fuera de un menoscabo en la vida que me impone la representación que invisto y en los deberes de hijo, — llevar a cumplimiento la palabra jurada ante mi conciencia y mis sentimientos.

Don Luis. — Creo que eso mismo textualmente, dice su carta...

Lorenzani. — No es raro que la haya repetido textualmente. Probaría a lo sumo que si no cambia la forma de mis frases, es porque no ha cambiado tampoco el fondo de mis intenciones.

Don Luis. — Pues bien, señor, ya que se empeña usted tanto en obtener una respuesta, le repetiré lo que usted mismo sabe. Que no existiendo entre nosotros la dote, siendo facultativo de los padres dar o no en vida capital o renta a sus hijos, sigo en esto el ejemplo de mis conterráneos que han pasado antes que yo por este mismo lance. El marido que habrá de llevarse a mi hija Blanca se contentará con lo que aquí se estila, resignándose a esperar

que la muerte, si es que aspira a heredar cuanto antes, se asocie a sus desecs... Y los Valero Palma (*con sorna*) somos duros de pelar...

Lorenzani. — Deseaba, señor Valero, aclarar mi proceder, desvanecer toda insidia acerca de mi conducta de caballero... Creo haberlo conseguido, pues advierto que ha recobrado usted la calma y hasta cierto buen humor...

Don Luis. — Doy un antecedente de familia, nada más. Para que lleve usted la respuesta completa.

Lorenzani. — No era necesario. Prefiero, sin embargo, este nuevo giro que da usted a la conversación, al tono airado con que en lo de su sobrina Matilde encaró usted arbitrariamente el sentido de mi comunicado... Y si usted se cierra a ese avenimiento, colocándome en bien crítico camino...

Don Luis. — Le he dicho a usted mi última palabra. Mi hija no tiene dote.

Lorenzani. — (*Se alza*). Me parece inútil continuar hasta para rectificar el empleo inapropiado que usted hace de ese término en el caso presente.

Don Luis. — Como usted guste. (*Se alza*).

Lorenzani. — Lamento profundamente tener que declinar el honor de pertenecer a su familia.

Don Luis. — Le devuelvo a usted su pesar.

Lorenzani. — Y retiro el pedido que formulé al venir por vez primera a esta casa.

Don Luis. — Nos habíamos adelantado nosotros a darlo por retirado. (*Toca el timbre. Viene el criado*).

Lorenzani. — A los pies de usted, señor Valero.

Don Luis. — Considéreme usted su criado. (*Sale Lorenzani. El criado le acompaña y luego vuelve*).

ESCENA V

Don Luis — Criado

Don Luis. — Dile a Julia que avise a la señorita Blanca, si se ha levantado, que aquí la espero.

Criado. — Está bien, señor.

Don Luis. — ¿Sabes si se encuentra en casa don Alfredo?

Criado. — No está, señor. Salió después de almorzar y no ha vuelto todavía. Pero como debe venir a buscarle don Héctor Miranda, me avisó que le dijera que estaría de regreso a las cuatro.

Don Luis. — Perfectamente. Haz lo que te he encargado. (*Sale el criado. Don Luis se pasea pensativo unos segundos. Entra Blanca.*)

ESCENA VI

Don Luis — Blanca

Blanca. — Buenas tardes, papá. (*Don Luis la besa.*)

Don Luis. — ¿Cómo te encuentras, hija mía? ¿Por qué no bajaste a almorzar? ¿Continúa la jaqueca?

Blanca. — Menos fuerte.

Don Luis. — ¡Vaya! Siéntate. Conversaremos.

Blanca. — (*Se sienta en silencio.*)

Don Luis. — He de referirte cosas que te interesan. Felizmente nada grave. Todo está arreglado.

Blanca. — ¿Arreglado, dice usted, papá?

Don Luis. — Acaba de salir de aquí Lorenzani... Hemos hablado. Se ha visto en la forzosa necesidad de retirar su pedido... Ya lo ves. Era resolución indeclinable y formal... No se casa si tú no acompañas la dote.

Blanca. — ¿Eso ha dicho Lorenzani?

Don Luis. — Más o menos. Te repito las cosas en términos equivalentes.

Blanca. — Matilde me las ha contado de otra manera.

Don Luis. — ¿Matilde? ¿Y cuándo has visto a Matilde?

Blanca. — Recién se va. Pero volverá.

Don Luis. — Matilde hace muy mal dar opinión cuando no se la piden.

Blanca. — Eso no. Se trata de mí. La creo tan interesada en mi felicidad como a ustedes mismos.

Don Luis. — Pero sin sus oficios no habiéramos llegado a este enredo desgraciado. El conde Lorenzani no fué nunca santo de mi devoción. Demasiado lo sabía ella. Es un ministro, un noble, un personaje, no me aparto. Pero no era mi candidato. Tal vez haya influido en mí la idea de que tenía que separarme de tí,

una separación constante y excesiva, debiendo, como debes, seguir la suerte de tu esposo; salir del país, formar un hogar exótico fuera de nuestro centro. Después, estas personas que nos caen de pasaje, no están nunca hechas a nuestro modo. Se disipa el amor, si lo hay, y quedan las diferencias. Entre el marido y la mujer cuanto más afinidades de raza, de clase, de educación, de principios y de tradiciones, tanto más se asegura la dicha. Pero Matilde, ¡qué cosas no maquina! En qué forma dejó de intrigar para que todo se allanase al pretendiente!...

Blanca. — Matilde, papá, es incapaz de intrigar. Y me extraña que usted que no encuentra generalmente adjetivos bastante para alabarla, la trate con semejante dureza.

Don Luis. — Sí, sin duda, Matilde es una mujer casi perfecta... Su casi consiste en la manía casamentera... Vive empeñada en casar a todo el mundo.

Blanca. — Se contagia usted de tía Nicomedes.

Don Luis. — Es en el único punto en que encuentro razón a mi hermana.

Blanca. — Que sabiendo que yo tenía una profunda simpatía por Lorenzani haya protegido nuestra inteligencia, es una cosa muy lógica.

Don Luis. — No debió hacerlo. Debió bastarle una advertencia mía.

Blanca. — Matilde no pudo creer que su oposición era seria, tanto más cuanto que cedió usted inmediatamente.

Don Luis. — Cedió, cedió... Tú te empecinaste en que debía ser así. Me aseguraste que lo querías.

Blanca. — Lo quería y lo quiero.

Don Luis. — Pero sin la colaboración importuna de tu prima ese sentimiento no hubiera pasado de un capricho pasajero.

Blanca. — Papá, yo no soy mujer de caprichos.

Don Luis. — Todos lo somos: mujeres y hombres.

Blanca. — Yo no he conocido más afecto maternal que el de mi prima. Me tuvo ella en sus brazos, la quise siempre como si fuera mi propia madre a quien no conocí. Cuando hace tres años Matilde nos dejó para vivir independiente, usted sabe cuanto sufrí aunque procuré disimulárselo... No creo, no admito que un alma como la suya no tenga en esta ocasión y mucho más tratándose de mí, otro propósito que el que aquí se le atribuye, el de casarme por casarme como un entretenimiento banal de des-

ocupados, por simple oficio de comadres metidas en la vida ajena...

Don Luis. — Nadie ha intentado lastimar a Matilde fundamentalmente, para que la defiendas con esa vehemencia. Tú la quieres y ella lo merece. La queremos todos...

Blanca. — Sí, ya lo sé; hay muy diversos modos de querer.

Don Luis. — El hecho es que el hombre que ella palanqueó con tanta tenacidad se desenmascara hoy y en vez de amor se presenta a pedirte dinero...

Blanca. — Eso puede ser; eso no es, padre mío.

Don Luis. — ¿Cómo que no? Pudiste dudar de tus ojos al leer esa carta, pero hubieras llegado a la evidencia escuchándole hace un instante. Si yo no me despojo de lo que pretende, no se casa contigo.

Blanca. — ¿Así lo ha dicho?

Don Luis. — Y repetido. Así, friamente, como quien deshace un negocio apalabrado, que ya no le conviene.

Blanca. — ¿Es posible? ¿Que no se casaba?

Don Luis. — (*Hace un signo afirmativo*). Vino a que le devolviéramos la palabra empeñada.

Blanca. — ¿Hasta ese punto?

Don Luis. — Como lo oyes... Los bisabuelos compraron los blasones con su sangre, para que estos nietos los coticen en el mercado de fondos públicos...

Blanca. — Lorenzani es un caballero, papá.

Don Luis. — No lo discuto. Pero de caballería moderna; de la que no confunde a dos tirones molinos con gigantes. Su Dulcinea puede ser una fregona, pero está siempre forrada de dolones.

Blanca. — (*Bajando los ojos en donde brotan lágrimas*). Infeliz de mí!

Don Luis. — Vamos, hijita. No te aflijas. Más que llorar debes felicitarte... Un desengaño a tiempo no es un desengaño. Te has librado de buena... Nos hemos librado todos. No necesitas tú que venga gente de fuera a pretenderte. Tienes lo mejor de lo mejor. El engorro de elegir y nada más.

Blanca. — Papá, soy muy desdichada...

Don Luis. — Por Dios, quítate de ahí. Como corrías el peligro de serlo era casándote con quien no te buscaba por tu persona sino por la venalidad del dinero. (*Sigue sollozando Blanca. — Entra por la derecha Matilde*).

ESCENA VII

Dichos, Matilde

Matilde. — Mi tío, muy buenas... (*al ver a Blanca sollozando*).
¿Y esto? ¿Nuevas escenas?

Don Luis. — Nada de particular, hijita. Blanca está bajo una penosa impresión recibida. Los nervios han sufrido un sacudón. (*A Blanca*). Anda, Blanquita, provocarás de nuevo la jaqueca si no sabes contenerte.

Matilde. — (*Ayudándola a levantarse*). Sí, tiene razón tu padre. Ve a tu cuarto. Yo iré enseguida. (*La acompaña hasta la puerta de la derecha. Sale Blanca*).

ESCENA VIII

Don Luis, Matilde

Matilde. — (*Después de un silencio*). Presumo cual habrá sido el sacudón.

Don Luis. — No me extraña que lo presumas. Y más vale así. Me evitas que te lo cuente.

Matilde. — Sin embargo, no es fácil que yo me contente con saber los hechos a medias... Ha estado aquí el conde, ¿no es cierto?

Don Luis. — ¿Te constaba que vendría?

Matilde. — Era lo justo. No habían de quedar las cosas como estaban.

Don Luis. — Pues han quedado tal y cómo.

Matilde. — ¿Ha persistido usted, mi tío, en atribuir al conde una bajeza?

Don Luis. — Así, bajeza, le llamo yo. Tú puedes calificar su jugada como te cuadre.

Matilde. — Lorenzani dispone de las pruebas que lo justifican. Me las ha enseñado y explican satisfactoriamente su carta. ¿No se las mostró a usted?

Don Luis. — A mí no. Pero hizo bien: no me convencen papeles.

Matilde. — ¿Y qué es lo que a usted le convence?

Don Luis. — Vamos, que me harás perder la paciencia.

Matilde. — ¿La paciencia? Es muy poco perder cuando se juega la suerte de los hijos.

Don Luis. — Me permitirás que, si esos hijos son los míos, sea yo quien resuelva y no tú.

Matilde. — No hará usted la injusticia, me figuro, en la ofuscación que lo perturba, de considerarme un Juan de afuera en lo que atañe al porvenir de Blanquita.

Don Luis. — Ya sé muy bien que te preocupa...

Matilde. — Me preocupa, me preocupa... He contribuído a formar su corazón y su carácter. Esa niña que empiezo por adorar, es tan obra mía como lo puede ser de usted mismo.

Don Luis. — Te lo reconozco. No tengo yo, sin embargo, la culpa de estas andanzas.

Matilde. — ¿Da usted a entender que soy yo quien la tiene?

Don Luis. — Mejor que lo entiendas. A tí fueron las primeras confidencias de Blanquita y tú alentaste esa inclinación. Lorenzani encontró en tí desde el principio un abogado decidido.

Matilde. — Ni de una ni de otra cosa me arrepiento.

Don Luis. — Haces bien: los resultados son famosos. El bochorno por un lado; por el otro el desplante del sujeto y la desesperación de tu prima. Una solución que ni soñada.

Matilde. — Alto ahí, mi tío Luis. Si acepté la responsabilidad de lo anterior no deduzca usted que estoy dispuesta a cargar con el resto. Para ese desenlace, hay otro responsable.

Don Luis. — Tú dirás.

Matilde. — Pues usted mismo.

Don Luis. — Es lo que faltaba. ¡Ah! Sí, ya te comprendo. Sé donde vas a parar. ¡Qué tonto! He sido yo que rechacé la pretensión del señor conde. Debí plegarme a su exigencia. Entregar una dote espléndida a mi hija. Un millón, dos, ¿no es eso? Para que este aerolito redondease su posición a mis costillas. El dinero que de padres a hijos nos ha costado tantos desvelos, entregarlo así, pasivamente, sonrientemente, al primero que ose codiciarlo a título de que te hace el honor de ingresar en tu familia.

Matilde. — ¿Que no ha amontonado usted ese dinero para formar la situación de los que han de sucederle?

Don Luis. — Sí, cuando me sucedan. Es decir, cuando yo falte.

Matilde. — Y cuando a ellos no les sirva para nada.

Don Luis. — Tales son nuestras prácticas y no me toca a mí modificarlas.

Matilde. — Prácticas absurdas, de un perfecto egoísmo. Les toca modificarlas a aquellos padres que comprendan que cada generación tiene derecho a vivir su vida.

Don Luis. — Y que la viva como quiera, pero sin despojar a la anterior de lo que le pertenece.

Matilde. — El matrimonio de Blanquita le costará a usted un mísero bocado.

Don Luis. — Mísero o no, eso es cuenta mía.

Matilde. — Mire usted que arriesgará toda su dicha.

Don Luis. — ¿Comprarle así, un marido? Dejarse embaucar por quien se presentaba rendido de pasión y que resulta un cañador vulgar de herederos.

Matilde. — El amor no excluye el bienestar. Por él se prolonga y fortalece.

Don Luis. — Pobre amor el que mira al interés.

Matilde. — ¡Ah! ¿Pensaba usted encontrar en Lorenzani un amor de veinte años? En un hombre de treinta y ocho, hecho y experimentado, que continúa los ideales de sus antepasados, que tiene el orgullo y la dignidad de su carrerá? Casarse a ojos cerrados, en la precipitación del *coup de foudre*? Le pedía usted un sentimiento inconsciente y exaltado de esos que la naturaleza utiliza para sus fines inferiores, no es así? Lorenzani no podía ni debía casarse creándose al hacerlo un impedimento, sino buscando un complemento a su ambición. Se sorprende usted de que, este carácter equilibrado y dignísimo haya juzgado de sus propósitos de usted como encaró siempre los suyos propios? Ha criado usted a su hija con un fausto ilimitado. Nada bastaba para Blanca en lujos y esplendores. Es usted sencillo y económico, no lo fué jamás para esa niña. Trajes, joyas, carruajes, costosas diversiones, como costosa fué su educación proporcionó usted a esta criatura, aun poniendo en riesgo la candidez de su temperamento. ¿Qué podía deducir cualquier pretendiente, de esta ostentación desenfundada, sino que usted seguiría alimentando ese boato cuando Blanca dejara de ser la hija mimada de su padre para convertirse en la mujer elegida del hombre de sus sueños? ¿Y cómo aceptaría, sobre todo, una persona delicada, someter a la prueba, sino de estrecheces, de tristes limitaciones, una existencia amplia, abundante, fastuosa, pues que un revés de la suerte

ha dejado a Lorenzani reducido a las simples rentas de su plenipotencia?

Don Luis. — Todo lo que cuentas, no significa más que una sola cosa: cálculo, cálculo y cálculo. Quien viene a buscar una novia como Blanca ha de tener la previsión de contar con los posibles para darle el mismo bienestar de que la saca.

Matilde. — Eso no es fácil cuando se está en los principios de una posición. De modo que usted excluye de la posibilidad de casarse con su hija a todos aquellos hombres que aun teniendo brillantes condiciones mentales y morales no estén en posesión de una fortuna? ¿Y qué más generoso, más lógico y natural que facilitar a quienes son o han de ser los nuestros los medios de llegar, toda vez que nos sobran recursos para hacerlo? . . . (*pausa*). Mi tío, reflexione usted detenidamente, se lo ruego. Pese usted todas las consecuencias de este paso. Blanca quiere apasionadamente a Lorenzani. Este retribuye en iguales términos y con idéntica pureza su cariño. Va usted a sacrificar al prurito de una injusta sospecha, de un estúpido reparo, de un apego insensato a los bienes de la tierra en el ocaso de su vida, va usted a sacrificar, digo, la felicidad de dos seres que se entienden y se completan.

Don Luis. — No, basta; no insistas. Te he escuchado lo suficiente y ya hasta de más. Veo que te extralimitas. Y es un asunto que me enerva. . . Me felicito de que haya terminado. Blanca se felicitará más tarde también. Y hazme el favor, te lo suplico yo a mi vez, de no proseguir en un juego que me disgusta. Lorenzani ha acabado para nosotros.

Matilde. — No conoce usted el corazón de su hija, mi tío,

Don Luis. — ¡Bah! ¡Bah! Eso lo decimos o lo oímos decir a cada paso, porque tenemos el vicio de complicar el corazón en el menor capricho que nos atraviesa la fantasía. (*Entra Alfredo por la derecha. Viene de la calle.*)

ESCENA IX

Dichos, Alfredo

Alfredo. — ¿Qué dices, papá? ¿Cómo estás, Matilde?

Matilde. — Muy bien, ¿y tú?

Alfredo. — Así. . .

Matilde. — ¿Nada más? ¿Algún quebranto por el turf? Tenías

ayer una combinación magnífica, valgan los informes de Blanquita. . . ¿Te resultó?

Alfredo. — Por pésima que fuese siempre daría mejores resultados que la que tú habías preparado para ella.

Matilde. — No agarro la alusión.

Alfredo. — Dí que no quieres agarrarla. (*A don Luis*). Acabo de hablarle.

Don Luis. — ¿A quién?

Alfredo. — A Blanquita. Me esperaba sus respuestas.

Matilde. — Ganas de molestarla.

Alfredo. — No se ha convencido todavía la muy infeliz de que esta salida del conde era golpe preparado. . . Lo ví venir desde el principio.

Matilde. — No digas despropósitos.

Don Luis. — Has hecho malísimamente en mortificar a tu hermana.

Alfredo. — A cada uno lo suyo. Aquí pasábamos por llevarle la contra de puro camorristas.

Matilde. — ¿Y qué otra cosa?

Alfredo. — No hay más que ver. En el club no encuentras tú dos opiniones.

Don Luis. — ¿Cómo, que en el club?

Alfredo. — Bonito hueso que roer. Es ya el acontecimiento del día.

Matilde. — ¿Que tú lo has referido?

Alfredo. — ¿Cómo yo? Apenas entré cayeron a interrogarme. Lo sabían con pelos y señales.

Matilde. — Pero ¿y quién? Yo no lo he contado a ninguno. Lorenzani no hay que pensar, usted, mi tío. . .

Don Luis. — Yo solamente a Nicomedes.

Matilde. — ¿A Nicomedes? Válgame Dios.

Alfredo. — Se lo ha contado usted al padrón municipal.

Don Luis. — Sí, hice mal. Me tomó de sorpresa. Vino esta mañana después de misa. Estaba yo tan excitado todavía, que le fué fácil sacarme cuanto quiso.

Alfredo. — Y que lo ha repetido cargando la romana. Blanca me ha asegurado que nada es verdad de que le haya exigido a usted un millón sobre tablas y mejorar a su mujercita en su testamento.

Matilde. — Qué desenvoltura para calumniar. Qué temple de mujer. . . Si es ella en pintura.

Don Luis. — No señala cantidad, pero lo cierto es que habla de una respetable.

Alfredo. — A él no le cuesta más que recogerla... ¡Vaya una impudicia! ¿Pero es posible que usted le haya recibido todavía? Magnífico filón. Este hacía la América. Y que encuentren siempre tontos que enredar estos logrerros.

Matilde. — Te pones conservador con los millones de tu padre. ¡Quién te diría, hijito, tan económico!

Alfredo. — Nunca te pedí a tí para gastar.

Matilde. — Y has hecho muy bien en no pedirme. No tengo yo mi dinero para tirarlo a las patas de los caballos, que me parece peor que darlo a un hombre honesto y laborioso para que forme una familia.

Alfredo. — Tú tienes siempre razón. Los demás no saben lo que dicen.

Matilde. — Sí, porque Lorenzani no es un truhan y debe respetársele. Claro que en el Club...! Descartado él vuelven para algunos las probabilidades de pescar la hijuela de tu hermana. Porque naturalmente, si fuese de los nuestros, perdonaríamos con toda libertad que tomase esos caudales, sin otra aspiración que vivir alegremente y disiparlos en los garitos elegantes.

Alfredo. — ¡Vaya con mi prima! ¿Deseabas ubicar un conde en la familia?

Matilde. — Lo que deseaba es ubicar un hombre de vergüenza.

Alfredo. — ¿Es una indirecta? ¿Quieres significar tal vez que no los hay?

Matilde. — Tanto mejor si los hubiese. Nunca uno más estaría de sobra.

Alfredo. — Hijita, has hecho una plancha de primera.

Don Luis. — Vamos, Alfredo; ten miramientos con Matilde.

Matilde. — Déjelo, tío Luis. Así paga el diablo a quien bien le sirve. ¿Recuerda usted este mocosuelo?

Alfredo. — Yo no te falto.

Matilde. — Bueno hubiera sido. *(Pausa).*

Alfredo. — *(A don Luis).* Yendo al grano, papá. ¿Qué ha resuelto usted hacer?

Don Luis. — ¿Qué es lo que he resuelto? Dar por liquidado el compromiso y santas pascuas!

Alfredo. — ¿Nada más que santas pascuas? A mi no me satisface.

Don Luis. — Pues a mi muy bien servido.

Alfredo. — Hay una ofensa que castigar y entiendo castigarla. Lorenzani ha plantado a mi hermana en condiciones que importan una afrenta. Yo ya he tomado mi partido.

Don Luis. — No vas a cometer una demencia.

Alfredo. — Demencia o cobardía, prefiero lo primero. A usted, papá, ni su edad ni su carácter le permiten asumir ciertos papeles. Yo estoy aquí felizmente para exigir reparaciones. A estas horas Gutiérrez y Palacios se habrán apersonado a Lorenzani.

Don Luis. — Es dar repercusión al escándalo.

Alfredo. — La repercusión está dada. Probamos que hay sangre en las arterias y respeto al apellido.

Matilde. — Ustedes los hombres todo lo arreglan con tiros o sablazos.

Alfredo. — Lo que desarreglan con suspiros o sonrisas ustedes las mujeres.

Matilde. — Lorenzani no aceptará.

Alfredo. — ¿Lo crees así? Le hago el honor de equipararme.

Matilde. — No ha ofendido a nadie. Probará sus intenciones. No habrá testigos que apadrinen ese lance sin causa.

Alfredo. — Para que la haya lo abofetearé, si es preciso.

Matilde. — ¿Lo oye usted, mi tío?

Don Luis. — No harás eso, Alfredo. Ten presente que te lo prohibo. (*Entra Emilio precipitadamente por el foro.*)

ESCENA X

Dichos, Emilio

Emilio. — (*Dando la mano a Matilde.*) Pisándome los talones viene tía Nicomedes. Me he hecho que no la veía. (*Deja una cartera que trae.*)

Matilde. — Una retirada a tiempo... (*Se pone de pie como para irse.*)

Don Luis. — Emilio, ten juicio, ya lo sabes, y no le tires de la lengua.

Matilde. — Como que ella necesita...

Emilio. — Y trae paso de carga. (*Entra Nicomedes.*)

Matilde. — Y vendrá cargada hasta la boca.

ESCENA XI

Dichos, Nicomedes

Nicomedes. — Buenas tardes.

Alfredo. — Muy buenas.

Matilde. — Buenas tardes, tía.

Emilio. — Tía Nicomedes... (*Le hace una reverencia exagerada*).

Nicomedes. — ¿Ustedes de pie? No se paga por sentarse, supongo. Estoy muy cansada.

Alfredo. — (*Acercándole una butaca*). Siéntese usted.

Matilde. — ¿Y Enriqueta?

Nicomedes. — Fué al Park con Teresa. Un te de confianza.

Don Luis. — ¿Siempre están de moda?

Emilio. — Cada día más gente.

Nicomedes. — ¿Y qué es lo que se cuenta? No veo aquí a Blanquita.

Matilde. — Acaba de recostarse.

Don Luis. — Sí, está algo indispueta.

Nicomedes. — Es que no es para menos. ¿Qué noticias del gringolete?. (*A Matilde*).

Matilde. — No le entiendo, mi tía.

Nicomedes. — Hazte la zonga-monga... De tu famoso protegido... De ese conde del... Gotha...

Matilde. — ¿Qué quiere usted que le diga?

Nicomedes. — Y tus entusiasmos de ayer?

Matilde. — No he cambiado de criterio.

Nicomedes. — Pues, hijita, tienes tragaderas. Pero lo mandarás al menos que pida a otra esquinita.

Matilde. — Tía Nicomedes, mire que no está el horno para bollos. Déjese de majaderías.

Emilio. — (*Aparte a Matilde*). Requetebien, primita. (*Le da la mano y tomando su cartera, sale*).

ESCENA XII

Dichos, menos Emilio

Nicomedes. — ¿Ahora te sulfuras? Algún consuelo hemos de darnos los que con más derecho que tú, no tuvimos baza en el asunto. Cierto es que para casorio hay que dejarte solita. Estás en tu elemento. Pero eres como el capitán Araña que embarcaba a todo el mundo y él se quedaba en tierra. . . Pero todavía estás en tiempo. Ahí tienes un candidato. Y como te sobra metálico. . .

Don Luis. — Hermana, por Dios, que no has de tener paz ni con los tuyos.

Alfredo. — (*Con sorna*). Tía Nicomedes, no hable usted de cosas tristes.

Matilde. — Sí, efectivamente, que no me las recuerde. No saldría yo perdiendo en la partida.

Nicomedes. — ¿Te refieres al conde?

Matilde. — A hechos parecidos en que usted metió su cuchara. También para usted Gonzalo Linares era un necio ganapán.

Nicomedes. — Acabáramos. . . Me la guardabas.

Don Luis. — Repito que me contraría este afán de disputar, (*Entra un criado trayendo en una bandeja unas tarjetas que presenta a Alfredo. Este las lee y sale precedido del criado*).

ESCENA XIII

Dichos, menos Alfredo

Matilde. — Un momento, mi tío. (*A Nicomedes*). Sí, es que yo estuve en el caso de Blanquita. Mi padre creyó que todos me pretendían por la plata. Fué siempre su estribillo. . . Y otros fomentaban sus humores.

Nicomedes. — Deja al pobre Gregorio que descanse tranquilo. Es el derecho de los muertos.

Matilde. — Sé muy bien respetarlos. La verdad no les ofende. Mucho más cuando esa verdad puede servir para que no se repitan los errores.

Nicomedes. — Tus pretendientes corrían parejas con este Lorenzani... Su amor era el anzuelo de la dote...

Matilde. — ¡Puede ser! Era yo tan infeliz y tan sin atractivos!

Nicomedes. — Cuento lo que pasó.

Matilde. — Sí, Linares es hoy un personaje. Ayala ha hecho una carrera. Les faltaba todo eso, es verdad, cuando me festejaron. En cambio eran honrados, aspirantes y yo pude, si mi padre hubiera entendido mi interés, suplir sus deficiencias de fortuna. Esa dote o llámele usted como quiera, fué lo que me faltó.

Nicomedes. — Lo que quiere decir que eres consecuente, sacando la cara por tu amigo Lorenzani.

Matilde. — El no ha pedido una dote, por lo pronto. Puede corroborarlo mi tío Luis.

Don Luis. — Pero algo parecido. Me habló de las costumbres europeas.

Nicomedes. — Allí el casamiento es un balance. Se toma la mujer con el dinero. Comida la dote cada uno por su lado.

Matilde. — Los padres establecen a sus hijos sin hipocresías ni romances. Evitan que esos hijos puedan motejar su avaricia y estar deseando constantemente su muerte.

Don Luis. — Eso es una enormidad.

Nicomedes. — Para ésta lo criollo no sirve para nada.

Matilde. — Enormidad o no es lo que se ve aquí frecuentemente. No creo que pueblos viejos y experimentados mantengan procedimientos que perjudican sus conveniencias. Más fácil es que estas sociedades de ayer se engañen cuando se resisten a copiarlas. El desprendimiento del padre para el hijo si no viene a tiempo es como si no viniera. Yo he recogido una inmensa fortuna a los treinta y cuatro años, cuando había declinado ya sueños y esperanzas.

Don Luis. — Tu padre no pensó mas que en tí.

Matilde. — Pero pensó equivocadamente. La décima parte, un grano de cuanto me ha dejado, me daba a los veinte años la dicha que soñé. Hoy ¿de qué me sirven todos esos millones?

Don Luis. — Tu teoría es que los padres debemos imitar a aquel rey insensato que tuvo que dormir a la intemperie por háberselo dado todo a sus hijos.

Nicomedes. — Sí, tenemos que quedarnos en la calle.

Matilde. — Mi teoría es que los padres deben pensar en sus

hijos mucho más que en sí propios. No como unos necios, pero sí como generosos.

Nicomedes. — Comprarles a las hijas condes o marqueses.

Don Luis. — Importar las costumbres que andan hace tiempo en derrota del otro lado de los mares.

Matilde. — Hábitos que conservan la clase y el decoro en las familias.

Nicomedes. — (*Levantándose*). Mujer, que no llesves pantalones y seas diputado... Estarías bien en el congreso. (*A don Luis*). Voy a saludar a Blanquita... (*Sale por la derecha*).

ESCENA XIV

Don Luis, Matilde

Matilde. — Va a darle un mal rato, de seguro.

Don Luis. — Ya Blanquita la conoce.

Matilde. — Pero en su estado de espíritu...

Don Luis. — No la tomará en cuenta, lo verás.

Matilde. — Mi tío, procure usted por todos los medios que Alfredo no cometa un disparate irreparable. Esa provocación... Es capaz de llevarla a cabo.

Don Luis. — Volveré a hablarle más tarde. (*Entra Nicomedes*).

ESCENA XV

Nicomedes. — Blanca no está.

Don Luis. — ¿No está en sus habitaciones?

Nicomedes. — Ha salido.

Matilde. — ¿Salido, dice usted?

Don Luis. — Eso es imposible.

Nicomedes. — Julia me lo ha dicho.

Don Luis. — (*Toca el timbre. Viene el criado*). Llama a Julia. (*Silencio. Entra Julia*).

ESCENA XVI

Dichos, Julia

Don Luis. — ¿Dónde está la señorita?

Julia. — Señor, acaba de salir.

Don Luis. — Pero, ¿dónde fué?

Julia. — Señor, no lo sé.

Don Luis. — Pero algo dijo...

Julia. — Sí, dijo que salía.

Don Luis. — ¿Y nada más?

Julia. — Nada más.

Don Luis. — ¿A pie?

Julia. — Yo le pregunté si había que pedir el auto y me contestó que no, que si precisaba alguno lo tomaría en la calle.

Don Luis. — ¿Y por qué no me avisaste?

Julia. — Señor, como nunca lo hago. Además, me recomendó especialmente que a nadie lo dijese.

Don Luis. — Eso, eso, torpe... Precisamente por habértelo recomendado... Si estamos servidos por idiotas.

Matilde. — Cálmese usted, mi tío. La pobre Julia ha debido obedecer.

Don Luis. — ¿Obedecer? ¿Cuándo sale Blanquita a estas horas? Ya de noche. ¿A qué? Y completamente sola.

Nicomedes. — Sí, es un deschavetamiento.

Matilde. — (*A Julia*). ¿Se vistió para salir?

Julia. — No, señorita. Me pidió el saco de astrakan, el manchón, un sombrero... ¡Ah! Antes habló por teléfono...

Don Luis. — ¿Y con quién?

Julia. — Eso no lo sé.

Nicomedes. — Cosa más extraña.

Don Luis. — Es absurdo. Pero éstos no lo ven (*A Julia*). Vete. (*Sale Julia*).

Nicomedes. — Alguna diligencia.

Don Luis. — ¡Qué diligencias! Para eso está la niña. No, desgraciadamente... Ese hombre fatal...

Matilde. — Ni sueñe usted en tal cosa, tío Luis. Lorenzani no es capaz de villanías.

Don Luis. — ¡Oh! Todo lo temo.

Matilde. — Y Blanca no es una casquivana.

Nicomedes. — En estos líos, hijita, tan fáciles de urdir como tú sabes, es bueno precaverse.

Don Luis. — (*Paseándose*). Pero, ¿qué hacer? (*Entra Alfredo*).

ESCENA XVII

Dichos, Alfredo

Alfredo. — Julia me dice que Blanca no está en casa.

Don Luis. — Se ha ido en sus narices. No ha sido la zopenca capaz de prevenirnos.

Alfredo. — Pero ¿qué usted sospecha...?

Don Luis. — Nada y cualquier cosa.

Alfredo. — Habrá que ir a buscarla. (*Entra Emilio*).

ESCENA XVIII

Dichos, Emilio

Emilio. — (*Acercándose a Matilde. Entretanto don Luis llamaba al sirviente, le pide un abrigo y el sombrero*). ¿Qué sucede, Matilde?

Matilde. — Que Blanquita ha salido.

Emilio. — ¿Y por eso es la alarma?

Nicomedes. — ¡Tú siempre en las regiones celestiales!

Alfredo. — No, si Matilde no se alarma.

Matilde. — Mucho menos que ustedes. Es cierto.

Alfredo. — ¿Estás en el secreto? (*Traen el gabán y el sombrero a don Luis*).

Matilde. — ¿Me tomas por comedianta? Tu hermana es una mujer cuerda. Que no irá donde no debe.

Alfredo. — Los cuerdos se enloquecen. Ya sabes el refrán: un loco hace ciento. (*Entra precipitadamente Julia*).

ESCENA XIX

Dichos, Julia

Julia. — ¡ Señor, señor! Luisa que salía hace un instante a comprar unas legumbres vió a la señorita que tomaba un auto en la esquina.

Don Luis. — ¿Qué tomaba un auto dices?

Julia. — Sí, señor. Le llamó la atención.

Don Luis. — (*A Alfredo*). Salgamos en su busca. (*A Emilio*). Tú también, Emilio.

Alfredo. — ¿Pero dónde?

Don Luis. — ¿Qué sé yo? A todas partes.

Nicomedes. — (*Al salir, a Matilde, con sorna*). ¡Mira, mira, hija, lo que cuesta un conde!

Matilde. — Para ustedes lo esencial es que no cueste plata.

TELON

ACTO TERCERO

Una sala pequeña en casa de Matilde Valero Palma. Al levantarse el telón conversan Marta Valdez y Matilde

ESCENA I

Matilde, Marta

Marta. — Quise venir ayer. Llamé por teléfono varias veces durante la tarde. ¿Usted no estaba?

Matilde. — No. Pasé varias horas fuera.

Marta. — Hoy he aprovechado unos instantes. Hija, ¡tiene una tarea!

Matilde. — ¿Muy ocupada, no?

Marta. — Ni tiempo para resollar. El invierno es siempre igual. ¿Cómo se atiende sino diez sociedades de beneficencia, ocho de

educación y seis o siete mixtas, a que pertenezco? Y como una tiene cierta experiencia adquirida en los viajes... La vida diplomática enseña muchísimo. Y después, no hay forma de negarse. Yo no tengo cara.

Matilde. — No cabe duda.

Marta. — A causa de la caridad estoy siendo en casa una visita.

Matilde. — Y eso que según se afirma, la caridad empieza por casa.

Marta. — ¡Y qué año de festivales! Actualmente preparamos nueve entre conciertos, bazares y variedades. No se acaba nunca con los pobres.

Matilde. — Con ese sistema es más fácil multiplicarlos.

Marta. — ¿Y usted? La veo poco en sociedad. ¿Cómo no asistió a la velada del jueves? Estuvo preciosísima. ¡Ah! ¡Si lo que organiza el Adorable Corazón...!

Matilde. — No fui, no. Pero tuve el gusto de contribuir. No sé qué me da divertirme sobre los infortunios del prójimo.

Marta. — No hay más remedio, querida. La gente es así. Si usted no le da algo que reír o entretenerse, no quiere saber de miserias ajenas.

Matilde. — Ya se ve.

Marta. — Y al te de pasado mañana, ¿por qué no se anima? Va a ser algo nunca visto.

Matilde. — ¿Un te? No recuerdo dónde.

Marta. — En el Clarendon Hotel.

Matilde. — No pienso.

Marta. — ¡Qué lástima! Susana Campoalegre sabe hacer las cosas... ¡Es un chic de mujer...!

Matilde. — ¿Pero no dice usted que va a ser en el hotel?

Marta. — Sí, es la última expresión. Como en Londres y París. Ya nadie invita a su casa... Pero hay que hacer los honores.

Matilde. — No me ha convidado Susana.

Marta. — ¿Es posible?... Pero, en fin, no tiene nada de particular. Como piensa dar una serie irá usted en alguno de los otros.

Matilde. — Menos mal, ¿no le parece?

Marta. — El Clarendon es para todo. Se come, se cena, se toma te, se baila... Y es una animación. Yo adoro el comedor. ¡Qué cinematógrafo! Ayer en el almuerzo — nos invitó la misma Susana, — un delicioso «pot-pourri». ¡Cómo nos hemos divertido!

Cerca de nosotros, la Gabriela Lux... Esa cantante deliciosa que tiene los ojos amarillos. Más allá un embajador; al lado una princesa auténtica con su secretario privado, un muchachón rubio simpatiquísimo, y ¡qué espiritual! — y su dama de compañía, — parienta de no sé qué gran duquesa rusa o alemana. En otra mesa las de Sangredo que han venido corridas por la guerra y que llevan unos pedregullos...! Y además una «ecuyère» distinguidísima. Y una trotera muy picante...

Matilde. — El arca de Noé. ¿Qué es eso de troteras?

Marta. — Así les llaman a esas danzarinas flamencas que infestan los teatros... Y qué sé yo que más. No almorzamos por mirar... ¡Y se saben unas cosas...! Aparte de lo que varía... No es la eterna monotonía de nuestra casa. ¿No le parece a usted?

Matilde. — Yo estoy un poco a la antigua. En ninguna parte me encuentro mejor que aquí.

Marta. — ¡Pero, hija! ¡Si es una enorme ventaja! En el hotel no hay que molestarse para nada. Y si algo sale mal es responsabilidad del servicio. En cambio en lo de uno, siempre se nos critica. Todo el mundo debería recibir en el hotel.

Matilde. — Ya estaba mermada la familia. La suprimiríamos por completo.

Marta. — Todo tiene sus horas. Pero no me diga, las comidas del Clarendon son un encanto... Ahora viene una tanda... Yo no dejo de comprender, pero en fin...! Hay personas que parecen no tener más misión social que dar de comer...

Matilde. — ¿Al hambriento?

Marta. — (*Riendo*). ¡Bah! Al que se lo retribuya... Pero aquello es sencillamente delicioso...

Matilde. — Yo creo que no hay nada como el salón propio y el gusto propio de cada cual. Me parece que es lo que caracteriza la sociedad, lo que la define y le atribuye los rasgos de cultura que le corresponden. El hotel es para los que viajan y su frecuentación en otra forma ha nacido de esa gente suelta que hace en todas las grandes capitales una vida trashumante. Nosotros hemos inventado ahora el placer, querida Marta, de calunniar con malas imitaciones nuestras buenas costumbres. Buenos Aires es ya una ciudad millonaria y no debe olvidar ciertas cosas.

Marta. — Podrá tener usted alguna razón, Matilde, pero hoy es la corriente.

Matilde. — No hay que dejarse llevar por ella. A usted no le

choca, lo comprendo, porque su existencia de viajera perpetua le ha impuesto esa manera de pasarlo.

Marta. — El hecho es que Buenos Aires está animado como nunca. Es cosa de chacota porque jamás ha habido tanto argentino por acá.

Matilde. — Sí, el chic era estar lejos de la tierra. (*Pausa*).

Marta. — A punto que un comediógrafo francés, el año pasado hacia decir en una de sus obras a cierto personaje ironista que hablaba de nuestro país: la Argentina tiene seis millones de habitantes de los cuales las dos terceras partes están alojados en el Grand Hotel. ¡Qué risa! Precisamente nosotros estábamos allí...

Matilde. — Una sátira sangrienta a nuestra monomanía de europeísmo.

Marta. — Pero, ¿quién cura hoy con la sátira...? ¡Matilde, qué mal momento le hicimos pasar el otro día...!

Matilde. — ¿Mal momento?

Marta. — Sí... No me hable... Con su tía Nicomedes.

Matilde. — ¡Ah!...

Marta. — Era esa la principal razón porque quería venir. A pedirle disculpa, querida. Hube de mandarle unos renglones. Pero no me salían. Y estas cosas es mejor hacerlas en persona.

Matilde. — Mi tía es bastante vehemente.

Marta. — Y a mí me tiene tirria, ignoro por qué. Yo perdí la cabeza, le confieso. Pero no hay duda que la señora Poveda me aludía. Se le ha puesto que la diplomacia es algo así como una cuadrilla de saltimbanquis.

Matilde. — Son cosas que se le ocurren.

Marta. — Yo no lo hice tanto por mí como por Lorenzani. Al fin y al cabo como hombre y en su posición, estaba cohibido. No podía responderle. Puedo asegurarle que si usted sufrió, yo pasé las de Caín con la señora...

Matilde. — Me lo figuro, pero como yo conozco a Nicomedes no le dí importancia a la disputa.

Marta. — Salí con un entripado... Creerá usted, Matilde, no pude probar bocado.

Matilde. — Qué exageración, hija. Lo que es Nicomedes ha de haber comido como nunca.

Marta. — ¿Le sirvió de aperitivo?

Matilde. — Es un decir. No la conmueven estas cosas. (*Pausa*).

Marta. — Si no es indiscreción, amiga mía, podría preguntarle

qué firma tiene el vestido verde que llevaba usted en el recibo de Quesada?

Matilde. — No hay inconveniente. ¿Le gustó?

Marta. — Un corte delicioso. Juraría que viene de Paquín.

Matilde. — Absolutamente. Es de acá, de Buenos Aires. Una muchacha inteligentísima que me empeño en proteger. Se la recomiendo.

Marta. — Muchas gracias. Deme usted su dirección.

Matilde. — Oh! Ella misma irá... Si es muy modesta. Está en los principios.

Marta. — (*Levantándose*). Querida, tengo que dejarla. Empieza la via-crucis... Ahora hasta las cinco, a una asamblea de Teresas... Después al Clarendon. A las seis a ver unas tonadilleras.

Matilde. — ¿Para qué?

Marta. — A comprometerlas para un concierto. Y a una bailora y a dos transformistas. Un programa estupendo... (*La besa*).

Matilde. — Pues buen éxito, mi amiga. Besos a Alicia...

Marta. — Serán dados, Matilde. (*La acompaña hasta la salida. Mientras se detiene en la puerta aparece por la derecha Emilio*).

ESCENA II

Matilde. — ¿De dónde sales? No sabía que estabas aquí.

Emilio. — Llegué casi con Marta Valdez.

Matilde. — ¿Y por qué no entraste? Te hubieras divertido escuchándola... Como diría tía Nicomedes, sigue en el traqueteo.

Emilio. — ¿Te habló de Alicia?

Matilde. — Veo que te interesas demasiado, muchacho. No te arriendo la suegra...

Emilio. — Estuve con Blanquita. Le traje unas flores. Unas rosas magníficas. También... veinte pesos...

Matilde. — ¡Qué barbaridad! Qué hermano tan amable!

Emilio. — Es su cumpleaños. ¿Qué no lo sabías?

Matilde. — Sí, lo sabía. Pero de todos modos, no quita tu galantería.

Emilio. — Pobre Blanquita! La encontré tan triste!... Ella, la mimosa...

Matilde. — Ya la distraeremos... Acomódate... Cuenta sin parar. Te esperaba ansiosa... ¿Hay muchas novedades?

Emilio. — Bastantitas... Puedes figurarte...! ¿Por dónde comienzo?

Matilde. — Hazlo con orden. Como clasificas en el puerto.

Emilio. — ¡Cómo eres de mala! ¡Mira que recordármelo...! Bueno, pues. Desde que volvimos a casa anoche a las ocho sin haber hallado la pista de mi hermana, ¿no es eso?

Matilde. — Precisamente.

Emilio. — Julia nos esperaba en la vereda, y corrió a decirnos contentísima que tú habías hablado por teléfono al llegar a tu casa para comunicar que Blanquita se encontraba por aquí... ¡Vieras la estupefacción...!

Matilde. — No me lo repitas.

Emilio. — Papá recibió la noticia sin decir una sílaba. Pero se tranquilizó. Fué ya otra persona... Pero en cambio Alfredo...

Matilde. — ¿La emprendió conmigo?

Emilio. — De enredadora e intrigante. Quería venir inmediatamente a buscar a Blanquita y si fuera necesario hasta con la ayuda del juez.

Matilde. — ¡Qué atrocidad!

Emilio. — Papá se opuso y lo contuvo. Le dió más furor... Se fué al club a comer.

Matilde. — ¿Tío Luis no dijo si vendría?

Emilio. — Nada. Hoy yo recordé en el almuerzo que era el día de Blanca. Nadie contestó. Julia preguntó si traería ropa a la señorita. Papá le dijo: no haga usted nada sin que yo se lo ordene.

Matilde. — Blanca tiene aquí cuanto necesita.

Emilio. — Una gran novedad que se me traspapelaba.

Matilde. — ¿Cuál?

Emilio. — No habrá duelo.

Matilde. — ¡Ah! ¡Qué suerte!

Emilio. — Alfredo le refirió a papá lo ocurrido. Los testigos de Lorenzani se entrevistaron con los de él. No se entendían. Decidieron designar tres árbitros. Estos resolvieron que examinado el asunto y vistas las razones de los padrinos del conde con respecto a la actitud de éste, no podía haber lugar a encuentro en el terreno. Y que Lorenzani había procedido correcta y honorablemente.

Matilde. — ¡Vaya! Que todavía hay buen sentido y gente capaz

de imponerlo contra esa absurda preocupación del duelo. ¿Entonces Alfredo desiste...?

Emilio. — No quería. Era un energúmeno. Habló de insultar al conde, de escribirle una carta injuriándole. Hasta de manosearlo en público para obligarle a una reparación de honor.

Matilde. — Con ese impulsivo todo hay que temerlo. Es una bala perdida.

Emilio. — No: aquí papá estuvo terminante. «No tienes — le dijo — el derecho de arrogarte una representación que no te corresponde y que no te quité anteriormente porque ya te habías adelantado a proceder. Pero si insistes, lo haré. Aun estoy yo, el jefe de la familia, vivo y fuerte». Comprenderás, no había apelación.

Matilde. — Tu padre me prometió evitar esa brutalidad. Ha cumplido su palabra. (*Entra una criada y se detiene en la puerta.*)

ESCENA III

Dichos, la criada

Matilde. — (*A la criada.*) Acércate. (*Se acerca y le entrega una libreta.*)

Criada. — No se encontraron espárragos, señorita. Juana compró apio en su lugar.

Matilde. — Muy bien. En salsa blanca.

Criada. — Así lo pensaba preparar.

Matilde. — El pato a punto. Ayer sirvieron el pollo crudón.

Criada. — Se lo recomendaré.

Matilde. — (*A Emilio.*) ¿Tienes un lápiz, Emilito?

Emilio. — (*Tocándose los bolsillos.*) ¡No, no tengo!

Matilde. — ¡Vaya un clasificador!

Emilio. — ¡Perversa!

Criada. — Yo he traído, señorita. (*Se lo da.*) (*Matilde hace un apunte. Luego entrega la libreta y sale la criada.*)

ESCENA IV

Matilde — Emilio

Emilio. — ¿El menú de esta noche?

Matilde. — Has adivinado. ¿Qué tal?

Emilio. — Si es como el de anteaayer...

Matilde. — Mucho más «soigné». Hoy es día de fiesta. La fiesta de tu hermana. Tenemos que obsequiarla.

Emilio. — Primita, tú sabes tratarte. Lo que es yo me vengo.

Matilde. — ¿Cómo que te vienes? Ya estás aquí. Te iba a invitar.

Emilio. — No; me vengo para siempre, Hago las de Blanquita. Y a mí no me han de buscar. — Matildita, ¿tienes una cocinera!

Matilde. — Si es por ella, te la mandaré a tu casa. Así no te incomodas.

Emilio. — No; es por todo... A tu lado se digiere... ¡Mientras que allí!...

Matilde. — Una especie de pepsina.

Emilio. — La de tu bondad. (*Pausa*).

Matilde. — Te consultaré un proyecto.

Emilio. — Vamos a ver.

Matilde. — Invitar a tío Luis, si viene más tarde.

Emilio. — ¿Crees que vendrá?

Matilde. — Eso de seguro. Su serenidad es fingida. No piensa sino en Blanquita.

Emilio. — ¿Y si viene por las malas?

Matilde. — Ya lo calmaremos.

Emilio. — ¿Y si viene con Alfredo?

Matilde. — Pues también a Alfredo.

Emilio. — ¿Y con tía Nicomedes?

Matilde. — ¡Basta! Abajo de la mesa.

Emilio. — Pues no lo facilites. Ha de ser la primera. Hoy fué a casa a las ocho. Yo me desayunaba para salir. ¡Armó un toleto! ¿Sabes cómo le llaman los criados?

Matilde. — ¿Es posible? ¡Los criados!

Emilio. — Pues Doña Zeppelin.

Matilde. — (*Sonriendo*). ¡Qué atrevimiento!

Emilio. — Así, entre ellos. Es algo muy cómico. Cuando la ven llegar se pasan la palabra del hall a la cocina, fingiéndose asustados: «¡Ahí viene el Zeppelin!» Y es una de correr... Los he espiado para verlos. No sospechan que lo sé.

Matilde. — Menos mal, por el respeto a la familia.

Emilio. — Tiene ella la culpa si todos la detestan. Los trata groseramente.

Matilde. — ¿La hablaste esta mañana?

Emilio. — No; se encerró con papá. Cuando me fui al empleo quedaba todavía.

Matilde. — Así habrá sido la retahila.

Emilio. — Puedes prepararte.

Matilde. — Te consta que le hago frente.

Emilio. — Descuídate y te ahoga... (*Entra la misma criada anterior*).

Criada. — El señor Lorenzani, señorita.

Matilde. — (*A Emilio*). ¿Lorenzani? Me toma desprevenida... ¿Después de lo que ha pasado?... Y estando Blanquita aquí... ¿No lo encuentras inconveniente?

Emilio. — Quién sabe qué te quiere. Yo en tu lugar lo recibiría.

Matilde. — (*Hace un signo a la criada que lo introduzca*). Bien, anda a acompañar a Blanca. Y, ¡silencio! (*Entra Lorenzani*).

ESCENA V

Matilde — Lorenzani

Lorenzani. — Distinguida amiga mía. (*Besa la mano que le tiende Matilde*).

Matilde. — ¿Cómo está usted, Lorenzani? (*Le indica un asiento. Se sientan*).

Lorenzani. — Me dispensará usted que haya roto las reglas de la etiqueta presentándome de esta manera. Acabo de saberlo todo, Matilde. Y me he apresurado a venir sin pérdida de tiempo.

Matilde. — ¿Y qué es lo que ha sabido usted, amigo mío?

Lorenzani. — Que Blanca ha dejado su casa. Que se ha cobijado en la de usted.

Matilde. — Cobijado, no es la palabra, Lorenzani... Mi casa fué siempre la de mi prima.

Lorenzani. — ... Y que ha debido hacer esto a causa de la dureza de los suyos.

Matilde. — También exageración... Aunque a usted, conde, no quiero ocultarle que la situación de Blanquita no es por ahora cómoda al lado de su padre y de su hermano.

Lorenzani. — ¿A ella? ¿A ese ángel? ¿Han querido violentarla?

Matilde. — Estaba yo allí. No le hubieran intentado. Pero mi tío Luis rechaza, eso sí, toda avenencia con usted y en cuanto a Alfredo, usted lo sabe mejor que yo, puesto que ha tenido que resolver con él una querrela.

Lorenzani. — Contra toda mi voluntad, Matilde. Procuré eludirle, quitarle al público ese nuevo pretexto de despedazarnos. Su primo se empecinó. Sabrá usted el desenlace.

Matilde. — Sí, lo sé y me felicito. Por usted y por Blanca. Bastante también por mí.

Lorenzani. — Gracias. Nunca podré pagar tanta abnegación de su parte. Pero quiero que sepa usted, amiga mía, que yo retribuyo desde lo más íntimo de mis mejores propósitos esa nobleza de su alma. Vengo a responder con mis sentimientos de hombre y con mis deberes de caballero...

Matilde. — Siempre entendí que los había llenado usted cumplidamente.

Lorenzani. — No; estoy ahora resuelto a hacer de Blanca mi esposa sin ninguna demora.

Matilde. — ¿En su situación actual, sin que hayan cambiado sus circunstancias, Lorenzani?

Lorenzani. — No tengo ya el derecho de examinarlas. He comprometido, sino la reputación, la tranquilidad de una niña virtuosa que quiero apasionadamente. Mi amor la ha obligado a dolorosos extremos; ha perdido por él la protección de los suyos y justo es, y más que legítimo que yo le ofrezca sin vacilar el apoyo de mi nombre y le dé en el hogar el cariño que sus parientes le mezclan. ¿Me hace Blanca el honor de aceptar esta suerte que le brindo desde el fondo de mi afecto? Matilde, sea usted intérprete, concluya su obra, de esta proposición que pone trémulos mis labios y me llena, en la expectativa, de angustia.

Matilde. — (*Se alza*). Conde, venga su mano y permítame complacerme en pensar una vez más, que es usted el hombre que yo soñé para mi prima.

Lorenzani. — (*Tendiéndole la mano*). Me hizo usted ese gran

honor, señorita. Y puede usted jactarse también, de haber contribuido a que yo viese claro en este conflicto.

Matilde. — (*Llevándose el pañuelo a los ojos*). Discúlpeme. El llanto se me escapa. Son lágrimas no de debilidad, sino de fortaleza.

Lorenzani. — Que bien comprueban el temple de su espíritu.

Matilde. — No las tenía todas conmigo. El temor de haber quebrado el porvenir de Blanquita. . . De haber llevado a su corazón uno de esos dolores que ni el tiempo ni los esfuerzos humanos pueden disipar. . . Usted sabe cómo yo quiero a esa niña, niña sí, siempre para mí, desde que la tuve en mis faldas y me llamaba su madre con la dulzura infantil de los primeros años. Le debo el goce supremo de haberme iniciado en los sentimientos maternales que nada iguala ni en fuerza ni en pureza dentro del corazón femenino. . .

Lorenzani. — Por eso ella es un reflejo vivo de su madre adoptiva.

Matilde. — (*Reponiéndose*). Bueno, amigo mío, no nos dejemos embargar por la emoción. Que buena falta nos hace conservarnos serenos en estos instantes. Quien sabe aún qué sinsabores nos están reservados. . . Yo puedo anticiparle a usted en nombre de Blanquita, que ella consiente del mejor ánimo en otorgar a usted su mano.

Lorenzani. — (*Estrechándole la mano*). Gracias, otra y mil veces, Matilde. No encuentro ya palabras.

Matilde. — Ni las busque usted tampoco. No le quiero esconder mi alegría y eso me basta.

Lorenzani. — Y si yo me atreviese a suplicarle. . .

Matilde. — ¿Qué cosa?

Lorenzani. — . . . Tan sólo unos pocos minutos.

Matilde. — Pero dígalo usted. . . (*Sonriendo*). Ya que ha obtenido lo más.

Lorenzani. — Blanca. . . Nada más que un breve saludo. Verla por unos segundos.

Matilde. — No, no. Prudencia, amigo mío. Necesito prepararla. . . Ni remotamente calcula. Son muchas y demasiado bruscas alternativas para sus nervios. Hoy es día de suplicio para ella. Imagínese usted siendo el de su cumpleaños.

Lorenzani. — ¿Su cumpleaños?

Matilde. — Y el de sus veintidós. Criatura predilecta de su casa

ha de pasarlo lejos de su padre, en una separación dolorosa y preocupada por hondos sufrimientos. Esta mañana ya tuvo una crisis de llanto prolongado.

Lorenzani. — ¡Ah! No repararé nunca bastante los daños que le ha causado mi torpeza.

Matilde. — No fué sólo suya la culpa. A veces las mejores y más justificadas intenciones tienen desastrosos resultados.

Lorenzani. — Entonces me resignaré. Pero.... más tarde cuando ella lo sepa ¿puedo esperar?...

Matilde. — Más tarde, sí. Dentro de una hora. Vuelva usted. Hasta me parece que puedo necesitarlo si hemos de hacer las cosas de modo que rabien cuantos dieron en suponer que esto llevaba trazas de tragedia.

Lorenzani. — Estoy a sus órdenes, Matilde. ¿Dentro de una hora, no?

Matilde. — Eso es; lo espero.

Lorenzani. — (*Dándole la mano*). Bien, Matilde, hasta luego.

Matilde. — Hasta luego. (*Sale Lorenzani. Reflexiona un instante Matilde. Luego va hacia la puerta de la derecha y llama a Emilio*).

ESCENA VI

Matilde, Emilio

Matilde. — ¡Emilio! ¿Estás ahí? (*Aparece Emilio*).

Emilio. — Aquí estoy. ¿Y, primita?

Matilde. — Novedades de bulto.

Emilio. — ¿Me dices?

Matilde. — Sí, enormes.

Emilio. — Alguna nueva locura de Alfredo. ¿Ha sido capaz de agredirle?

Matilde. — No, no, ¡qué esperanzas! No estaría yo tan tranquila como ves. Novedades buenas, de lo mejor, hijo.

Emilio. — ¡Ah! Por el lado de papá?

Matilde. — Tampoco.

Emilio. — No doy...

Matilde. — Ten paciencia, unas horas. Por lo pronto te consta que estamos en la solución... Solución favorable; para mí la me-

jor. Perdóname el tapujo... Y ahora, a otra cosa. Me vas a hacer un gran servicio, ¿quieres?

Emilio. — Cuantos gustes.

Matilde. — Corres a lo de Don Parmenio Rosales... ¿sabes?

Emilio. — Tu administrador.

Matilde. — Exacto. Es hombre ocupado. Circula todo el día. Lo buscas en su casa, en el escritorio, en la Bolsa... No, ahí no, porque es tarde ya. Tal vez en el Progreso... Allí va.

Emilio. — Bueno. Déjalo de mi cuenta. Lo encuentro bajo tierra... ¿Y te lo traigo?

Matilde. — No hay necesidad. Le dices solamente en mi nombre que mañana a las dos lo espero aquí con el escribano Miranda... Que no falten ni el uno ni el otro.

Emilio. — Muy bien. Corro en el acto.

Matilde. — Pasas por la salita amarilla, le ruegas a Blanca que venga.

Emilio. — Estaba en tu escritorio.

Matilde. — Muy bien, llámala.

Emilio. — Hasta más tarde, entonces.

Matilde. — Hasta luego. (*Sale Emilio. Matilde toca el timbre. Viene la criada*).

ESCENA VII

Matilde, Criada

Matilde. — ¿Las flores de Chauvín?

Criada. — A las ocho en punto. No vendrán antes para que estén bien frescas.

Matilde. — A Luisa que saque la vajilla cifradá. La de Sevres. Que sirva en las fuentes de plata. Que encienda las velas de los candelabros. Cuida tú de que esté el comedor confortable. Revisa la estufa.

Criada. — Será usted sevida, señorita.

Matilde. — Puedes marcharte.

Criada. — Señorita, abajo espera el «chauffeur».

Matilde. — Pero, ¿cómo? ¡Qué descuido! ¡Pobre Jacinto!

Criada. — Está desde las dos.

Matilde. — Si no lo necesito. A ver si se lo dices... Primero que coma. Que se vaya después. (*Sale la criada. Entra Blanca*).

ESCENA VIII

Matilde, Blanca

Matilde. — (*Le sale al encuentro*). ¿Nos pasó el malestar?

Blanca. — Ya no siento nada.

Matilde. — Me alegro, querida.

Blanca. — ¿No ha hablado, papá? ¿Tampoco te ha escrito?

Matilde. — Nada, ni sílaba.

Blanca. — Parece imposible.

Matilde. — Buena señal. Toma con calma las cosas. Yo lo prefiero así. Cuando venga habrá reflexionado, y bien para todos.

Blanca. — ¿Emilio te ha contado...?

Matilde. — Todito. (*Tomándola de las manos y llevándola a un sofá*). Pero si tu padre no ha aportado ni ha preguntado por tí, en cambio otra persona... ¡Bah! Adivina...

Blanca. — ¿Otra persona?

Matilde. — ¿Quién puede ser? No sólo ha preguntado, sino que ha venido.

Blanca. — ¿Es cierto?... ¿Lorenzani?

Matilde. — Sí, el mismo, Lorenzani. (*Blanca baja la cabeza*). No te lo decía... Un caballero a carta cabal.

Blanca. — ¿Te habló entonces de mí?

Matilde. — De tí, nada más que de tí.

Blanca. — ¿Hace mucho rato?

Matilde. — Sólo un cuarto de hora. Y debe volver.

Blanca. — ¿Dices que ha de volver?

Matilde. — A buscar una respuesta. (*Blanca la mira fijamente, como interrogándola*). ¿Qué, no lo sospechas?

Blanca. — No, no me atrevo.

Matilde. — Hijita, pues atrévete... Sí, es esa, la misma. Lo leo en tus ojos que has adivinado.

Blanca. — ¿Es posible, Matilde?

Matilde. — Tal como lo oyes. A la primera noticia de tu salida de casa de tu padre ha corrido a poner a tus pies su nombre y su carrera. Todo cuanto tiene y la voluntad decidida de hacerte feliz. Yo le he respondido por tí... ¿He hecho mal? Que continuabas siendo suya... Vendrá a que tú reiteres la respuesta... Y ahora... ¿qué me respondes?

Blanca. — (*Besándola*). ¡Ah! ¡Cuánto te debo! ¡Qué dicha mayor! (*Aparece la criada*).

Criada. — Señorita, Don Luis Valero Palma. Está esperando en el hall.

Matilde. — Hijita, pronto. Sal por un momento. Si las cosas se encaminan, yo te llamaré. (*Sale Blanca. Matilde hace un signo a la criada. Entra Don Luis*).

ESCENA IX

Matilde, Don Luis

Don Luis. — Buenas tardes, Matilde.

Matilde. — Que las tenga usted excelentes, mi tío. (*Tendiéndole la mano. Don Luis hace que no ve*). ¿Qué, no quiere usted darme la mano?

Don Luis. — No sé si en realidad debo de dártela. No sé si lo mereces.

Matilde. — ¿Que yo no la merezco? ¿Qué delito he cometido?

Don Luis. — Algunos. El último concertarte con mi hija para que abandonase su casa y se ocultara en la tuya.

Matilde. — ¿Se ocultara? Si no conociese a la familia, me ofendería usted gravemente. Pero como los Valero Palma fueron siempre empecinados y nada los mueve de sus trece...

Don Luis. — ¿Quieres afirmarme?

Matilde. — No es que lo vaya a afirmar. Llegaré hasta probarlo. Sabía yo tanto como usted de la salida de Blanquita. Y si no participé de los temores de ustedes fué porque la conozco y tenía confianza en su dominio. Pero creí otra cosa. Que estaría en el Colegio. Al lado de la madre Filomena que es su amiga y consejera. Allí fui a buscarla mientras ustedes con la obsesión de los absurdos recorrían sitios y más sitios imaginándose imposibles. Cuando llegué aquí descorazonada, calcule usted la alegría... Mucho me felicité, he de confesarle. Aquí está en su casa.

Don Luis. — Gracias. Pero te faltó haberla inducido a volver enseguida a la mía.

Matilde. — Se lo dije. Estaba muy afectada y no podía insistir. Por lo demás, no veía el mal...

Don Luis. — Ah, ¿no ves el escándalo? ¿Piensas que a la fecha no lo saben y comentan cuantos nos conocen?

Matilde. — ¿Qué pueden comentar? ¿Que Blanca haya venido a casa de su prima con quien ha pasado y pasa frecuentes temporadas? Si todo lo que la crítica puede traer o llevar es de esa importancia. . .

Don Luis. — Las pasa en el campo, pero nunca en la ciudad. Y todo el mundo relacionará esa huída con el incidente divulgado.

Matilde. — No creo, mi tío, que esas habladurías. . .

Don Luis. — Por tí harás como quieras. Bien sé que te das poca prisa por el qué dirán.

Matilde. — Empiezo por no dar qué decir.

Don Luis. — Eso te parece.

Matilde. — De eso estoy segura. Y hago mi voluntad a despecho de comadres.

Don Luis. — Pero en este caso no puedes hacer tu voluntad. Hay otra autoridad anterior a la tuya.

Matilde. — ¿Autoridad?

Don Luis. — Sí; es la mía.

Matilde. — Si no es mi voluntad, es la de Blanca.

Don Luis. — ¿Esas tenemos?

Matilde. — Esas tendremos si usted se obstina en tomar ese tono, mi tío. Creí, y creí mal por lo visto, que el tiempo transcurrido entre la salida de su hija y el momento presente, le había permitido darse cuenta de todas estas cosas. Constató que no es así, desgraciadamente. Que viene usted a hacerme cargos injustos, a reprocharme que he representado una comedia. . . Blanca llega hoy a la edad en que la ley la independiza. Puede disponer por lo mismo de sí. . .

Don Luis. — Argumentas con las leyes.

Matilde. — Argumentan ellas solas.

Don Luis. — ¿Es también la palabra de mi hija?

Matilde. — Me figuro. No he hablado, sin embargo, de esto con Blanquita. Aunque usted pueda figurarse que he aprovechado para sugerirle rebeliones. Pero me imagino que en el tren que usted y Alfredo se colocan, no le será difícil la opción.

Don Luis. — ¿Yo y Alfredo, dices?

Matilde. — Sí; usted con su negativa a reconocer la nobleza de conducta de su novio y Alfredo en el empeño de perseguir a Lorenzani. . . Blanca ha realizado ya el primer acto de independencia filial, tío Luis.

Don Luis. — ¿De independencia filial? Trata, te ruego de explicarte.

Matilde. — Ha dado su mano a Lorenzani.

Don Luis. — ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Que el Conde...?

Matilde. — Sí, ha venido a solicitársela.

Don Luis. — ¿Tú le has inducido?

Matilde. — ¿Yo? ¿Duda usted otra vez de mi decoro? Ha venido por sí solo, por su impulso generoso, como hacen estas cosas los hombres de su clase.

Don Luis. — ¿Y todos sus recelos?

Matilde. — Ya ve usted. Eran legítimos, pero con un noble gesto que es sólo de bien nacidos, encontrando comprometida la persona de mi prima, no ha demorado un segundo en dejar esos escrúpulos.

Don Luis. — ¡Ah! sí, ya lo supongo. Tira la segunda parte del lance. Todo se arreglará después de la boda... Los padres se ablandan cuando no hay ya remedio... Es luego sabido... Pero, puedes decirle a mi hija, esa descastada, que no cuente conmigo. Aun he de vivir y no será mientras viva que disponga de un céntimo en su favor...

Matilde. — Como lo quiero a usted mucho, mi tío Luis, y le he considerado como padre, me duele escucharle amenazando a la altura de sus años. Mi tío, no quiero suponer que usted prefiera que Blanca pase penurias.

Don Luis. — Si las pasa será porque las habrá buscado, y nada más.

Matilde. — Es que no las pasará.

Don Luis. — ¿Luego el desastre de la familia del conde, era una simple manganeta?

Matilde. — Es una verdad, una terrible verdad, de que yo he visto las pruebas, vuelvo a repetírselo. Lorenzani no cuenta más que con su sueldo para sostener a su madre y ahora a su esposa, con el rango que implican linaje y posición. Y su carrera le impone un decoro rayano del lujo y la grandeza.

Don Luis. — No veo cómo ha de hacer.

Matilde. — Cuando se trata de su amor y de su novia atribulada no ha querido considerar... Otros proveerán.

Don Luis. — Y, ¿quiénes son esos otros?

Matilde. — Esos otros... ¿Quiénes han de ser?... Nadie sino yo.

Don Luis. — ¿Tú?

Matilde. — Sí... Le he regalado a Blanquita mi estancia de Arrecifes.

Don Luis. — ¿Tu estancia de Arrecifes?

Matilde. — Sí; hay con su renta para atender muchas necesidades y para hacer felices a dos seres que se aman.

Don Luis. — Es más de la mitad de tu hacienda...

Matilde. — Tal vez más. Ya lo disponía en mi testamento. No hago más que adelantarme a los sucesos, previniendo la ruina de mi prima. Tengo suficiente con el resto. Y hasta la entrega de este dinero me libra de tentaciones peligrosas, quizá. Quien sabe no hubiera tenido yo mi mal cuarto de hora si algún gavilán de esos que abundan llegaba a codiciar por mi fortuna mi afecto retardado.

Don Luis. — Perfectamente. Eres generosa. Pero me explico muy bien lo que has hecho, aunque quieras disfrazarlo.

Matilde. — ¿Otra sospecha temeraria? ¿Qué piensa usted que hice, mi tío?

Don Luis. — Sencillamente, has comprado a Lorenzani.

Matilde. — El hábito de los negocios le hace ver a usted en todo operaciones comerciales.

Don Luis. — Esta es una, clavada.

Matilde. — Se equivoca usted otra vez. Ni Lorenzani se vende, ni yo soy mujer de poner precio a estas cosas. Mi resolución es de hace poco y es usted el primero que la conoce. La ignora el conde y también Blanquita. Pero no tardarán en saberla, porque no quiero que haya una sola nube en la dicha que han empezado a gozar; no quiero que un momento más miren con desconfianza el futuro que se les presenta...

Don Luis. — Todo lo prevés.

Matilde. — Tío Luis, confiese usted que existen en la vida, indiscutiblemente, fuerzas secretas y providenciales que suelen oponerse a la voluntad de los hombres. ¡Vea usted, sino! Yo en su caso me declaraba vencido ante esos agentes todopoderosos que nos salen al camino diciéndonos: «No será como tú quieres, sino como yo lo tengo dispuesto»! Y si esas fuerzas se ejercen en pro de la justicia y la verdad, bienvenidas, porque a todos nos sirven para retemplarnos y hacernos comprender que hay alguien superior que nos tiene de su mano...

Don Luis. — Lo que das en llamar fuerzas providenciales,

nosotros le llamamos simplemente libreta de cheques. Hijita, te metes ahora en líos metafísicos.

Matilde. — En algo peor me metería para hacerle caer a usted, mi tío, la venda de los ojos.

Don Luis. — El caso es que se hará, no la de Dios, como tú dices, sino tu soberana voluntad.

Matilde. — Pero también se ha salido usted con la suya.

Don Luis. — Las señales son mortales.

Matilde. — Sí, puesto que el novio ha desistido del empeño que causaba a usted tanto disgusto.

Don Luis. — Pero por pitos o por flautas, se lleva mujer y dinero.

Matilde. — Lo segundo es el premio de su actitud noble y desprendida... (*Pausa*). Mi tío, véalo usted bien... Está usted frente a lo inevitable. Reclamo su cordura y su buen sentido. apelo a su espíritu de familia que usted tanto pregona, para que los sucesos próximos no tengan un carácter de irregularidad y de violencia. A usted le espanta el escándalo, a mí no me seduce, a ninguno de nosotros le conviene. Volvamos las cosas a su juicio y quitaremos a los envidiosos esta soberbia ocasión de cobrarnos en buena moneda de descrédito todo cuanto les debemos por ricos y por felices.

Don Luis. — No sé lo que me quieres.

Matilde. — ¿Consentirá usted en concedérmelo?

Don Luis. — Y lo que yo no te conceda tú has de tomarlo.

Matilde. — Me llamo Valero Palma.

Don Luis. — Signo de voluntad. Tienes mucha razón.

Matilde. — Que Blanca vuelva hoy mismo a su casa de usted. Que sea usted y nadie más que otorgue su mano a Lorenzani... Que tengamos buenos y sonados esponsales. Y finalmente, que usted y yo seamos los padrinos.

Don Luis. — Vas de prisa.

Matilde. — Para llegar bien pronto.

Don Luis. — En toda esa tramoya me destinas papel muy lucido, seguramente. Ante todo desdecirme...

Matilde. — Nada de eso. Nadie se lo exige. Para reconocer y enmendar una equivocación basta un movimiento natural en cualquier espíritu honrado. Déjeme usted a mí para ello.

Don Luis. — Tú bien sabes que únicamente he perseguido la dicha de Blanquita. Pude quizás ofuscarme... Es humano...

Matilde. — Bien. Corre todo a mi cargo. Ni palabra de lo pasado. Yo dirigiré este paso de comedia más real que la ficción. Verá ahora usted qué comediante.

Don Luis. — Pero también yo impongo mi condición.

Matilde. — Veamos.

Don Luis. — Nada de tu estancia de Arrecifes. Sería impropio que yo lo permitiese. Me corresponde a mí...

Matilde. — Eso no; seremos los dos, en todo caso. Los novios tendrán, como se dice, un pan con un pedazo... Y ahora a mi papel...

Don Luis. — Sabes mover los hilos. (*Entra la criada*).

Criada. — El señor Lorenzani.

Don Luis. — Pero esto es eléctrico. Eres capaz de haberlo tenido entre telones...

Matilde. — (*A la criada*). Un momento. (*Dirigiéndose a la puerta de la derecha*). — ¡Blanca! (*Entra Blanca*).

ESCENA X

Dichos, Blanca

Matilde. — Hijita, abraza a tu papá. No ha pasado nada por aquí.

Don Luis. — Ven, querida mía.

Blanca. — Papá querido. (*Abrazos, besos*).

Matilde. — (*A la criada*). Hazle pasar. (*Entra Lorenzani*).

ESCENA XI

Dichos, Lorenzani

Matilde. — Mi distinguido amigo. (*Señalando a Don Luis*). Mi tío Luis tiene sumo placer en acordarle a usted la mano de su hija. (*Se dan la mano efusivamente Don Luis y Lorenzani. Luego éste besa la de Blanca*). Y como complemento, conde, de esta completa inteligencia, nos habíamos permitido, adelantándonos a su aprobación, a asignarnos él y yo un primer puesto en la boda... Seremos los padrinos. ¿Lo consiente usted?

Lorenzani. — Matilde, es usted un ángel.

Don Luis. — Tiene usted razón de decírselo. Para usted lo ha sido tutelar. . .

Blanca. — Y para mí. . . Deja que te abrace. (*Entra la criada*).

Criada. — Está la señora Nicomedes.

Matilde. — (*Sonriendo*). Acepto lo de ángel, pero para luego más tarde. Me permitirán ustedes entretanto saborear antes una satisfacción diabólica.

Don Luis. — ¿Qué vas a hacer?

Matilde. — A mi tía Nicomedes hay que curarla del achaque de dar malos ratos a todo bicho viviente.

Blanca. — Pobre tía, lo tiene en la masa de la sangre.

Matilde. — La corregiremos.

Don Luis. — Difícil. Tendría que nacer de nuevo, mi hermana.

Matilde. — Ya verá usted. Le daremos el peor chasco que ha tenido en su vida. . . Háganme ustedes el gusto. (*Los hace pasar a la habitación contigua. Hace señas a la criada. Sale ésta y entra Nicomedes*).

ESCENA XII

Matilde, Nicomedes

Nicomedes. — Me dijeron que no estabas sola.

Matilde. — Conversaba con Blanca.

Nicomedes. — ¿Entonces la he corrido?

Matilde. — No creo.

Nicomedes. — Ha hecho bien en irse. Mejor es que no oiga lo que voy a decirte.

Matilde. — Mejor es que no lo diga si ella no puede oirlo.

Nicomedes. — ¿Las razones?

Matilde. — Porque tampoco tengo yo ganas de escucharlo.

Nicomedes. — ¿Quiere decir que tú te pones abiertamente de parte de esa locuela que a todos nos compromete con su conducta?

Matilde. — ¿A usted?

Nicomedes. — Sí, y a mi hija sobre todo. La honra de un apellido es siempre indivisible.

Matilde. — ¿Pero qué habla usted de honra, mi tía?

Nicomedes. — Haber abandonado la casa de sus padres. . .

Matilde. — Para venir a la casa de su prima.

Nicomedes. — No es lo mismo.

Matilde. — ¿Cómo que no?

Nicomedes. — Tú eres una mujer soltera.

Matilde. — Dele con la tinguítanga. Pero, ¿qué cree usted que es una mujer soltera?

Nicomedes. — Tenía la casa de su tía.

Matilde. — Vaya usted a imponer preferencias.

Nicomedes. — Sí, porque tú la apañas. Y si yo fuese Luis mi hermano...

Matilde. — ¿Qué haría usted en su lugar?

Nicomedes. — Eso yo me lo reservo.

Matilde. — Lo que es él no se lo reserva. Bien sabe él que su hija no ha delinquido.

Nicomedes. — Menos mal que todo haya terminado.

Matilde. — Así es, y terminado felizmente.

Nicomedes. — No para tus proyectos.

Matilde. — Tal vez para los suyos.

Nicomedes. — Que vaya ese señor conde a pelear a su tierra...

Matilde. — Si se va, ha de irse con Blanquita.

Nicomedes. — ¿Todavía tienes esperanzas?

Matilde. — Ya lo verá usted... Obra de la realidad. (*Va a la derecha y hace un signo desde la puerta. Entran don Luis, Lorenzani, Blanca*).

ESCENA XIII

Dichos, don Luis, Lorenzani, Blanca

Nicomedes. — (*Estupefacta y con ira*). ¿Me dirás qué es toda esta comedia?

Matilde. — ¿Esta comedia? Pues es nada más que una comedia vulgar como tantas otras en que los protagonistas, después de muchas peripecias llegan a resolver en paz y armonía de todos, el problema de su dicha. (*Nicomedes se agita. Aparece por el foro Emilio que al ver la escena sonríe y bate palmas*).

DELIQUIO LIRICO

Era la vaga hora vespertina
Cuando mi amor te habló de su constancia.
Mi alma se exultó con la fragancia
De tu férvida carne marfilina.

Avidos de tu boca purpurina
Se abrieron los claveles de la estancia,
Y recliné mi frente en la elegancia
De tu kimono de alba seda china.

Y, así permanecí de dicha pleno
Sobre las dos magnolias de tu seno
Donde el armiño puso sus matices.

Y, cuando me miraste con cariño
Iluminó mi corazón de niño
El plenilunio de tus ojos grises!

LA PARTIDA

Cuando te ví partir acongojada
Mi alma se nubló de pesadumbre;
Sólo me iluminó con vaga lumbre
El chispazo estelar de tu mirada.

Anocheció. La luna inmaculada
De blancas perlas decoró la cumbre.
Y añoré, mi amor, la mansedumbre
De las caricias de tus manos de ha'

En el silencio de la noche mustia
Mi corazón lloró, lleno de angustia,
El desconsuelo de mi dicha trunca !,

Y fuí siguiendo en todos los caminos
La leve huella de tus pies divinos
Con el temor de no encontrarte nunca !

FRANCISCO ISERNIA.

EL HEREDERO

Con un movimiento rápido secó su frente, para seguir tallando los mármoles de Burgueño. En las planchas rosadas, iban quedando esculpidos graciosos grupos infantiles, que Roger reproducía de unos grabados clásicos.

Y ajustaba las proporciones y buscaba un ritmo distinto para cada figura.

Aquellos altos relieves exornarían el dormitorio. Iba a casarse. ¡Casarse! Una cosa vulgar y necesaria. Necesaria en Montevideo al menos, donde fuera audacia vitanda presentarse en sitios frecuentados del brazo de una amante.

— ¡Por él! — balbuceó oprimiendo el martillo.

«El» era su hijo: un hijo que no tenía aún, pero que nacería con toda precisión. Tal su deseo. Y para Roger los deseos resultaban realizaciones.

Como, adolescente aun, soñara con triunfos artísticos, rotundos y clamorosos, apetecía ahora el acontecimiento último e inefable.

Por eso se casaba. Por eso había elegido, no la mujer más dulce y comprensiva, sino la más hermosa. Su vástago debía resultar un mancebo apolíneo. Haríale Roger el don precioso de su talento y heredaría de la madre su ponderada belleza.

Para completar la felicidad del vástago, quedaban intactas muchas hectáreas de campo. Roger era rico, pero el hijo recibiría aquel caudal aumentado, duplicado con la valorización.

— ¡Por él!... ¡Por él!... — repetía ebrio, martillando la piedra.

Quizá fuese ridícula su exaltación, en la que se mezclaba a un sentimiento paterno, otro sentimiento no menos vehemente: el del artista. ¿Mas qué importaban las exageraciones?

Ello fué que toda la tarde de aquel lírico día primaveral se la pasó esculpiendo.

Rendido al fin, tumbóse en una «chaise-longue». Tras el ventanal, quedaban los jardines que el crepúsculo invadía, precipitando sus cendales cárdenos. Y hubo de pensar Roger:

— Desde que me acometió este afán paterno, soy otro hombre.

Lo era en efecto: todo resolución, fuego, fe inquebrantable.

Creía. ¡Qué suprema ventura la de creer! Desapareció su indiferencia, ese desgano elegante de todos los que han «llegado» demasiado pronto.

Sin embargo, no podía negarse que su triunfo hubo de ser absoluto. Nadie lo discutió. Cada nueva obra era la reedición de los mismos elogios en las columnas de la prensa. Zavala, el crítico más mordaz e irreductible, confesaba:

— No es posible ir contra la corriente. Si yo afirmase ahora que «nuestro primer escultor» no pasa de ser un artista mediocre me lyncharían. ¡Hasta tiene la rara virtud de no cobrar los trabajos, aquí en este país de ricos miserables!

Todos los años, Roger donaba su mejor obra al Municipio. Los jardines públicos comenzaron a ostentar figuras gráciles, en vez de rústicos jarrones de portland. Estaban talladas las estatuas sobre mármoles nacionales:

— ¡Para que se diga luego que no soy patriota! — jactábase el artista. — Desdeño los bloques de Carrara... por patriotismo y porque su blancor me parece funerario. La piedra nuestra es más oscura, sonrosada, sensual como todo lo de la tierra. Se hace un desnudo en ella y palpita. ¡Se diría que vive!

— Eres un «poeta del mármol criollo». Insoportable, como poeta — decíale su íntimo Armando Priore.

Y Roger aceptaba de buen grado aquellas frases zumbonas, prosaicas, que refrenaban un tanto su lirismo.

*

La infancia áspera y bravía de Roger sirvió de orgullo al padre, empeñado en «incubar» el más resuelto impulsador de la industria ganadera.

— ¡Hazme caso! — le decía. — Nada de aprendizajes teóricos: estudias algo y corres medio mundo. Consigues experiencia y relaciones. Y luego a montar un saladero que sea la envidia de todos estos rutinarios, que no hacen sino quedarse aguardando la multiplicación del ganado, para que los faenadores se enriquezcan manipulando las carnes.

Cuando aquel hombre veía a su unigénito asido a la cola de un caballo o persiguiendo novillos con el lazo, respiraba satisfecho.

— Empieza bien. Es un pequeño salvaje.

El «salvaje» llegó a los doce años sin conocer el abecedario. Entonces fué interno a un colegio de Montevideo. En pocos meses hizo prodigios. Tenía una memoria admirable y un discernimiento sorprendente. Su originalidad al razonar le valió, por parte del profesor, mote de «paradójico», mientras los condiscípulos se mofaban como ante un deforme:

— ¡Bah, es un extravagante!

De cuando en cuando, Roger recibía la visita del genitor. Era pródigo su bolsillo:

— Aprende, desarróllate por dentro y por fuera — decía el hombrón. — Y luego, a correr mundo, a familiarizarse con la vida.

Era «su teoría». Parecíale a don Pancho que detentaba todos los secretos, respecto a la mejor forma para hacer «una persona de provecho» con su vástago:

— A la madre cuanto menos la vea mejor. Las mujeres son maulas y mimosas. ¡La cobardía se contagia, caracho!

*

Cuando Roger volvió a Artigas, su departamento natal, tenía 16 años cumplidos. No era tan alto como don Pancho anhelaba, pero sí muy recio, musculoso. Lloró de emoción la «pobre vieja»:

— Tu padre no tiene entrañas. ¡Cuatro años privándome de verte, hijo de mí alma! ¡Hasta el cariño me habrás perdido!...

Don Pancho sonreíale ufano:

— ¡Por eso valé más!

Notaba en su hijo una entereza varonil, de la que «podía esperarse mucho». Pero le apenó ver que era sentimental en demasía. Fueron a saludarlo viejos peones y se le saltaron las lágrimas:

— ¡Tiene demasiado corazón, canejo!...

En el tren poco faltó para que llorase viendo una desdichada parda que conducían presa, con un hijo de pocos meses en los brazos. Hosco, descompuesto, arrufaba don Pancho:

— Hay que tener cerrados los ojos del alma para las desgracias de los otros. ¡Si no, está uno perdido, caracho! ¿Quién es capaz de corregir todo lo que de malo tiene el mundo?... ¡Qué cada cual se las arregle como pueda!

Era una filosofía rudimentaria la del hombrón.

Por gusto de don Pancho, el joven habría salido de inmediato para Norte América. Pero se opuso la genitora razonando de un modo sencillo y concluyente: como razonan las madres:

— ¡Es una temeridad! Piensa el antro de corrupción que vas a ponerle ante los ojos: cafés, mujeres, casas de juego... Aguárda siquiera a que cumpla los veinte años.

Quedó en la estancia. Hizo de nuevo vida salvaje. Vivía sobre el caballo. Intervino en yerras, domó potros, boleó avestruces:

— ¡Es de mi ley!... ¡mi sangre!...

Y don Pancho se trasfiguraba de gozo, henchíase con el orgullo...

*

Pero, he aquí que Roger pierde al padre en circunstancias dolorosísimas. Corriendo a unos contrabandistas, junto a la frontera del Brasil, don Pancho cae de su brioso «bayo» con el cráneo deshecho por una bala de mauser.

Roger presenciaba la agonía. Entre sus manos, las manos paternas perdieron su tibieza; vió vidriarse las pupilas amadas:

— ¡Padre!... ¡padre!... — sollozó.

— ¡No llores!... — fué el reproche del moribundo. — No te pido otra cosa, sino que seas digno de mí.

Pusieron el cadáver sobre un recado los peones. Ya en la estancia, la madre hipeó abrazándose a Roger:

— ¡No vivamos más aquí! ¡Sólo veo peligros para tu audacia!

Con un bozo temprano sobre los labios, cayó en la capital Roger. Su vida fué expansiva, regocijada, bullente. Tan algarera, que pronto olvidó la tragedia.

Tuvo un automóvil trepidante y un blanco yatch reptador. Hizo vida nocturna, frecuentando los teatros alegres y las salas de juego. Allí donde se sucedieran los estampidos del champaña, allí estaba Roger. Su bolsillo era el más espléndido:

— ¡Pronto lo veremos hundido!—reflexionaban los compinches.

Y de repente, la sorpresa: Roger se sustrae a la curiosidad de todos. Llena de arcilla el mejor cuarto de su casa, contrata una modelo:

— ¡Está loco! ¡Le dió por la escultura! — se mofan los pocos que se atreven a visitarlo.

Y en la Exposición Internacional de Buenos Aires logra un éxito estupendo con su grupo «Los pecadores» que le vale una medalla de oro.

Es que sus aficiones, apenas esbozadas años antes, se han hecho vocación irrefrenable.

*

La gente de su tierra, sin embargo, no quiere creer en el talento del joven. Admiten apenas su bolsa pingüe:

— ¡Debe ser una obra comprada! — deslizan los arteros.

Pero en Buenos Aires, un artista de mucha envidia, le aconseja:

— No pierda el tiempo: establézcase en París.

Opta él por Bruselas, donde instala un «atelier» lujoso. Notables maestros belgas son sus maestros. Hay uno que se interesa, que lucha por encauzar las facultades del alumno. Roger, con muy buen sentido, rehuye el estrépito. No interviene en ningún torneo:

«Te estamos olvidando. ¡Cómo no haces hablar de tus obras!» — le escriben desde la patria los amigos.

Roger les da una lección de austeridad al contestarles ególatra:

— «Mi arte, antes que a nadie, me interesa a mí.»

Con los treinta años cumplidos retorna al Uruguay. Ni grave, ni jovial. Un poco displicente por la opinión ajena. Su cultura es amplia. Viajó mucho, observó mucho... El roce con personalidades, lejos de deslumbrarlo, le ha dado aplomo, equilibrio...

— ¿Le parecerá chico Montevideo ahora?... — le dice un ministro que fué amigo del padre.

— Todo lo contrario, doctor. Me resulta tan grande, que he resuelto encerrarme en mi casa.

— ¡Es el extravagante de siempre! — zumban los ex condiscípulos. — Y todo por despreciarnos. ¡Naturalmente, metiéndose en un cuarto, no se sabe si está en Londres o en Treinta y Tres!

Su «mundo social» quedó formado con ocho o diez camaradas sinceros que le visitaban constantemente. El grupo no se ensanchaba por ruego expreso de Roger. Alhajó el «home» de un modo fastuoso.

— Todo lo tiene: juventud, fortuna, talento... — decía la gente con sorda inquina.

Sin notar un vacío en torno suyo: el dejado por la madre, que murió de alegría al conocer la noticia del regreso.

*

Tal vez fué esta sensación desolada la que le condujo a pensar en «el hijo». Aquella imaginación ardiente que era su imaginación, lo concibió bello y genial, armonioso y dominador. Se sentía imbuido por lecturas lejanas.

Su triunfo en el país fué fácil. Trajo de Europa seis grupos soberbios. «Visión de futuro» obtuvo un premio de importancia en Munich. Ese fué a exornar su jardín; los restantes los cedió al Municipio.

Los periódicos glosaron el gesto durante un mes. Ponderaban, tanto como la maestría de Roger, su interesante desprendimiento. Y pasó — lo de siempre en ambientes constreñidos — que a las ponderaciones forzosas, correspondieron los ataques injustificados. Su propia esquivéz le fué adversa.

— ¡Es efectista!

Las malsinaciones eran buitres ávidos cerniéndose sobre su «home» señorial. De la discusión, surgió la victoria avasallante para el luchador. Su nombre hizose popular, estuvo en todos los labios.

Le tocó la lotería y dió el premio, más una suma cuatro veces mayor, para que se levantara una escuela:

— ¡Ese gesto lo enaltece! — cumplimentaba enfático el Director de Instrucción Primaria.

El sonrió sencillo:

— No olvide que mi fortuna me fué cedida graciosamente en herencia. Dando algo de ella, cumplo con un principio social.

Y seguía pensando en «el hijo». No le bastaba, para vivir, con las satisfacciones que le deparara su arte. Era necesario modelar una gran alma. Armando Priore reía de buen grado:

— ¿Tienes novia?

— No.

— ¿Amante acaso?...

— Tampoco.

— ¿Y piensas tener muy pronto un hijo?... ¡Sabes que no comprendo!

— Me basta con entenderme yo.

Sonreía de un modo infalible.

*

La noticia tuvo la no muy rara peculiaridad de conmover los «círculos mundanos» — que dicen melosamente los gacetilleros sociales.

Y cuando aun «vibraban los ámbitos» con la nueva del noviazgo, cayó — hecha bomba de estruendo — la noticia del enlace: — ¡Qué apuro, señor! — extrañóse más de una discretísima dama.

La urgencia — ¡ni que decir tiene! — se trataba de explicar en forma malevolente.

— Carolina Mendoza esposa de Roger antes de medio año!

Bien supo elegir, ya que a hermosura ninguna otra muchacha aventajaba a la hija del diplomático.

Alta, garbosa, rítmica, el rostro muy sereno, un poco frío como todo lo perfecto. Los ojos grandes, pardos, almendrados; la boca fresca y encendida como un clavel gaditano.

— ¡Otra estatua más para la colección de Roger! — comentó en el «Club Uruguay» Ramirito del Cerro.

El escultor aparecía tranquilo, y no por hallarse seguro de que le amara Carolina Mendoza... ¡Bah, dábafe lo mismo! Iba rectamente a «su objeto». La trataría finamente; sus lujos iban a ser dignos de una princesa.

Vanidad: no otra fué siempre la característica de la joven. Si aspiraba a ser envidiada, junto a Roger le iban a sobrar ocasiones de lucimiento.

La boda de Roger resultó una claudicación. El misántropo toleró fiestas para las que fué invitada toda la gente chic. Carolina surgió magnífica y deslumbradora en el templo.

— Jamás tuvo Fidias modelo tan hermoso! Cópiala con el traje nupcial — dijo avieso a su amigo el socarrón de Priore.

*

— Pobre gente! — se dolía el escultor. — Por lo visto creen que me caso para permitirme el lujo de contar con un «original» de rango.

Y, en vez de una modelo, Roger tenía con Carolina la «arcilla manipulable». De tan estupenda beldad iba a salir «la obra», una obra que él «modelaría» pacientemente: hermosura de cuerpo; épica amplitud en el alma...

Al alma iba a consagrarle todos los afanes, toda su precoz experiencia de la vida:

— Será un hombre de acción, poderoso como un monarca.

Temiendo la luna de miel desabrida que le aguardaba, emprendió un viaje a Europa, mas no sin antes habitar su casa, aquella

casa fastuosa cuya alcoba era un museo de bellos frisos y gentiles estatuillas.

Fué un golpe hábil.

Así Carolina no tuvo tiempo para aburrirse. Roger, sin embargo mostrábase pesaroso tras el regreso. A los intencionados: — ¿No hay novedades? de los íntimos,—respondía con una grave oscilación del cráneo.

Pasó un año. Carolina había conseguido deslumbrar a sus relaciones. Era su porte digno de una emperatriz. Lucía trajes fantásticos y alhajas muy costosas. Los exhibió de continuo:

— ¡Roger lleva gastada una fortuna conmigo!

No faltó en reuniones y fiestas. Pero sola, siempre sin Roger. Justificaba superficial la ausencia del cónyuge:

— ¡Como trabaja tanto!...

*

Se hundieron los meses y eran más glaciales las relaciones de la pareja. Había entre los caracteres un antagonismo profundo. Carolina era una criatura poco inteligente, frívola, pagada de su hermosura, con la constante avidez de figurar.

— Roger — sin el vástago apetecido — vió agudizada su misantropía.

No hubo conflictos ruidosos, pero como la soldadura entre las almas era tan tenue, flotó entre aquellos cuerpos una nube de indiferencia.

Y pensó en el divorcio como único medio para solucionar aquel estado anómalo.

Al cabo de algún tiempo, el artista pudo advertir que el carácter de Carolina cambiaba:

— ¡Debe haberla aconsejado la madre! — se dijo.

Notó a su mujer más femenina: tierna, apasionada, mimosa. Una tarde, cayendo el áureo sol estival sobre el jardín, le tendió los brazos con cariño:

— ¡Tengo que darte una noticia!...

La emoción que velaba la voz de la cónyuge, se le contagió a Roger. Se puso pálido, convulso, adivinando:

— ¿Estás?...

Sus ojos concluyeron la frase. Tras un beso — doloroso de alegría — respondió Carolina, enrojeciendo, como avergonzada:

— ¡Sí!...

A partir de esa tarde, un aura de concordia sopló sobre el palacete. Roger había tornado a la alcoba sus más graciosas estatuas:

—¿A cuál de estos amorcillos se parecerá Rubén?...

Y vivió el artista las horas más radiantes de su vida.

*

Se había despedido el médico, dejando una sensación definitiva de confianza en el ánimo de Roger:

—Mi presencia aquí no va a ser necesaria. Todo viene perfectamente.

En la alcoba se alzaba la voz de las mujeres, que infundían valor a Carolina:

—¡No es nada! Apenas el susto.

Roger iba dando grandes zancadas por los cuartos; salía al jardín. De rato en rato, tornaba para escuchar tras la puerta del dormitorio:

—¡Temo que sea niña! Roger ha puesto todas sus ilusiones en el nacimiento de un varón y se contrariaría —alegó llorosa Carolina.

—¡Me resignaré! — estuvo por gritarle el marido, con una compasión honda hacia la mártir.

Pero tuvo vergüenza. No quiso delatarse. Le molestaba que le supieran febriciente, espiondo tras la puerta como los chiquillos.

Hubo un silencio expectante dentro. No se oía sino la respiración fatigada de la enferma.

Roger tembló. Tembló como un azogado:

—¡Cómo debe sufrir!

Con la nerviosidad, fumó hasta dar fin al paquete de habanos. Fué en busca de otro al taller. Regresaba, cuando advirtió el tenue vagido del que nacía:

—¿Qué es?...

Oivóse del sufrimiento de la madre. Pudo más su curiosidad. Gritó de nuevo:

—¿Qué es?... Quiero saber qué es?...

Nadie respondía. Al rato la oyó gemir el artista:

—¡Debe ser una niña! — se dijo.

Sus nervios eran alfileres. No pudo reprimirse. Empujó la puerta:

—¿Pero es que no me van a dejar entrar?..

Le abrieron. Roger hubiese preferido morir. Le presentaron una criatura deforme y esquelética.

Dentro del cuarto todos los ojos parecían esquivarse. Nadie se miró de frente. La escena, con la angustia de todos, espantaba..

.....

 — ¿Quién anda ahí? — se despertó sobresaltada Carolina.

La luz roja, débil, pero no tan difusa que no dejase destacar las figuras, le consintió descubrir a Roger. Era la madrugada. Los gallos cantaron en la lejanía:

— ¿Qué haces?

Al oprimir el botón, que prendió por completo la araña, se horrorizaba: el esposo tenía aferrados sus dedos al cuello viscoso del jorobadito.

Acusó iracunda la madre:

— ¡Cobarde!... ¡Criminal!...

— ¡Era un monstruo! — quiso justificar, sollozante, el artista.

Carolina, más bella que nunca con la densa palidez, rugió tal que una leona a quien hiriesen, arrebatándole su cachorro:

— ¡Era mi hijo!... ¡Era mi hijo!...

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo.

A PROPOSITO DEL PROYECTO DE LA LEY DE COLONIZACION

Frente a reformas tan importantes como aquellas que proyecta el gobierno argentino actual — las leyes de Colonización y del Banco Agrícola — no es fácil hacer claro ante las masas el punto de vista socialista.

En el pueblo, que no está acostumbrado a la atención de los grandes señores del gobierno para sus necesidades, estas reformas tienden a suscitar esperanzas de reivindicaciones inmediatas, sin atacar el privilegio, dejando de pie las existentes relaciones de propiedad: como remedio contra la tiranía de la propiedad privada sobre la tierra, se ofrece a todo el mundo, por medio de una institución tan esencialmente burguesa, como un banco agrícola, hacerse propietarios de tierras argentinas.

En estas circunstancias, me parece, para hacer desaparecer la confusión que tienden a producir las reformas «populares» del gobierno, no basta que los diputados socialistas presenten proyectos técnicamente superiores, porque entre los representantes de la sociedad actual y los de la futura, hay, ante todo, una diferencia fundamental de principios.

Saliendo de este punto de vista me permito hacer algunas brevísimas observaciones sobre el proyecto de la diputación socialista, observaciones que no considero, claro está, que agoten el tema, la crítica socialista del proyecto mencionado.

La lucha contra el latifundismo es, tal vez, el problema más urgente de la democracia argentina.

Pero, siendo la socialización de los medios de producción el eje del programa del partido socialista, este último no debe, a mi parecer, elaborar proyectos que sustituyan al latifundio la pequeña propiedad individual, por cuanto la reivindicación principal debe servirle al partido como idea regulativa en su labor política cotidiana.

Poco feliz parece el argumento que con la chacra se entrega al trabajador su instrumento de trabajo—supuesta reivindicación socialista,— porque el socialismo devolverá los medios de producción acaparados por la minoría, no al trabajador individual sino a la sociedad.

El pequeño propietario de la campaña no es menos hostil a esta reivindicación socialista que la pequeña burguesía de la ciudad. En Alemania los pequeños agrarios bajo el mando de los «yunkers», forman el ejército reaccionario y el sostén del proteccionismo agrario, que encarece la vida de los trabajadores de la ciudad. Su prosperidad, asimismo, como el progreso de la agricultura en Alemania en general, crecía a costa de los obreros industriales. Al mismo tiempo las pésimas condiciones de vida del proletario de la campaña causan la emigración de éste en masa a la ciudad. En la última década, empezando del 1904, cuando el nuevo tratado comercial rusoalemán, que estableció impuestos prohibitivos a los productos agrícolas rusos en Alemania, principió la época de prosperidad de la agricultura alemana, son los proletarios rusos y polacos que fueron cada vez en mayor número a levantar las cosechas de la Prusia agraria.

Mientras tanto las supuestas ventajas económicas de la producción agrícola en pequeña escala— en comparación con los grandes establecimientos capitalistas — se manifiestan generalmente en épocas de precios bajos para los productos agrícolas y sólo a causa del gran poder de resistencia del campesino acostumbrado a una vida de privaciones.

En mi opinión, pues, el papel del partido socialista durante la discusión de los proyectos mencionados del gobierno, debería ser — conseguir mayores facilidades en la adquisición de tierras para las asociaciones de agricultores con el fin de fomentar asimismo toda clase de cooperativas agrícolas. El fomento de cooperativas agrícolas se impone como un problema de gran actualidad, sobre todo en este ambiente, donde las tradiciones individualistas representan un obstáculo para el progreso económico.

Para el estado la venta de campos a asociaciones de agricultores significaría la simplificación de las operaciones y podría salvar a estas últimas de algunas dificultades.

Una de las dificultades que no prevé el proyecto es la acumulación de los campos de los deudores atrasados en las manos del Banco Hipotecario, por causas diferentes: provenientes de las

condiciones de la misma ley (la necesidad de entregar el 20-25 % del valor del campo que se quiere comprar) y circunstanciales, — errores de criterio en la resolución de otorgar el crédito al solicitante — errores necesariamente ligados a una empresa de tal magnitud.

Análoga será la situación del Banco de la Nación cuando no consiguiera vender sus lotes durante cierto período de tiempo. Entonces surgirá también el problema de cómo hacer el servicio de intereses sobre estos campos o de qué modo aprovecharlos para sacar los intereses de la explotación de los campos mismos; quiere decir, los intereses los pagará el Banco mismo si la explotación burocrática resultase poco satisfactoria o si él no recurriera a ella.

Para ilustrar estas mis afirmaciones no dispongo de otro material por el momento (ahora que la Biblioteca Nacional está cerrada) que escasos datos de la experiencia análoga en Rusia, aunque veo muy bien el relativo valor de estos datos. En el período 1906-10 el Banco Territorial de los Paisanos, en Rusia, compró 3.403.000 diesiatinas (una hectárea es $9/10$, más o menos, de diesiatina). Vendió a los campesinos, 1.000.000 diesiatinas, — 29 %. Para apreciar estas cifras tenemos que considerar que el gobierno tomó medidas extraordinarias, administrativas y financieras, para vender sus tierras. Del solicitante se exigía sólo una seña de 2 % del valor del terreno en efectivo, pero también se aceptaba por el Banco en calidad de prenda un lote de terreno de igual valor dentro de las tierras comunales que se encontraban en posesión del solicitante.

En 1910 el Banco tuvo que cubrir con los dineros del tesoro nacional un saldo de intereses de 5.000.000 de rublos. La explotación de sus tierras por el Banco dió de 1906 al 1909 $1 \frac{1}{2}$ %, 2,8 %, 3,6 % de utilidades, mientras que el servicio de intereses sobre sus cédulas fué de 5 y 6 por ciento.

Si favoreciéramos por la ley de Colonización la formación de asociaciones agrícolas que comprendan un relativamente pequeño núcleo de agricultores con responsabilidad ilimitada (principio de las cajas Reifeisen), se podría, tal vez, salvar la aplicación de la ley de las complicaciones mencionadas y además echar una base para diversas formas de cooperación agrícola, una base que en Alemania resultó firme y de porvenir brillante.

Por fin, el proyecto reglamentando detalladamente los me-

dios de conseguir informaciones sobre el precio «real y ordinario» del campo que el Banco se propone comprar a los propósitos de la ley, no prevé nada contra la fatal elevación de los precios de las tierras con la aparición en el mercado de un nuevo comprador en gran escala. En cuanto las operaciones del Banco se efectúen en las condiciones del libre juego de la oferta y la demanda, es cierta esta elevación de los precios de venta, como también de los de arrendamiento de los campos.

La evolución del precio de una diesiatina de campo comprada con la ayuda del Banco Territorial de los Paisanos en Rusia fué la siguiente:

1896	50 rublos	1902	108 rublos
1897	72 »	1903	109 »
1898	74 »	1904	112 »
1899	77 »	1905	111 »
1900	80 »	1906	124 »
1901	90 »	1907	137 »

La curva de los precios sube bruscamente en dos épocas: en la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado y desde el año 1906, épocas de reforma fundamental del reglamento del Banco en el sentido de ampliar su campo de acción.

M. IAROSCHEVSKY.

EL PINTOR DE LA PASION, DEL SOL Y DEL DOLOR

VINCENT VAN GOGH

Hace pocos años que por primera vez ví el nombrado van Gogh. Entonces, el artista holandés era todavía casi ignorado, pero ahora sus cuadros son disputados por los museos, han aparecido muchas obras sobre su arte, y de sus admirables cartas se han leído varias ediciones en Francia, Holanda y Alemania.

Ya no se discute su obra. Van Gogh ocupa un lugar prominente entre los pintores contemporáneos. La generación joven le considera como guía y maestro. Picasso, Lunyer, Weissgerber y otros muchos, han encontrado por él su camino.

Van Gogh no ha sido un pintor de la belleza. Algunos de sus cuadros nos hacen pensar en apariciones de pesadilla, y las primeras veces que los vemos, nos persiguen como una obsesión.

Para pintar las pasiones, no ha necesitado trazar escenas. Sin títulos explicativos, las reveló en el alma de sus cuadros.

Ha pintado el sol en las flores, en sus cielos, en sus verdes luminosos, sin recurrir a la inevitable muchacha con las manos sobre los ojos, de los llamados pleinairistas.

Y ha pintado el dolor, sufriendo él mismo, sufriendo en su amor, sufriendo en su arte.

Ha sido el pintor del alma de las cosas. Al pintar los árboles, los quiere pintar, según escribe a su hermano, como seres que sufren y sienten. En la Pinacoteca de Munich está una de sus mejores obras. Son tres girasoles en un vaso. ¡Cómo imploran por un rayo de sol! Sus pétalos de oro parecen encerrar en un abrazo intenso esos rayos de sol que tanto aman. Estos girasoles se me aparecen, como el alma de Vincent van Gogh, que, en su amor al sol, para sentir toda la fuerza de su caricia, solía

marchar con la cabeza descubierta, por las tierras provenzales, a la hora de la siesta. Sacrificó en su amor al sol su tesoro más grande, pues a fuerza de mirarlo quedó ciego. Nuevo Icaro, por acercarse al sol y poderle pintar, perdió también sus alas.

Su cuadro *Los presos*, representa un patio estrecho que casi oculta el cielo. Los presos, con trajes grises, y sin hablarse, pasean en ronda. Sus caras cansadas no muestran ya sufrimiento, su expresión apática los vuelve más trágicos aún.

En *La Arlesiana*, un pequeño cuadro, nos muestra su amor. Fué una de las pocas mujeres que pintó. La amó tan inmensamente que, loco ya, se arrancó una oreja para sufrir por ella.

De sus contemporáneos sólo tuvo burlas. Les costaba mucho cambiar de criterio, como que lo tenían amoldado al estilo de otros. ¡Y es tan cómodo seguir la costumbre!

Conoció la miseria, y sólo la generosidad de un protector, le salvó del hambre.

Sus luchas han sido las luchas de todos los que han traído algo nuevo (en una época bárbara). Y más grandes aún, pues nos traía algo que nadie ama: el sufrimiento.

Su obra es peligrosa como un abismo, y sólo comparable a la obra de Nietzsche y Strindberg. Los tres son producto del sufrimiento de nuestro siglo, que han perdido una fe sin encontrar otra nueva. Los tres murieron locos.

Su autorretrato de Amsterdam, es terrible. En su barba rojiza se refleja el sol, y sus ojos tienen la expresión extraviada del que ha ido más allá que nosotros, algo de lo que tuvieron los ojos del Dante al volver de los infiernos.

Sus paisajes son bellos, es lo único de su obra en que pone una belleza de forma. No son vistosos, es el paisaje de todos los días, con árboles frutales, viejos trabajadores de las granjas, con la carretera de aldea pobre y triste.

Pero sus verdes son maravillosos y son un himno hermoso a la naturaleza.

Su dolor calla porque allí está el sol.

Su técnica sencilla, infantil en apariencia, es profunda y sabia. Mezcla poco los colores que emplea casi puros. No vela sus tonos, los pone en todo su vigor, colocando a su lado los colores necesarios para que fundidos en la retina nos den la coloración real. No por eso debemos considerarle un puntillista. No usó aceites ni barnices, fué uno de los primeros en

odiar la «Cocina de la pintura». Colocaba el color sobre la tela sin dar pinceladas de virtuoso.

Su dibujo es vigoroso, y sus desdibujos frecuentes son el resultado de una voluntad definida.

Van Gogh el holandés, abrió nuevos caminos para el arte, que no conducen a una pintura estética, pero a un arte absolutamente emocional.

No es posible afirmar cuál de los dos caminos es el acertado; yo creo que los dos pueden existir y complementarse, pues al mismo tiempo que queremos esparcir nuestro espíritu, debemos regocijarse a nuestros sentidos.

El arte de van Gogh como el de Wágner, es atormentado e inquietante. Quizá sean como las tormentas, el presagio de una calma futura.

JORGE BUNGE.

MAURICIO DUMESNIL *

Se ha creído haber escrito todo, aquí, sobre el gran pianista francés en numerosos artículos y críticas de los diarios; sin embargo nadie, en realidad, ha sabido poner verdaderamente de relieve, como se debía, todo el mérito de este gran virtuoso del piano.

En todos los sitios donde Mauricio Dumesnil ha dado conciertos, dejó tras de sí una huella luminosa.

Las capitales de Europa lo han aclamado; en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro suscita un entusiasmo loco, como ningún otro artista en América del Sud, hasta ahora.

Dotado de una memoria excepcional que no conoce debilidad, es uno de los pianistas mundiales de repertorio más extenso y formidable en nuestra época.

Para él Haendel y el viejo Bach ya no tienen ningún secreto; las grandes fugas trascritas por Moore, de quien es el discípulo predilecto, las interpreta con tal religiosidad y solemnidad mística, que un crítico europeo no ha temido comparar los acordes graves que obtiene en el piano al eco de los grandes órganos, que va perdiéndose en las naves entre luces, bajo los crepusculares arcos góticos de las catedrales medioevales.

Interpreta al divino Mozart con la frescura y pureza de un manantial de agua clara. Las ligeras escalas y los grupetos se deslizan bajo sus dedos ágiles como cascadas de perlas sobre una fuente de cristal.

Su «Capricho» de Mendelssohn es un fuego artificial. A Couperin, Rameau, Daquin, y todos nuestros viejos clásicos, los evoca con exquisita delicadeza, y surge ante el espíritu de su auditorio, el amaneramiento de los siglos desaparecidos: son pelucas empol-

* Mauricio Dumesnil ha regresado de su corta gira por el Brasil. Dará algunos conciertos en el Rosario y acaso en esta capital. Nos es grato saludar la vuelta del gran pianista, con este artículo que sobre él ha escrito uno de sus admiradores. — N. DE LA D.

vadas, marquesas con miriñaque, profundas reverencias y trinos de ruiseñor que desfilan sobre su teclado.

Sus dedos reflejan a Schubert con una sencillez verdaderamente deliciosa; su interpretación sin pedantismo alguno de los «Valses» es la última palabra de la elegancia, gracia y distinción.

¿Cómo sus manos tan grandes, listas para abarcar los formidables acordes de Bach, le permiten tanta suavidad y fineza cuando se trata de Mozart, Schubert o Weber?

Es indudable que el joven Dumesnil poseía desde su nacimiento maravillosos dones musicales, pero el formidable pianista que es actualmente, ha de seguro trabajado el mecanismo con una perseverancia sin igual. Basta ver la expresión pertinaz de su semblante cuando toca, para comprender la magnitud de la fuerza de voluntad que ha debido tener para dominar sus músculos y sus dedos; voluntad a la cual debe su colosal técnica del teclado y la maestría absoluta de su arte.

Algunos pretenden que su modo de tocar carece de sentimiento, especialmente cuando expresa el dolor. Sin duda, no habrá sufrido jamás; ¿pero quién puede reprocharle esa falta de sufrimiento? Naturalmente, si se compara su escuela franca y sincera a la grandilocuencia de la italiana y a la afectación pretenciosa de la alemana, puede parecer frío, pero, merced a eso justamente, jamás degenera en la insipidez y banalidad, escollos fatales de todos esos exagerados del sentimentalismo.

Lo que no se ha hecho bastante notar en Dumesnil, una de sus más hermosas finalidades a mi juicio, es su ciencia extraordinaria del ritmo que da a su juego una nitidez, una seguridad y una fidelidad admirables. Pocos pianistas la poseen como él. Cualquiera que sea la obra que ejecuta, clásica o moderna, la cadencia es siempre tan perfecta que nunca cae en falta, pareciendo formar parte integrante de sí mismo, dotado como está de una mano izquierda excepcional.

Unos lo prefieren en Schumann y Brahms que toca con todo romanticismo. Otros lo encuentran superior en Beethoven, que interpreta magistralmente. Casi todos piensan que Chopin es su mejor autor; tal vez no se engañan! Efectivamente, demuestra un brío sorprendente, un ardor juvenil en la gran Polonesa; tiene toda la nobleza deseada para las baladas y expresa con fervor los estudios, valeses, nocturnos, preludios, y toda esa obra genial de Chopin en la cual reside entera el alma eslava de

Polonia. Es imposible pasar en silencio su ejecución de la segunda sonata; hace sobresalir soberbiamente la célebre marcha fúnebre; en cuanto al final que toca con una rapidez vertiginosa, produce casi un estremecimiento. El viento sopla en el cementerio entre las tumbas, entre las viejas cruces de hierro. Un áspero cierzo glacial de invierno sopla sobre los grandes cipreses que atraviesan la sombra agitando con aire siniestro, como gigantes espectros, sus largos brazos descarnados. . . Arriba, en el cielo oscuro y sin estrellas, girones de nubes huyen espantadas! . .

En resumen, Dumesnil es un pianista completo. Puede atacar todos los géneros de composición; pero donde lo encuentro superior a sí mismo, es en Liszt. Parece que sus obras han sido especialmente escritas para él; se prestan a su temperamento; las hace vibrar, las vive, ellas estallan bajo sus manos, como truenos!

Pianista de las grandes dificultades, de las «fusées» de notas y de los contrastes de matices, ya sea que ejecute trozos originales de Liszt, como sus conciertos, rapsodias, o sus fantasías y transcripciones, — «La muerte de Isolda» o «La Campanella», por ejemplo, — él es siempre el intérprete ideal soñado, el que Liszt mismo hubiera elegido entre todos. En una palabra, en Liszt, es inimitable.

No puedo terminar este artículo, sin decir algunas palabras de las composiciones modernas.

En las «suites» tan complejas y difíciles de Debussy, en las piezas de G. Dupont, Albéniz, Granados, da una interpretación que perdurará en Buenos Aires como modelo de estilo, por la riqueza del colorido y la personalidad. En el quinto concierto de Saint Saëns, que ejecuta con su maestría acostumbrada, Dumesnil nos probó que el acompañamiento de orquesta, lejos de molestarle, era para él, al contrario, un éxito más. En la gran escena del Colón, en medio de toda la orquesta, este artista que no conoce ni la nerviosidad ni el miedo, parecía tan tranquilo y a sus anchas como si estuviera en su casa, ante el fuego de su hogar! Hagamos una mención especial al terminar, para el «Carillon dans la Baie» de Vuillemin, esta pequeña «eau forte» musical, que crea una celebridad a su autor, en todas partes donde Mauricio Dumesnil tiene a bien hacerla oír.

LETRAS ARGENTINAS

«El Poema Nativo». — Sonetos de la tierra, por Ataliva Herrera. Edición de NOSOTROS, 1916.

He contado ciento setenta y ocho sonetos en este libro cuidadosamente compuesto por el poeta cordobés Ataliva Herrera: todos encaminados a un mismo fin, narrar, describir o loar los hechos, los hombres, las cosas, los aspectos, los árboles, los animales, las costumbre de esta tierra, de donde surge un solo canto, vario y uno, *El Poema Nativo*.

Es obra que pide atención. Responde a un sentimiento poético fecundo, a un plan desarrollado en todas sus partes y a un concepto artístico definido. El poeta se ha dicho: Quiero componer el poema de mi tierra, representar en cuadros trazados con enérgica sobriedad, cuanto hay de grande, noble, fuerte, sano, hermoso, en la tradición, en la historia, en la naturaleza, en la vida de mi patria. Y ha escrito sus ciento setenta y ocho sonetos, agrupados por series, agotando, puede decirse sin exageración, la materia. Los títulos correspondientes constituyen un inventario completo de las cosas argentinas; de los capítulos generales de nuestra historia, de las páginas de nuestra geografía, de los seres característicos de nuestra flora y fauna, de los elementos de nuestro folk-lore, de lo que sabemos que nos pertenece y nos distingue de los demás, en el pasado y en el presente. Insisto en estas enumeraciones, porque ellas determinan el plan al que el libro está subordinado y que el autor ha tenido estrictamente en consideración.

Yo supongo que el alma de un poeta, tocada por las cosas, acaso resuene y acaso no, y con acordes distintos según las circunstancias, como sucede con cualquier otra alma. De suerte que no puedo imaginarme que para alguien sean igualmente motivos de inspiración, el Descubrimiento de América, la Cruz del Sur, un anochecer, una chacra, el colibrí, el chiquero, la luz mala, el tango, la fonda de la colonia y doscientos asuntos más, discordes

y heterogéneos, con mayor razón si no hay, o casi, libertad en la elección, porque los impone un programa. Con lo cual creo haber ya dicho los defectos esenciales de este libro, nacidos de un pecado de origen. El poeta a veces siente lo que canta; entonces el verso corre con fluidez, la imagen se diseña, sencilla y nítida, el pensamiento adquiere forma y el soneto surge, cerrado y cabal. Otras veces no: el poeta tiene que hacer un soneto a tal cosa, como que está anotada en lista, y entonces... Entonces, es posible que Ataliva Herrera declare, y diga verdad, que el soneto le resultó mejor que ningún otro y más fácilmente; pero yo teóricamente no puedo admitirlo; él, como poeta que está obligado a creer en la inspiración, no debe sostenerlo, y así, de acuerdo, ambos atribuiremos las composiciones malas, duras, no bien concluidas que hay en el libro, a ese trabajo en frío de versificador. Y hay muchos buenos sonetos en *El Poema Nativo*, donde se ve lo que el poeta vió, y nos sentimos acariciados y envueltos por la naturaleza, maternal, caliente, luminosa, fragante, sonora... Cada uno de ellos y cada uno de sus versos, cuanto más directa y simple representación de las cosas nos dan, más valen, naturalmente. Cuando la sensación se trueca, al ser expresada, en idea abstracta; cuando la palabra precisa, corriente, popular, no es hallada y la sustituye una más o menos lejanamente equivalente o un término erudito y culto, el pensamiento se oscurece, la imagen se esfuma y se malogra el cuadro. Ataliva Herrera ama la concisión, y a ella también le fuerza el molde adoptado; excelente condición que si bien por momentos, cuando el pensamiento no fluye, vuelve el verso áspero y fatigoso, es, sin embargo, cualidad sobresaliente de *El Poema Nativo*.

El cual es un buen libro, a pesar de sus defectos: noble por el sentimiento que lo ha engendrado, de difícil y harto bien realizada ejecución, y no desdeñable documento de un alto propósito patriótico y poético.

Como los esfuerzos dignos no deben ser callados, quiero señalar la bondad de esta edición, hecha por el impresor Antonio Mercatali e ilustrada por Gregorio López Naguil.

«**Renglones cortos**». — Colección de versos originales, por Lola S. de Bourguet.

La ocurrencia que ha tenido la señora Lola S. B. de Bourguet, de llamar a una colección de versos, *Renglones cortos*, puede ser

considerada poco feliz, pero la explica suficientemente y la vuelve simpática, el *Preámbulo* por ella puesto a dichos Renglones.

La señora de Bourguet, que también firma con el pseudónimo de *Angélica Farfalla*, es una dama culta, que versifica bien, pero que, con recomendable modestia, no se cree ni afirma ser altísima e inspirada poetisa. Ella habla así de sus versos: «Han nacido y se han hecho sin pretensiones de alcanzar el supremo ideal de la poesía. Digo mal: la pretensión ha existido, lo que no ha existido es la obtención. Para llegar a la cumbre, para ser poeta, no basta sentirse dueño de las alas, es preciso volar muy alto, y eso, a fuerza de exigir cualidades excepcionales, ha llegado a ser también excepcional. Si los Poe y los Darío y los Tagore se multiplicaran por cada ensartador de palabras a mi semejanza, la Poesía habría dejado de ser la más grandiosa representación de Arte, Belleza y Verdad». Conformes, y también con el criterio que luego nos da para apreciar sus versos. Los ha escrito en el diario trajín de la vida, «trabajosamente y en medio del trabajo»; con algunos de sus poemas se ha ganado honrosas distinciones en diferentes certámenes; así ha aprendido a amarlos, como a frutos de su esfuerzo y de su inteligencia, en los que ha puesto algo o mucho de sí misma, y que ha visto no desdeñados; nada más natural que los haya reunido, pensando: Esto he hecho, no gran cosa tal vez, mas sí con voluntad de bien y de belleza; allá van, en la forma más duradera del libro, estas «líneas rimadas», ya antes de ahora acogidas amablemente por los lectores.

Y nosotros podemos decirle que el libro se recorre con interés y placer; que la mayor parte de las composiciones que hay en él, están versificadas con variedad de metros y ritmos, con soltura y buen gusto; que si es cierto que algunas veces los asuntos tratados y los pensamientos desenvueltos son poco novedosos, y la entonación lírica de la poetisa es la demasiado conocida que caracteriza las composiciones de juegos florales, no lo es menos que en todo momento la salvan, de la vulgaridad, su distinción, del énfasis ridículo, su discreción; y por último, que hay pasajes y versos en el libro, realmente inspirados. El lector acaso conozca *El poema de las manos*, premiado en 1916 en los Juegos Florales de Tucumán, y por todos alabado. Sin extremar la alabanza, y pasando por sobre sus defectos, es justo reconocer que es un excelente poema, bien pensado, bien compuesto, elocuente y trabajado con sostenida atención. Sin duda es lo mejor

del libro, pero hay en éste fragmentos de composiciones que no valen menos.

Nos podríamos perfectamente pasar sin las mujeres que escriben versos en el país (hago la salvedad: en castellano); aunque no los hiciesen, eso que los compiladores de antologías llaman el Parnaso argentino no perdería nada: si es del caso hacer una excepción, ésta es la señora de Bourguet. No le debemos nada extraordinario, pero constituye una nota simpática en nuestro ambiente, esta culta y modesta dama que versifica con discretísimo arte.

«En olor de juventud». — Poesías, por Luis María Grané.

Como muestrario de todo cuanto la ropavejería modernista (así es, y no hay contradicción entre los términos) que visten y pasean por ahí todavía con provinciano dandismo, verios miles de versificadores, nada hay más completo que el libro *En olor de juventud*, recientemente publicado por Luis María Grané. No quiero repetirme, inventariando una vez más el archinotorio contenido de estos muestrarios. Esa indeterminación, esa abstracción fatigosa, esa incoherencia, ese psitacismo, ya son intolerables. El crítico no puede descender a la tarea de fijar los rasgos invariables y el léxico característico de esa *manera* poética que debe darse por muerta y enterrada. El remedo paródico de tal manera hoy día es de mal gusto hasta en los poetas humorísticos. Abro una página cualquiera del libro del señor Grané y leo:

La doliente orfandad de las praderas
Llenó la noche de gemidos vagos,
Y se tiñó con síntomas aciagos,
El crepúsculo azul de tus ojeras.

Ambulaban perfiles de quimeras
Que en un ritual canonizó tu frente,
Y flotaba en el aire suavemente
La canción de las rubias primaveras.

¿A qué seguir? ; Si nos sabemos de memoria los *clásicos* del género! Así he llegado hasta la página 73 de este libro de 150. Cuando bajo el título *A la casa de una novia muerta*, que promete un momento de dulce emoción, se ofrecen cuatro cuartetos tan desoladamente fríos como los que allí aparecen, no hay derecho a pedirle a nadie que prosiga la lectura, aunque ese nadie

sea tan ingenuo y desocupado como un crítico de versos. Por un último escrúpulo de honestidad, yo he hojeado lo restante del libro, no he encontrado nada, absolutamente nada que me haya hecho pensar, ver, sentir, y lo he cerrado entristecido.

«El ritmo de la vida». — Poemas, por Valentín de Pedro.

... En cambio, sin ser ni muy originales ni muy correctos, se lee con simpatía los versos que en un modesto cuadernillo, el primero de la *Colección Sarmiento*, nueva publicación mensual ha publicado, bajo el título *El ritmo de la idea*, el mismo director de aquella Colección, don Valentín de Pedro.

En ellos siquiera hay la determinación, a veces feliz, de pensamientos, imágenes, cuadros de la vida y la naturaleza, sentimientos, mediante la palabra que dice o que pinta algo. Y también en algún momento, vigorosa inquietud poética, en *La angustia*, por ejemplo, y bondad, y ternura. Del señor De Pedro, que posiblemente es hombre joven, cabe esperar mucho y bueno.

«Como soñando...», por Luciano González-Calderón.

Un buen libro de versos, *Primavera*, publicado a fines de 1911, hizo conocer a los pocos que siguen atentamente nuestra producción literaria, el delicado talento poético de Luciano González Calderón. Ahora él se presenta de nuevo a los lectores con un libro de cuentos, *Como soñando...*

Nueve cuentos... Cosas de la vida, reales, posibles, narradas con arte discreto. Han pasado ante los ojos del poeta, y él nos las refiere, puliéndoles asperezas, suavizándoles aristas, dándoles una tonalidad más grata de la que a veces tenían — así lo declara el prólogo, — es decir, trasponiéndolas en cierto sentido a un mundo de ensueño. Creo, sin embargo, que no debe atribuirse demasiado valor a esta declaración. Claro que el escritor ha desarrollado a su manera, según su lógica, las situaciones que él viera planteadas en la realidad; pero ¿cuál cuentista no hace lo mismo en la casi totalidad de los casos? Ello no obstante, esos desarrollos lógicos, son muy humanos y muy reales, hasta triviales a veces, y no veo yo que emerjan de las nieblas del sueño.

¡Es audacia la del crítico, al pretender ver la obra y conocer su concepción, mejor que el autor! Mas, ¿qué importa esta discusión de las palabras del prólogo? Lo cierto es que los cuentos, si

bien no hacen pensar ni sentir hondo, se leen con interés y agrado.

Toda visión de la vida comporta una filosofía moral. ¿Cuál la de González Calderón en sus cuentos? Me ha parecido ver que este suave poeta romántico, aunque haya comprobado más de una vez, y en su libro consta, que lo material, los intereses prácticos, triunfan de lo ideal y el ensueño, está convencido que en el sagrado del alma, inviolable, la victoria es del ensueño. No es un gran consuelo, pero no deja de ser una compensación para decepción tanta, pensar que la materia, aun sin comprenderlo y sin esperar de él goce alguno, adorará siempre el espíritu.

«Ediciones Mínimas.»

Los «cuadernos mensuales de ciencias y letras» que editan, bajo el título común de *Ediciones Mínimas*, Ernesto Morales y Leopoldo Durán, son tan simpáticos y útiles, como baratos, y merecen que se los compre y se los lea. Entre los publicados en el segundo semestre de 1916, hay cuatro con páginas que firman otros tantos escritores argentinos: Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Clemente Onelli y Andrés Terzaga.

Yo no sé de qué época son los *Cuentos* de Lugones, reunidos en el cuaderno número 8, pero me parece que han de tener algunos años. Ya no le conocemos ese estilo al admirable prosista, aunque nada le costaría a él, que en estas cosas todo lo puede, repetirlo cuando y como quisiera. Deliciosa lengua la de esos cuentos, pictórica y familiar; muy ingeniosos los cuentos, en los cuales refiere el poeta variados lances de amor entre niños, con traviesa bonhomía y amable candor.

El doctor Ingenieros sabe componer con arte y medida, estos ensayos breves o largos sobre las aptitudes, tendencias, sentimientos humanos, de los cuales es uno la *Psicología de la curiosidad*. Observaciones generales, antecedentes bibliográficos, estudio genético, notas psicofisiológicas, ejemplos literarios, inferencias morales, todo lo ordena hábilmente y lo expone en una prosa fácil y viva. No obstante el valor biológico de la curiosidad, su bibliografía es escasa, por lo que debemos considerar una útil contribución a su estudio, la monografía del doctor Ingenieros.

Escritores argentinos, dije. Como si lo fuera Clemente Onelli, aunque italiano. Conoce el país, sus bellezas naturales y su fauna maravillosa; lo siente, lo ama y sabe describirlo con arte

singular, hecho a la vez de fuerza y de gracia. No es siempre correcta su prosa, ¡pero tiene tanta animación, naturalidad, color! Leemos las *Aguas fuertes del Zoológico*, del afortunado director del mismo, y lo envidiamos. ¿Quién más dichoso que él, que vive en ese edén urbano que es el Zoo, en medio de aquel mundo animal, caudal de observaciones infinitamente variado? Pero se puede observar de muchos modos y el de Onelli es preferentemente agradable. No es un modo muy *sabio*, tal vez — faltan en sus trabajos publicados, cifras y medidas — pero sí encantador. Escruta con intuición poética el alma oscura de los animales, interpreta con piadosa filosofía, teñida de humorismo, sus amores, sus caprichos, sus locuras, sus miserias, y salen de ahí unas narraciones y descripciones notables.

Algunas páginas de las *Líneas* de Andrés Terzaga, aparecieron en NOSOTROS algunos años atrás. No es un literato profesional que se haya desparramado por revistas y libros, ese hombre que allá en su provincia mediterránea, piensa y escribe, solitario, su diario íntimo; no es conocido por el público, pero merece serlo. Fragmentos de ese diario íntimo, son las *Líneas* de que hablo: sumarias observaciones, meditaciones, acotaciones, máximas, si no siempre originalísimas, vertidas siempre con poética originalidad, y a menudo certeras y agudas.

ROBERTO F. GIUSTI.

NOTA. — Por haberme hecho cargo de la sección este mes, no me ha sido posible estudiar debidamente obras de tanta importancia y extensión, como son *América Latina*, de Alfredo Colmo, y *La Argentinidad*, de Ricardo Rojas. Escribiré sobre ellas en el próximo número.

LETRAS ESPAÑOLAS

Ricardo León. — *Los caballeros de la cruz*. — Madrid, 1916.

Un escritor inglés, muy poco conocido todavía entre nosotros, aunque se hable de él mucho, H. G. Wells, ha dicho que los hombres de pensamiento pueden clasificarse en dos grupos, el de los que no piensan nunca en lo porvenir, que consideran el futuro como una especie de no existencia tenebrosa sobre la cual el presente en marcha teje la vida, y el de los que piensan constante y preferentemente en las cosas por venir y contemplan el presente en función de lo que tras de él ya está viniendo.

Wells denomina al tipo a que responden aquéllos el tipo legal o sometido, y al segundo tipo de espíritu lo llama legislador, creador, organizador o soberano, porque perpetuamente ataca y modifica el orden establecido y ve en el mundo como una inmensa cantera y en lo presente nada más que materiales para lo que ha de venir. Este tipo, agrega Wells, existe en un modo activo de pensamiento y es el espíritu de juventud, mientras que el otro existe en forma pasiva y es el espíritu de vejez. Aquél, concluye el escritor inglés, dice que las cosas han sido y que por ellas estamos aquí, mientras que el espíritu creador entiende que estamos aquí porque las cosas deben ser. El señor Ricardo León pertenece indudablemente al primero de los tipos descriptos por Wells. Su preocupación única parece ser lo muerto, lo pasado, lo antiguo, lo desaparecido.

No ha sido siempre así. El autor de «Los caballeros de la cruz», soñó un tiempo con el exterminio de todo lo que en la época actual representa el pasado. Tan extrema fué su actitud en este sentido, que con suave sorna la revista *España* ha llamado al Ricardo León de esos años el Ravachol de Málaga. También puede considerarse al León de hace quince años como un precursor — ripioso — de Marinetti y sus secuaces futuristas. Estas denominaciones las encontrará el lector perfectamente justifica-

das si lee la tronitruante poesía «Demoled», que León publicó en 1902 y que la revista precitada ha resucitado, con la peor intención, en su número de 28 de Septiembre de 1916.

Pero si nuestro autor tuvo flaquezas de esa índole en su juventud, es evidente que su actitud posterior las ha sobradamente borrado. Ricardo León es actualmente y bien sabido lo tenemos todos, el representante más caracterizado en la literatura española, de ese tipo de hombres que dan cara solamente a lo pasado. Su último libro «Los caballeros de la cruz», es la culminación de esa tendencia.

Quiero dibujar — dice León en el capítulo IV — un boceto de psicología española con los rasgos y perfiles más propios y originales de su castiza tradición. Para ello se propone discernir como antecedente lógico, la sensibilidad de la raza, su modo peculiar de sentir la vida, la naturaleza, el arte; contemplar luego la tradición épica de Castilla y después la tradición de la fe; gozar en seguida de los halagos del arte del siglo de oro: relatar finalmente la tradición heroica, las epopeyas del mar y de la tierra. Pero es de notar que en el libro que nos ocupa no se realiza toda esta labor de rememoración. Sólo se comprenden las dos primeras partes de la obra con los títulos de «La sensibilidad española» y «La selva heroica».

Esta actitud en que Ricardo León se ha colocado es, indudablemente, equivocada. En efecto, si en alguna ocasión no han tenido razón de ser los espíritus orientados hacia lo pasado es en el momento actual en que una guerra que es choque recio de dos conceptos de la vida, de dos civilizaciones, de dos morales y de dos filosofías, está exigiendo a cada minuto de los hombres de pensamiento la contemplación ansiosa, inquieta y apasionada de problemas futuros. Abstraerse mientras tanto en la contemplación admirativa de lo pasado cuando la humanidad está viviendo la aurora sangrienta de una nueva edad, complacerse en el sereno relato de pretéritas hazañas de Cides o Roldanes, cuando media Europa en armas choca con la otra media en la más grande contienda que vieron los siglos, deleitarse en las dulzuras de la poesía clásica cuando el retumbar de los cañones y el jadeante andar de los «tanques» preludian la bárbara sinfonía de una nueva poesía heroica, es demostrar por lo menos una ausencia absoluta de esa inquietud espiritual que es el índice de las personalidades superiores.

Por otra parte, Ricardo León es español, y tal condición le creaba nuevos deberes de abandono de lo pretérito y de contemplación de lo porvenir. Muy grande es, en efecto, el pasado español, pero mayor ha de ser su porvenir si consigue que perdure su espíritu en América. Para ello antes que hacer aparecer ante ésta el fantasma de los siglos gloriosos que fueron, debe vigorizar su personalidad actual y presentar a Hispano-América el cuadro de una nacionalidad fuerte, con plena voluntad de vivir y de hacer en lo futuro tanto o más que lo que hizo en lo pasado. Antes de pisar Buenos Aires ya no los decía Ortega y Gasset a los que con él vinimos desde Montevideo. Hay que dejar de hablar, repetía el filósofo, de Otumba y de Lepanto.

Ricardo León no lo entiende así. Ignora seguramente lo que en un libro reciente ha llamado Enrique Pieron, los peligros de la memoria social. Así, dice Pieron, como un exceso de memoria individual constituye un peligro para el pensamiento, la fuerza excesiva de la memoria social puede paralizar el progreso, hacer que los vivos sean gobernados por los muertos, y por eso puede decirse que son felices los pueblos que no tienen historia, pues no corren el riesgo de hipnotizarse en la contemplación de la ruta recorrida.

España ha sentido en carne propia desde el comienzo de la guerra actual, la verdad de esos peligros. Orientados muchos peninsulares hacia el pasado, se han convertido, como bien sabido es, en rabiosos germanófilos. No fueron de éstos los que realmente honran el nombre español fuera de España. Pérez Galdós el primero y tras de él Unamuno, Azcárate, Simarro, Cossío, Buylla, Cejador, Posada, Ortega y Gasset, Zuloaga, Anglada, Alomar, Azorín, Carner, Maeztu, Palacio Valdés, Pérez de Ayala, Valle Inclán, Martínez Sierra y tantos otros, manifestaron desde el primer momento sus simpatías por la causa de Francia y de Inglaterra. Olvidando viejas causas de rencores recíprocos, fija la vista y el pensamiento en lo porvenir, todas esas cumbres españolas se adhirieron a lo que entienden es la causa de la justicia y de la libertad. Gran parte de la clase media y aún mayor porción de pueblo los ha acompañado. Pero otra gran masa de españoles, de espíritu tradicional, de tendencia conservadora, han manifestado en toda ocasión desde 1914 su odio a Inglaterra y a Francia. Estos españoles que tanto daño han hecho y harán a su país con su actitud, son el resultado de actitu-

des como la de Ricardo León, que también, naturalmente, es un decidido germanófilo y que en «Los caballeros de la cruz» remacha su tradicionalismo.

Consta la obra de tres libros. El primero se titula «Lección de siglos», y aquí corresponde señalar la falta de buen gusto que revela el señor León en las denominaciones de los diversos libros y capítulos. Más dignas parecen, en efecto, muchas de esas denominaciones de una novela folletinesca que de una producción literaria superior. El más notable ejemplo de esto lo suministra el capítulo segundo del libro tercero, pero no son menos los títulos de la mayor parte de los demás.

«Lección de siglos» es un himno al pasado humano en general y al español en particular. En un capítulo, el segundo, habla de la dificultad de comprender las cosas pretéritas, sin decir nada que se acerque a aquella exquisita página del malogrado Charles Péguy sobre el mismo asunto. Por lo demás, ya ahí el autor toma el tono de sermón que caracteriza toda la obra y en especial varios capítulos del libro segundo. Saltan a cada paso las admiraciones y, sobre todo, las interrogaciones.

Luego de desacreditar en general a los «varones modernos», que él llama «frutos desazonados y ardientes de una edad compleja y atormentada, curiosos sin medida, impacientes sin freno», el autor se especializa con dos tipos que entiende representativos. Uno es el español que ha viajado por Europa, inteligente, agudo, sensible al arte, gran lector, amigo del progreso. A este tipo el señor León le niega toda capacidad para comprender lo español por vivir «en pugna con todos los sentimientos tradicionales» y afirma que ha de poner en todo «el sello de sus crueles paradojas y de sus ironías». Examina luego el español «que ha leído a Kant», que ha estudiado largos años fuera de su país, y sostiene que su labor es estéril, apagada, inerte, porque a la tierra del pensar alto, sentir hondo y hablar claro», es locura traer «las selvas oscuras de Krause», «los subjetivismos gnósticos de Bergson» u otras cualesquiera logomaquias del Sena o del Rin. «Empapado de sombras extranjeras ¿cómo ha de ver — pregunta León — los resplandores del alma nacional?»

Emprende luego nuestro autor la demostración de que «decir España es decir fe católica», y más adelante con la solemnidad de quien dice una cosa nueva e interesante, nos dice que para juzgar a un hombre o a un pueblo hay que acercarse a ellos lo más que se pueda y estudiarlos en su medio histórico.

Quéjase en el capítulo octavo de lo mal que se conoce a España, en lo cual tiene sin duda muchísima razón, aunque es también indudable que exagera cuando dice que «para el vulgo y para no pocos inteligentes», España es «un país enigmático, algo así como las esfinges y los colosos de los Faraones». Por lo demás, tiene que reconocer y reconoce que en todo tiempo ha habido en todos los países grandes amigos de España. Cita al hacerlo con cumplidísimo elogio «El Solar de la Raza», de Manuel Gálvez. «no en calidad de extranjero, pues nunca habrá de serlo en España un argentino, mas como generoso artista de nuestra sangre». Un libro así, dice, es como un Kempis de doctrina patriótica. Es también con ocasión de la obra de Gálvez que Ricardo León briosa y justamente rechaza el apelativo de «latina» aplicado a esta América española. «¿Por qué — dice — los hijos del León quieren ser hijos de la Loba? ¿A qué mendigar extraños abolengos los mayorazgos de dos mundos, los que venimos de la casta prócer, de los santos y de los héroes?»

Este orgullo de patria y de raza, que es la nota más simpática de la obra, la informa toda y sólo hubiera sido de desear en alguna que otra ocasión una mayor medida en su expresión.

Es quizá esta falta de medida la característica de la obra. Suena demasiado en ella «la trompa intrépida» y el entusiasmo del estilo llega, a la larga, a fatigar un poco.

El libro segundo — «La sensibilidad española» — contiene en diversos capítulos consideraciones que pueden considerarse un intento de refutación al ya famoso discurso sobre los destinos del mundo que en «La révolte des anges» pone Anatole France en la boca de Nectario, refutación que en algunos pasajes, los menos llenos de exaltación católica, no deja de tener bastante gracia y de permitirse certeras ironías. Con todo, no convence más que imperfectamente de que la alegría de vivir encarnara antes que en los claros y serenos griegos en los atormentados místicos.

En el mismo libro segundo se contienen dos interesantes capítulos sobre los sentimientos de justicia y de libertad y los del honor y de la lealtad en los antiguos españoles. Sobre la honra y el honor dice especialmente el autor cosas muy sutiles. Pero lo mejor del libro y de la obra es el elogio de la lengua castellana contenido en el capítulo XIV.

El libro tercero — «La selva heroica» — está dedicado al Cid

en su mayor parte. El héroe nacional es presentado con un cariño extraordinario y comunicativo. La leyenda de Bernardo del Carpio es también bellamente contada en páginas ardientes como las que se refieren a la toma de Granada, que son las últimas de la obra. De ésta, aparte de la orientación, equivocada a mi juicio, a que responde, es de censurar cierto tono magistral que alterna con aquel de sermón a que antes me he referido.

Por lo demás, no puede negársele interés. La transcripción de trozos de prosa y de verso de autores clásicos castellanos le dan, además, variedad y amenidad. Sin embargo, de algunos de esos fragmentos, por demasiado conocidos, pudo haberse ahorrado el señor León la transcripción, así como de algunas páginas demasiado inocentes, para ser leídas sin sonrisa por el lector moderno, como las de Fray Luis, en los «Nombres de Cristo».

CARLOS C. MALAGARRIGA.

BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICA

Mariano Moreno. Estudio de su personalidad y de su obra. — *Tesis presentada para optar al título de doctor en filosofía y letras.* Buenos Aires, 1916; 620 páginas. — Por MATILDE T. FLAIROTO.

Ardua tarea corresponde al bibliógrafo. Preferiría, sin ambages, silenciar sus impresiones acerca del curioso ejemplar de literatura histórica más arriba enunciado, pero debe desdichadamente explayar su juicio sobre el mismo. En el país de los Zeballos, Quesada, César Reyes, Levene y Jara, nunca será atrevimiento lanzarse al público con una obra que, por lo irreprochable, continúa la tradición de semejante florida escuela de polígrafos. Pero la señorita Flairoto, más modesta, adelantó a todos los ensayos hasta hoy habidos, pues aleccionada por tales directores espirituales quiere, definitivamente, asombrarnos con la portentosa erudición de los diccionarios, los catálogos y los registros manipulados con sin igual falta de acúmen y nunca vista manía enciclopédica.

Dudamos que exista quien tome en serio esta tesis; como todas las tesis, pura fórmula de transacción entre profesores displicentes y principiantes exacerbados por la novelería de su reciente sapiencia. No tiene culpa la distinguida autora, sino el medio en que se desarrollara. Pero muy atinadamente en una de las proposiciones accesorias (borceguíes del intelecto universitario) dice que «La educación de la mujer es una consecuencia inmediata de la organización social»; y no lo dudamos, recordando que entre los profesores de la clásica caravana de las portadas y anteportadas, suman multitud, precisamente, los afectos a la poligrafía abundosa e incolora antemencionada.

Juzgue el lector que, luego de 620 páginas estruendosas por lo adjetivadas e inmotivadas, la señorita Flairoto declara humildemente que «no escapa a (su) criterio, la superficialidad con que

(ha) debido tratar un tema de tanta significación histórica...» Delátase aquí la influencia nefasta del más copioso e ineficaz escritor que nuestro continente jamás conociera, y lamentamos muy de veras que, según la socorrida frase, no fuviera tiempo de ser más breve la señorita autora.

Veamos cómo aborda el tema la erudita doctora. Por supuesto tiene un propósito definido acerca de cierta personalidad y su obra. Determinado así el objeto, confiesa que «la investigación de la verdad histórica, debe basarse en los conocimientos de la eurística y en las fuentes de la Historia». La proposición accesoria que encierra este postulado metodológico, de ser analizada nos conduciría a un terreno donde no nos podría seguir la autora distinguida. Pero no es óbice para que, *prima facie*, nos sorprenda tan singular verdad recién descubierta por la normalista y en un todo conforme a la ya revelada por el profesor doctor Levene en cierto sesudo estudio: «como trabajo de reconstrucción histórica el de la historia jurídica... debe ajustarse a todos los preceptos y exigencias técnicas, que impone la crítica histórica». La señorita Flairoto opina como el profesor Dr. Levene, acerca de las fuentes de la Historia, y por eso en el transcurso de su obra no hemos visto aparecer los pocos documentos emanados directamente de Moreno, y que pudieron salvarse de la celosa vigilancia de sus descendientes. Las cartas de Moreno publicadas en la *Revista Nacional*, y en la *Correspondencia*, etc., del general Mitre, escaparon a la decidida sostenedora de la *eurística* y de las *fuentes*, como también la *gran risa* de Moreno frente a las desdichas de Agrelo, recordada por éste en su *Autobiografía*.

La señorita Flairoto no tiene de ello la culpa. Su propósito era: «Antes de entrar al estudio de la personalidad de Moreno y de su obra de redención patriótica, estudiar el medio que sirvió de teatro a sus ocupaciones, para demostrar, convencida, que si su vida y su acción tuvo errores, no fué él responsable únicamente, sino la época en que vivió». El patriótico designio no debía ocuparse de nimiedades. Su esfera de acción era mucho más amplia: debía penetrar con mirada de águila en la profunda tiniebla de los tiempos. Por eso sigue: «El siglo XV, había sido para España... etc., etc., etc.», del mismo modo y con igual énfasis que cuando comenzamos: «Había una vez un rey...».

Parece olvidar que el expediente sobre «admitir a comercio los efectos ingleses», originó una discusión en la cámara de diputa-

dos, de la que resultó que la dirección del archivo general de la nación había falsificado el documento. Pero la señorita Flairoto que sabe aprovechar las lecciones de sus profesores, menosprecia las enseñanzas de la vida y consiguientes correctivos. ¿Cómo pudo escapársele que E. S. Zeballos afirma que hay dos representaciones de Mariano Moreno, una publicada y otra inédita? El juicio de este último, que nunca sabemos si tomar a la burla o a la yera, no tiene, por supuesto, más asidero que la pretensión de una fantasía pintoresca, pero era de toda obligación destruirlo; cosa que, *ça va sans dire*, no hace la señorita Flairoto, ocupada como se halla en recitarnos lo que no nos aprovecha ni interesa.

El lector juzgará qué valor tiene el trabajo de la normalista con respecto de los antecedentes. Es un cúmulo de trivialidades dispuestas en líneas impresas, que tan solo prueban la resistencia física de la escritora.

Como podría parecer algo dura dicha afirmación, nos remitimos a unos cuantos ejemplos entresacados al azar:

a) *El puerto de Buenos Aires era inaccesible a las mercaderías: éstas, no podían penetrar directamente a las colonias del Río de la Plata, venían desde Portobello, por el Perú.*

La absurdidad de esta afirmación, no corre por cuenta de la autora, sino de los profesores. Así Levene ilustra con un grabado la ruta imposible (sin perjuicio de contradecirse) y Quesada hace que los buques lleguen a Panamá, atravesando el istmo (cuando aún no existía el canal, como bien puede sospechar el lector).

b) *Los códigos creados para regimentar la vida de la colonia, las llamadas leyes de Indias;... Las colonias se regían por el Código Civil Español y las Leyes de Indias;... Estas leyes no se aplicaban, se conservaban en los archivos del Cabildo o de la Audiencia, llenas de polvo (!!!); la falta de uso las hizo olvidar y llegó el momento, en que esa legislación se había declarado ineficaz y caduca...*

Horror!

c) *Por disposiciones reales, se dividieron las tierras de Indias en doce intendencias...*

Calcule el lector si es posible resistir estas andanadas. Y no crea que por escrupuloso afán de señalar desatinos los rebuscáramos con fruición malévolá. No. Ellos están en todas las páginas, en todas las líneas, en todas las palabras... ¿Quién resiste la

pujanza de esta terrible normalista, cuando nos asegura hablando de Buenos Aires colonial: que:

Las casas eran uniformes, todas del mismo color e igual altura, respondiendo a un tipo arquitectónico importado (!!!) de España, y en el que se había eliminado las ventanas. (pág. 13)?!

Pobre Moreno! ya no se reconocería en dicho medio, por cierto. Y, quizá dudaría de sí mismo cuando oyera de la señorita Flairoto: «*La vida de nuestro héroe evoca la de Franklin, con el que tenía fisonomía física e intelectual parecida...*»

¿De veras? ¿y cómo lo sabe?

Nuestra crítica no alcanza a la autora. El mal proviene de los profesores, detestables influencias, perniciosos métodos, y suficiencia enfática que engríe a los esportilleros de necesidades acumuladas en décadas de ignorancia. Sálvese el país de tales gangrenas, y algo mejoraremos. Pero entretanto no deje crecer la Facultad de Filosofía y Letras a los vástagos de polígrafos arrumados definitivamente por el buen sentido y el sereno afán de corrección mental que hoy nos domina.

DIEGO LUIS MOLINARI.

En los próximos números analizaremos las siguientes obras: «Universitarios de Córdoba», por el Pr. Cabrera; «El descubrimiento de Tucumán», por R. Jaimes Freyre, y «El general don Tomás Guido y el paso de los Andes», por R. Guido Lavalle.

NUESTRO TEATRO EN EL AÑO 1916

Con diferencias de días, en el mes de Diciembre dieron por terminada la temporada las tres compañías nacionales de importancia que actuaron durante el año fenecido: las de los teatros Buenos Aires, Argentino y Apolo.

El año teatral ha sido bastante fecundo, y lo hubiera sido aun más si el extraordinario éxito de cartel de algunas de las obras estrenadas no impidiera la presentación de otras que esperaban turno.

De las tres compañías citadas, la única que, a nuestro juicio, ha cumplido dentro de lo relativo un programa de arte serio, fué la del teatro Buenos Aires; en el Apolo y especialmente en el Argentino, los autores fabricaron sus obras teniendo en vista al señor Casaux o a los señores Parravicini, Podestá y señora Rico respectivamente. De este modo, la mayoría de las obras presentadas en los dos últimos teatros carecieron de espontaneidad y frescura; se notaba demasiado en ellas el pie forzado. Sin embargo, el talento de algunos de los autores de esas piezas supo salvar aparentemente esas deficiencias y así pudieron construir obras que durarán en su repertorio.

De los autores que suele llamarse *de cartel*, sólo cuatro creo que salvarán sus estrenos del olvido: César Iglesias Paz, con *Ei vuelo nupcial*; Enrique García Velloso, con *Mama Culepina y 24 horas dictador*; Julio Sánchez Gardel, con *La llegada del batallón*, y Alberto Ghirardo, con *Doña Modesta Pizarro*.

En cambio, a este año pasado le debemos la revelación de tres talentos, de los que mucho puede esperar nuestro teatro, por su juventud y su cultura, condición esta última tan digna de tenerse en cuenta cuando se habla de teatro nacional. Nos referimos a Roberto Gache, autor de *Nuestras dueñas*; Samuel Linnig, de *La túnica de fuego* y Alberto E. Uriburu, de *Rejas de oro*. De cada una de estas obras me he ocupado oportunamente por sepa-

rado, de modo que ahora me limito a reiterarles mi aplauso con la seguridad de que me volverán a dar oportunidad de hablar de ellos favorablemente en el corriente año.

Belisario Roldán, cuya primer obra — la mejor de todas las que ha escrito — nos hizo confiar en él, nos ha reeditado en 1916 el teatro romántico de don Martín Coronado, que si hace quince años ya era anticuado, se le toleraba por tratarse de un hombre de otra época, pero que en Roldán nos resulta insoportable, precisamente por tratarse de un hombre de talento muy moderno.

Un cierto género de obras, un poco fuera de la literatura — piezas cómicas, de chiste discreto y argumento no disparatado — ha obtenido en los últimos tres años el éxito más inesperado. En 1914, *Las curas milagrosas* de Diego Ortiz Grognet; en 1915, *El distinguido ciudadano* de los señores Casariego y Saldías, y en 1916, *El movimiento continuo* de los señores Discepolo y De Rosa. Las tres obras fueron escritas expresamente para el señor Cassaux, nombre que debe ir inseparablemente unido a los mencionados éxitos. En su género, las tres obras llenan su objeto y justifican plenamente su triunfo. No creo, por esto, que sea del caso indignarse por las preferencias del público. A lo más esto revelará que las obras tituladas serían estarán mal realizadas o que la gente, entristecida por tanto dolor como agobia al mundo, se decide gustosa por un rato de buen humor. Lo único peligroso sería, pero esperamos que el buen sentido lo impedirá, que todos los autores se lanzaran por esa senda, en vista del buen resultado práctico.

Otro género de obras, que ya creímos bien muerto y enterrado, ha resucitado este año, tomando desprevenidos a muchos incautos que en el desconcierto actual, creyeron ver en dichas obras una ráfaga del aire fuerte y puro de nuestras pampas, en lo que no era nada más que una racha del aire fétido del suburbio. Nos referimos a la obra netamente criolla, *nacionalista*, en el peor concepto del vocablo, antiextranjera, que quiere hacernos creer que en el gaucho y en sus virtudes están todas las bellezas del alma nacional. No, amigos, estamos en el siglo XX y no creemos ya en los fantasmas. Y el gaucho, tal como ustedes nos lo pintan, no es sino un bello fantasma. Muy al contrario, cuanto antes debemos desterrar de nosotros, todo lo que aun nos queda del gaucho, si es que queremos civilizarnos, europeizarnos, de una vez por todas.

Dos obras han representado en el año 1916 esta maléfica tendencia: *Las víboras* del señor González Pacheco y *El gaucho Robles* de los señores Casariego y Saldías. La primera, obra en un acto, se estrenó en uno de esos teatros por secciones, en que se cultiva la sicalipsis nacional, y hubiera pasado inadvertida, si la ciega amistad de algunos periodistas no se hubiera complicado, para presentarla como modelo de pieza sobria y fuerte.

Con todo, esto no tendría mayor trascendencia, si el asunto terminara ahí. Pero no fué así: esos buenos amigos formaban parte de la *Asociación de la crítica*, y como miembros de ella, tuvieron la infeliz ocurrencia de organizar una *Fiesta del Teatro Nacional*, en la que se representaría un acto de cada una de las obras que ellos consideraran mejores entre las representadas en los teatros Buenos Aires, Argentino y Apolo, únicos que se podían tomar en cuenta, para un propósito serio. Pero, como entonces quedaría excluída *Las víboras*, hubo que agregar también al Teatro Nuevo. De los otros teatros mencionados, eligieron, *al azar*, un acto de *El vuelo nupcial*, uno de *24 horas dictador* y uno de *El movimiento continuo*. Después, nombraron un jurado *ad-hoc* y organizaron el festival. El nacionalismo declarado o incipiente de los jurados hizoles pensar que debía premiarse la tendencia de *Las víboras*, pero, con todo, no se atrevieron a dar el primer premio a obra tan mala y quisieron compartirlo con *El vuelo nupcial*, premiando también a las otras dos obras y a los artistas que las interpretaron. Es decir, trataron de dejar contento a todo el mundo.

Pero entonces, ¡oh sorpresa! la *Asociación de la crítica*, en plena manía suicida, firmó su propia sentencia de muerte: declaró nulo el fallo del jurado y otorgó el primer premio a *Las víboras* y el segundo a *El vuelo nupcial*. Digno final de Norma, de tan zarandeada asociación, y que vino a justificar lo que tantas veces dije a uno de sus iniciadores, cuando se trataba de fundarla: de que antes de formar la Asociación, había que formar los críticos. Creo que ahora, él está tan convencido como yo de esa verdad.

He ahí, pues, como ha terminado nuestro año teatral: premian-do los críticos una obra mala como realización y como tendencia y que si no fuera por las razones expuestas, hubiera pasado inadvertida.

LIBROS VARIOS

«La Higiene en México», por el Ing. Alberto J. Pani. México, MCMXVI.

Es éste un libro muy interesante que nos ha llegado de Méjico, con observaciones y datos estadísticos que pueden ser de grande utilidad para quienes entre nosotros se ocupan en materia de higiene social. El gobierno constitucionalista ha sufragado el costo de la publicación de este libro; y como en él se propone el autor «exhibir una de las menos conocidas y más nefastas y vergonzosas herencias del pasado, para que sea combatida con toda la fuerza que puedan desplegar el gobierno y la sociedad actuales», el producto bruto de la venta de los 6.000 ejemplares editados será puesto a disposición de la Universidad Popular Mejicana, que allá trabaja esforzadamente por la cultura del pueblo bajo y de su elevación material y moral.

Basta la lectura de un libro como éste, inspirado en los criterios sociales más adelantados, para formarse idea de la obra revolucionaria que está realizando, en el mejor sentido del término, el gobierno de Venustiano Carranza. En él leemos que es «vergonzoso» el atraso en que Méjico se encuentra, como país civilizado, «por la insignificante protección que nuestras autoridades han impartido siempre a la vida humana»; conocemos las condiciones de hecho, bien documentadas, de ese atraso en materia de salubridad pública (Méjico es la ciudad más insalubre del mundo: la mortalidad anual es del 42.30 por 1000!); seguimos el análisis circunstanciado de las causas de dicha insalubridad — los caracteres físicos del medio, los factores del medio urbano: población, alimentación, habitación, etc. — y vemos expuestas las excelentes recomendaciones generales para que tal estado de cosas cambie, sólo posible por el mejoramiento intelectual, moral y económico del pueblo. «La asquerosa corrupción de los de arriba y la inconsciencia y miseria de los de abajo» —

han determinado, según el autor, dicho estado de cosas: contra ambas, sobre todo contra la segunda, combate su batalla civilizadora este buen libro.

«**La Moneda Colonial del Plata**», por Ricardo Levene. Buenos Aires, 1916.

Este estudio de 86 nutridas páginas, antes publicado en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, no se propone abarcar el vasto plan que el autor esboza para el conocimiento completo de la moneda indiana, sino uno solo de los varios tópicos que dicho plan comprende, a saber, el que el autor titula: «La moneda en el Plata hasta 1810».

Entiende el doctor Levene que «dentro del medio general de la historia económica de un pueblo, y en una época dada, una investigación sobre la moneda es acaso el punto de unión en que todos los demás fenómenos económicos se enlazan»; y, convencido como está de la fundamental importancia del factor económico en el determinismo social, dedica ahora sus pacientes rebuscas al estudio de la moneda, con cuya historia sabe que fija los hechos «reales» de la dominación española en el Plata, no los meramente «formales».

Nos sería imposible en esta nota informativa seguirlo al autor en su investigación sobre la moneda, es decir, sobre la evolución económica de lo que genéricamente llámase el coloniaje: 1.º, desde los orígenes hasta la fundación de la aduana de Córdoba (1622); 2.º, de 1622 a la licencia acordada en 1721 a favor de Salvador García Posse, de internar géneros y efectos por el puerto de Buenos Aires hasta los distritos de las audiencias de Charcas y reino de Chile; 3.º, de 1721 a 1777, fecha en que el virrey Ceballos prohibió extraer metales por la vía de Lima y abrió el puerto de Buenos Aires; 4.º, desde esta fecha hasta fines del virreinato.

No sabríamos afirmar ni negar la importancia de estos jalones que planta el doctor Levene, y dar nuestras razones, por lo tanto, para aceptar o no la división que él propone de la historia económica del Plata bajo la dominación española. Quede ello para los especialistas: nosotros, sin perjuicio de las observaciones críticas que este interesante estudio pueda merecerle al crítico de nuestra sección de historia, cuando se ocupe de él, hemos de alabar en el doctor Levene, como ya en otras ocasiones lo hemos

hecho, la abundancia de su documentación, su método y claridad expositivos y el decidido empeño en animar los hechos económicos del Plata, durante el coloniaje, para contribuir a darnos, junto con otros pacientes investigadores, la historia real de aquel dilatado período.

«**Problemas Pavorosos**», por Félix Ortiz y San Pelayo. Librería «La Facultad» de Juan Roldán. Buenos Aires, 1915.

«**Los Vascos en América**», por Félix Ortiz y San Pelayo. Librería «La Facultad», de Juan Roldán. Buenos Aires, 1915.

Problemas Pavorosos ha titulado el señor Félix Ortiz y San Pelayo la colección de artículos con que se propone sin duda poner orden y concierto en «la confusión de ideas que por obra del liberalismo reina en el mundo». Confesamos que lo único pavoroso que hemos encontrado en el libro es el libro mismo. No sospechábamos siquiera que existiesen en el siglo veinte, hombres como el señor Ortiz y San Pelayo. Tiene la mentalidad de un inquisidor del siglo XVI y no lo oculta: al contrario, con frenético ardor, que de veras admiramos, se lanza a la batalla contra esta «sociedad atea», y nada de lo que los hombres aman o anhelan hoy día, perdona su elocuencia convulsa de inspirado, todo lo que aborrecen o rechazan, tiene en él un defensor y un apologista ciego y violentísimo. Hay que leer este libro para creer.

Nosotros somos tolerantes con todas las ideas, cuando son sostenidas con sinceridad, como trátase sin duda en el caso presente; pero debemos declarar formalmente que hasta las del señor Ortiz y San Pelayo no podemos llegar. Nos separa un abismo infranqueable. Somos hombres de distintos mundos, de distintos siglos.

Más simpático es el libro *Los Vascos en América*, editado por el mismo autor. Inspirado por el cariño a la tierra lejana, acendrado por la distancia y el tiempo, trata de lo que los vascos han hecho y representan en América, de la historia de la sociedad «Laurak-Bat» y de los problemas políticos de las provincias éuskaras, a las cuales consagra sendos capítulos afectuosos.

«**Oro Viejo**». — Primera serie. Por Josué A. Quesada, con un prólogo del doctor Pastor S. Obligado. Buenos Aires, 1916.

El autor de estas crónicas — relatos de vidas longevas de nuestra alta sociedad — que es un periodista inteligente, ha de saber y comprender antes que nadie, que no nos entusiasma gran

cosa esa literatura. Este libro, destinado a ser leído y comentado con natural placer en las casas ricas y de abolengo criollo, que han conocido y amado, o conocen y aman, a las nobles damas y fuertes caballeros que desfilan por sus páginas, a nosotros, los hombres de esta revista, llegados un poco de todas partes, jóvenes la mayoría y sin abolengo la casi totalidad, no nos puede interesar. Acaso lo lograra si en vez de ser un libro para *la sociedad*, lo fuese para los hombres de letras, evocándonos bellamente los tiempos idos, de los cuales son últimos testigos personales esas damas y esos caballeros; pero el señor Quesada no ha pretendido hacer tanto. Su trabajo es meramente periodístico, y tiene de la crónica y el reportaje periodísticos la frivolidad y el corto interés. Lo hemos recorrido con curiosidad, hemos recogido en él algunas informaciones interesantes sobre el pasado, y nada más.

- «**Monumento al Gaucho**». Lectura dada en la sesión de la «Junta de Historia y Numismática Americana» el domingo 7 de mayo de 1916, por Carlos María Urien. Buenos Aires, 1916.
- «**Fechas Históricas. Las Efemérides del día 24 de Mayo**». Conferencia familiar dada en los salones de la Biblioteca «Sarmiento» en Morón la noche del 24 de Mayo de 1916, por Carlos María Urien. Buenos Aires, 1916.

Los trabajos iniciados por una comisión de jóvenes para erigir un monumento al gaucho, trabajos que parecen prosperar y contar con la aprobación de muchos universitarios y hombres de letras, determinaron al señor Carlos María Urien a leer en la Junta de Historia y Numismática, meses atrás, una memoria sobre aquel tipo social de antaño, la cual ha aparecido ahora editada en un folleto. El autor afirma en él de entrada que «el gaucho no representa nada, y si dice algo será de barbarie y nada más», y a continuación sostiene su afirmación con abundantes pruebas y argumentos. Declara así que «en los ejércitos de la independencia, salvo los secuaces de Güemes... nunca hubo gauchos»; que el gauchaje es el caudillismo, de donde «gauchos en el poder, quiere decir barbarie»; que la actuación de aquél dentro de la evolución orgánica de nuestra sociedad tampoco fué eficiente, pues era vagabundo, indolente, rehacio al progreso y al trabajo; y por fin, que ni siquiera los retoños de él surgidos dentro de la vida de la ciudad, han perdido sus vicios atávicos, y son por eso *guarangos* y *compadres*, malignos, rencorosos y vengativos, enemigos de toda

cultura, duros, fríos, indisciplinados y *retobaos*, «que así se les denomina porque tienen más vueltas que un lazo».

Completa esta argumentación la réplica a algunas observaciones formuladas a la lectura del señor Urien por otros miembros de la Junta: en estas aclaraciones el señor Urien documenta abundantemente la siguiente afirmación: «que no fueron gauchos los que sostuvieron la autoridad del gobierno del presidente Sarmiento en 1874».

El otro folleto que nos ha remitido el mismo autor contiene una conferencia dada en Morón en mayo pasado, que revela en el señor Urien una prodigiosa asociación de ideas. ¡Qué variedad de temas! A saber: los versos de Zorrilla en la tumba de Larra; las aventuras en Cuba y la Argentina del periodista español Juan Martínez Villergas; su famoso «Sarmienticidio»; su polémica con Juan María Gutiérrez; lo que eran las tertulias literarias en la librería de Casavalle y quienes asistían a ella, con el respectivo retrato y complementarias anécdotas de López, Mitre, Lamas, Sarmiento, Burmeister, Vicente Quesada, Navarro Viola, Trelles, Zinny, Angel J. Carranza, Pelliza, Guido Spano, Goyena, Varela, Estrada, Sastre, Andrade, Mansilla, Lucio V. López, Groussac, etc. — todo esto, sin contar otras cuestiones accesorias, marginales o incidentales, en el preámbulo —; después viene la historia del día 24 de Mayo de 1810; y la de la batalla de Pichincha (24 de Mayo de 1822), previo, naturalmente, el documentado y extenso relato de la campaña del Ecuador; y la de la batalla de Tuyutí (24 de Mayo de 1866); a continuación unos recuerdos sobre el origen probable del pueblo de Morón, amenizados con una disertación sobre la política económica de España durante el coloniaje, las comunicaciones dentro del territorio, recitación de versos de *La Cautiva*, el combate de Puente de Márquez, algunas cosas más, y después, ¡oh sorpresa!, el doctor Urien concluyó agradeciendo y pidiendo perdón al auditorio al que temerariamente suponía «sin duda un tanto fatigado de escuchar al conferenciante». ¿Lo habrá perdonado el auditorio? Bueno; cierto es también que él hizo la salvedad: «Caiga la culpa y la censura del error cometido, sobre la persona o personas, que con muy buena intención sin duda, solicitaron el uso de mi palabra en este día memorable». La persona o personas que con muy buena intención sin duda solicitaron el uso (pero no el abuso) de la palabra, al señor Urien, si son vecinos de Morón, ¿se atreverán a vivir todavía en ese simpático pueblo?

«El Socialismo y el Principio de Nacionalidad». — Conferencia dada en la «Juventud Internacional» el 27 de Septiembre de 1916, por Adolfo Dickmann. Biblioteca «Nuevos Tiempos». Buenos Aires, 1916.

En esta conferencia, extensa y documentada, el diputado Dickmann discute la cuestión de si son o no inconciliables al patriotismo y el internacionalismo, punto oscuro, como es notorio, de la ideología socialista, debatido en más de un congreso extranjero y argentino, y ahora puesto como nunca a la orden del día por la guerra y la consiguiente renovación de valores morales e ideales.

El autor pasa en revista la actitud espiritual entre nosotros del partido socialista ante aquella cuestión, desde su fundación hasta la fecha, y el pensamiento de sus hombres dirigentes; expone luego el propio; analiza la faz doctrinaria de la controversia y qué se ha sostenido al respecto en Europa, por publicistas y congresos, desde «el manifiesto comunista» de Marx y Engel, y concluye sosteniendo lo que ha sido su propósito mostrar a través de la entera conferencia: que nada se opone a esa conciliación bien entendida, que es necesario cuidar «de la autonomía de las naciones para constituir la federación armónica y libre de todos los pueblos de la tierra».

«Don José Selgas». — *El Prosista*. — *El Poeta*, por R. Monner Sans. Buenos Aires, 1916.

En este opúsculo, extractado de la *Revista de la Universidad*, hemos leído la conferencia dada por don R. Monner Sans en el Colegio Universitario de Buenos Aires, el 10 de Agosto de 1916, sobre José Selgas.

Confesamos que lo teníamos algo o mucho olvidado a José Selgas, cuando este trabajo sobre él del distinguido profesor español, nos vino a refrescar su nombre en la memoria. Muy elogiado en su tiempo, con exceso, hoy día nadie se acuerda de él. No puede negarse, sin embargo, si ha de hacerse justicia, que fué en prosa y en verso un escritor delicadísimo, aunque ligero y sin profundidad, un ágil y fino talento literario, que ha dejado una obra inconsistente. No es esto lo que propiamente dice el señor Monner Sans, de Selgas, por quien siente admiración y gratitud y cuya vida y labor analiza con cariño; pero, sí es lo que se lee entre líneas en su trabajo, no sabemos si queriéndolo él o no, y lo

que se infiere de la lectura de los trozos transcriptos como ejemplos.

«**El Filósofo**». Presentación de don José Ortega y Gasset por Alberto Rouges. Tucumán, 1916.

En una elegante *plaque* ha publicado el señor Alberto Rouges las «palabras con que fué presentado don José Ortega y Gasset con motivo de las conferencias de extensión universitaria pronunciadas por éste a pedido de la Universidad de Tucumán». Es una bienvenida sobria y noble que merece ser leída.

«**Ensayos literarios, jurídicos, históricos**», por Horacio H. Dobranich. Buenos Aires, 1916.

El doctor Horacio H. Dobranich ha reunido en un volumen varios ensayos sobre asuntos diversos: algunas breves monografías — posiblemente escritas por él mientras cursaba sus estudios — un discurso y dos reseñas literarias, sobre Becquer la primera, la segunda sobre *El epigrama*.

Este libro, como los anteriores del autor, prueba en él una voluntad de estudio y de trabajo, muy simpática. También acaba de publicar el señor Dobranich, en un folleto, un estudio literario sobre *El madrigal*.

Otros libros y folletos recibidos

TRATAMIENTO DE LOS PORTADORES DE GÉRMENES Y SU IMPORTANCIA EN LA TRANSMISIÓN DE LAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS, por el doctor Salvador Mazza, jefe de la sección Bacteriológica del Laboratorio de la Sanidad Militar. Trabajo presentado a la Sección Medicina e Higiene Sociales del Congreso Americano de Ciencias Sociales de Tucumán. Buenos Aires, 1916.

DISCURSO pronunciado por el diputado nacional don Julio A. Costa, representante del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en el Centenario del Congreso de Tucumán.

DISCURSO pronunciado el 5 de Julio de 1916 en Tucumán en la sesión inaugural del Congreso Americano de Ciencias Sociales, por Adolfo Esquivel de la Guardia, delegado de Guatemala. 1916.

ATENEO DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS. Buenos Aires, 1916.

Dr. Raúl Villarroel. MI DEFENSA. (Datos biográficos, juicios, etc.). Santa Fe, 1916.

¡PELA HUMANIDADE! (Igreja e Apostolado Pozitivista do Brazil. Publicação do anno 128. 1916).

EL FARMACÉUTICO EN EJERCICIO. Su carácter civil ante los Poderes Judiciales. Por José Oto. Buenos Aires, 1916.

EL PROGRESO AGRÍCOLA DE LA NACIÓN Y LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA. Reseña histórica escrita por Emilio Frers, ex presidente de dicha sociedad, con motivo del 50.º aniversario de su fundación. Buenos Aires, 1916. (220 págs.).

HOMENAJE DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES AL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL. Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. 1916.

República de Panamá. Asamblea Nacional. MATRIMONIO Y DIVORCIO. Informe sobre un Memorial del Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis, por Pedro López, diputado por la provincia de Veraguas. Panamá, 1916.

ENSAYO SOBRE UNA FÓRMULA DE DERECHO UNIVERSAL, por Vicente Fidel López. Santo Tomé (Corrientes). Junio de 1916.

BALADA DE LA CARCEL DE READING, por Oscar Wilde. *Ediciones Minimas*. Cuadernos mensuales de Ciencias y Letras. Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán. N.º 7. Buenos Aires, 1916.

LAS CAMPANAS Y OTROS POEMAS, por Edgar Poe. Traducción de Carlos Arturo Torres. *Ediciones Minimas*. N.º 9. Buenos Aires, 1916.

EL OCASO DEL SOL (Apóstrofe a Almafuerte), por Manuel J. Crémieux. Buenos Aires, 1916.

LOS SISTEMAS TEOLÓGICO, METAFÍSICO Y POSITIVO, EN LOS ESTUDIOS PRIMARIOS, SECUNDARIOS Y SUPERIORES. La influencia trascendental de la instrucción general en el bienestar o malestar de los pueblos. Universidad Popular de Santa Fe, anexa al Centro Provincial del Libre Pensamiento. Santa Fe, 1916.

TRATAMIENTO DE LA FIEBRE TIFOIDEA POR LA VACUNA DESSY. Tesis presentada para optar al título de doctor en medicina por Roberto Maglione. Buenos Aires, 1916.

EL ALMA PARAGUAYA (Apuntes de viaje), por Antonio Juliá Tolrú (Oscar Tarloy). Publicado en el diario *Santa Fe*.

BREVE RESUMEN HISTÓRICO DE LAS RELIGIONES ANTIGUAS Y MODERNAS. (La lenta y gradual emancipación mental), por el doctor Raúl Villaroel. Buenos Aires, 1916.

¡SALVEMOS LA CIENCIA MODERNA! Discurso pronunciado en el

Congreso del L. P. de 1916, en la fiesta de la clausura, por Raúl Villarroel. Buenos Aires, 1916.

SUPERIORIDAD DE LA ENSEÑANZA POSITIVA. Trabajo presentado en el Congreso Americano del Niño, reunido en Buenos Aires en la fecha del centenario, por Raúl Villarroel. Santa Fe, 1916.

LO INVULNERABLE. Comedia de Gustavo Sánchez Galarraga. (Los Contemporáneos). «La novela cubana». Revista mensual. Agosto 1.º, 1916. Epoca 2.ª, año 1.º, n.º 1. Habana.

ROSALBA. Comedia de León Ichaso y Julián Sanz. (Los Contemporáneos). «La novela cubana». Setiembre 1.º, 1916. Epoca 2.ª, año 1.º, n.º 2. Habana.

EL FALSO EJEMPLO. (Ensayo de novela). Higinio J. Medrano. «La novela cubana». Octubre 1.º, 1916. Epoca 2.ª, año 1.º, N.º 3. Habana.

GONZALO DE QUESADA. Discurso pronunciado en la sesión solemne que celebró la Academia Nacional de Artes y Letras al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Gonzalo de Quesada, el 9 de enero de 1916, por el académico doctor José María Carbonell, presidente de la sección literatura. Publicado por acuerdo del comité «Gonzalo de Quesada», fundado para perpetuar su memoria. Habana, 1916.

LA TRATA DE NEGROS. Datos para su estudio en el Río de la Plata. Por Diego Luis Molinari. Prólogo al tomo VII de los *Documentos para la Historia Argentina* publicados por la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1916. (De este excelente estudio, minuciosamente documentado, editado en un folleto de 97 nutridas páginas, nos ocupamos en el número 90, al tratar del tomo VII de los *Documentos para la Historia Argentina*, al que sirve de introducción. Lo acompañan tres notables mapas de los puertos habilitados en España y América).

LA NACIONALIDAD Y LA OBRA DE AMEGHINO. Buenos Aires. Imprenta de *El Pueblo*, 1916.

IDEALES, por Alfonso Castro. Tip. Comercial. Medellín.

LA INMIGRACIÓN ISRAELITA, por M. Bronstein. (Extractado del «Boletín Mensual del Museo Social Argentino»), núms. 59-60, noviembre-diciembre, 1916. Buenos Aires.

V. DE LA PLAZA, presidente de la República Argentina. Mensajes de apertura, seguidos de un apéndice que contiene otros varios documentos. Buenos Aires, 1916.

PRESIDENCIA PLAZA. Mensajes y Proyectos de Ley. Primer tomo: 1913-1914; segundo tomo, 1915. Buenos Aires, 1916.

PRESIDENCIA DE LA NACIÓN. DOCTOR ROQUE SAENZ PEÑA. IN MEMORIAM. Buenos Aires, 1916.

PARALELO AL LIBRO: SIMULACIÓN Y LUCHA (en preparación) por T. Piegari. Buenos Aires, 1916.

LOS POETAS JÓVENES. Conferencia pronunciada en la Sala de la Biblioteca Pública de Caballito, por Carlos Max Viale. Buenos Aires, 1917.

LA RELIGIÓN EN LA SOCIEDAD ARGENTINA A FINES DEL SIGLO XVIII, por Julio Noé. Buenos Aires, 1916.

X. X.

NOTAS Y COMENTARIOS

Editorial-América.

Ya repetidas veces hemos ponderado en estas páginas la valiosa obra de cultura que realiza el ilustre escritor venezolano R. Blanco-Fombona mediante las ediciones de la empresa que él ha fundado en Madrid con el nombre de *Editorial - América*, y dirige con competencia y amplitud de miras indiscutibles. Tres clases de publicaciones hace la *Editorial - América*. La primera de Literatura, bajo el título de *Biblioteca Andrés Bello*; la segunda, de publicaciones hace la *Editorial - América*. La primera de *Ciencias Políticas y Sociales*.

La *Biblioteca Andrés Bello* ha publicado ya veinte volúmenes, cuya lista completa hemos publicado varias veces en la sección de anuncios. Después del *Facundo* y de *El hombre de oro*, novela de Blanco Fombona, libros ambos que tuvieron en NOSOTROS especiales y extensos comentarios — disintió el crítico de la revista con el prólogo de Blanco-Fombona al *Facundo*, — han aparecido: de Rubén Darío, *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos*; *Idola fori*, reedición de aquel admirable ensayo sobre las supersticiones políticas, del malogrado pensador colombiano Carlos Arturo Torres, que tan justamente fué celebrado por los más nobles espíritus de América; de Pedro Emilio Coll, *El Castillo de Elsinor*; de Julián del Casal, *Sus mejores Poemas*, selección de los más bellos versos de aquel admirable iniciador del modernismo en América, junto con Darío y Asunción Silva, muerto muy joven, en 1893, y tal vez más citado que leído; de Armando Donoso, el culto crítico chileno, *La sombra de Goethe*, colección de notables ensayos sobre la literatura alemana de todos los tiempos, reunidos en volumen por primera vez, y que fueron especialmente tratados en estas pá-

ginas en la sección correspondiente en el número anterior: de Alberto Ghirardo, nuestro compatriota ahora en Madrid, una reedición de sus *Triunfos Nuevos*, que lleva por prólogo un artículo de aquel noble espíritu que fué Juan Mas y Pi, tan prematura y cruelmente arrebatado a sus amigos y a las letras argentinas; de Gonzalo Zaldumbide, un libro sobre *La evolución de Gabriel d'Annunzio*, amplio estudio ya publicado en 1909 y ahora reeditado con un extenso apéndice que trata de la actitud de la crítica frente al gran poeta en los últimos años; y por último dos novelas, recientemente llegadas: *Vidas oscuras*, de Rafael Pocaterra, y *La conjura*, de Jesús Castellanos.

La *Biblioteca Ayacucho*, después de los primeros tomos publicados, de los que dimos noticia oportunamente meses atrás, ha dado a luz las *Memorias de un oficial del ejército español*, escritas por el capitán Rafael Sevilla. Estas memorias sobre las «campañas contra Bolívar y los separatistas de América» — Sevilla formó parte del ejército pacificador de Morillo, desde 1815, hasta después de Carabobo, en 1821, — lleva al frente una apreciación de Blanco-Fombona, original y aguda como todo lo que sale de la pluma de este escritor, cuyos juicios son discutibles a veces, pero cuyo talento e independencia de espíritu no lo es nunca. De estas *Memorias*, de indudable valor histórico, dice el prologuista: «... son amenísimas. Episodios ridículos o sublimes, paisajes y tipos pintorescos, horas de risa y de lágrimas, pasan vertiginosamente por las páginas, y pasan deleitándonos, al revivir los días crueles de una cruel tragedia política y social.»

De la *Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales*, después de los dos libros cuya publicación anunciamos en crónicas anteriores: *La guerra europea: Causas y pretextos*, de Orestes Ferrara, y la *Historia diplomática de Chile y la unidad internacional de los Estados Americanos*, de Alejandro Alvarez, no hemos recibido ningún otro; pero tenemos noticias de la reciente aparición de algunos, que, apenas los recibamos, hemos de anunciar debidamente al lector.

A esta notable lista de libros debemos agregar uno más que no forma parte de ninguna de las tres mencionadas «Bibliotecas», aunque ha sido igualmente dado a luz por la *Editorial-América*. Se titula *La ofrenda de España a Rubén Darío*, colección de los artículos y poesías de literatos españoles, escritos en ocasión de la muerte del gran poeta, hecha por don Juan Gon-

zález Olmedilla y líricamente prologada por Blanco-Fombona. Allí encontramos las firmas de ambos Machado, Cavia, Unamuno, Nervo, Salaverría, Andrenio, Díaz Canedo, Carner, Pérez de Ayala y muchos otros, que hacen de este libro un inolvidable homenaje de la intelectualidad española al Poeta, como lo fué de la intelectualidad argentina, el número del pasado Febrero, de NOSOTROS.

Ediciones de «La Lectura».

La Lectura, la difundida e importante revista madrileña, cuyas ediciones de todo carácter y en todos los campos de la cultura, suman ya una cifra no pequeña, prosigue con ejemplar tenacidad su obra de bien, de verdad y de belleza, como ajena a esta crisis material, moral e intelectual que el mundo atraviesa. Nuestros lectores conocen sin duda esas ediciones, así las de los *Clásicos castellanos*, para los cuales no tenemos palabras de suficiente encomio, como las de *Ciencia y educación*, de la *Biblioteca de Juventud*, de los *Libros escolares* y de obras especiales: todas se recomiendan igualmente por la bondad del texto, la corrección de la traducción, cuando de libros extranjeros se trata, la calidad de papel y el esmero en la impresión. Son, a la vez que libros útiles todos los que *La Lectura* publica, libros artísticamente presentados.

Los últimos recibidos pertenecen a la sección *Ciencias y educación* y *El libro escolar*. A la primera un folleto que contiene una carta de Milton a su amigo Samuel Hartlib, sobre educación. Fué publicada primeramente en 1644 y reimpressa, viviendo todavía el autor, en 1673. Esta creemos que es la primera vez que ve la luz en castellano: la ha traducido Natalia Cossio, y lleva al frente las necesarias informaciones sobre Milton, Hartlib y este sumario tratado.

Figuran en la sección *El libro escolar* las siguientes obritas, elegantemente encuadernadas en tela: *El califa cigüeña* y otros cuentos de W. Hauff, narrados por R. M. Tenreiro y acompañados de muy bellas y finas ilustraciones de Muguruza; la *Historia Universal*, por Ernesto Lavisse, traducida y adaptada a los lectores infantiles de España y los países hispanoamericanos, mediante oportunas adiciones, cortes y mudanzas, por José Deleito

y Piñuela, catedrático en la universidad de Valencia; y un texto sencillo de *Historia natural*, que comprende Biología general, Uranografía, Geología, Botánica y Zoología, debido a Francisco de las Barras, catedrático en la universidad de Sevilla.

Una crónica de Francisco Contreras.

Hacia tiempo que no leíamos en el *Mercure de France* ninguna crónica de Francisco Contreras sobre las *Letras hispanoamericanas*. Nos ha compensado de la larga espera, una muy interesante y extensa, que nos ha traído el número de la primera quincena de Octubre de la importante revista francesa. En ella trata nuestro distinguido colaborador, con su reconocida competencia y ecuanimidad, de algunos libros americanos aparecidos en los últimos tiempos, entre ellos *El Mirador de Próspero*, de Rodó; *El Castillo de Elsinor*, de Pedro Emilio Coll; *Aspectos Nacionales*, de Carlos de Velazco, y *El Solar de la Raza*, de Manuel Gálvez. A propósito de este libro, editado por NOSOTROS en 1914 y al que recientemente ha sido acordado el tercer premio de 10.000 pesos, instituido por la ley 9191, escribe don Francisco Contreras, después de alabar cumplidamente al autor y a su obra, algunas observaciones que nos parece muy oportuno recoger. Dice de Gálvez: «Ha escuchado la palabra de luz del maestro de *Ariel*. Y con ardor de apóstol se ha votado a la noble tarea de encender en el espíritu de su patria rebajada por las luchas materiales, la llama del ideal purificador. Para ello, él suscita el ejemplo del viejo misticismo católico que persiste en la España arqueológica. Pero si tal misticismo, como credo, es hoy día algo imposible en la «élite» *corrompida* por la ciencia y si lo será muy pronto en el pueblo, *desnaturalizado* por la instrucción, ¿por qué pretender restaurarlo en nuestras jóvenes naciones como norma de ideal social? Los pueblos hispanoamericanos tendidos hacia el porvenir, deben, ciertamente, desarrollar sus dotes intelectuales, tanto si no más que su riqueza material, pero no pueden por eso exaltar los credos religiosos del pasado que no corresponden ni a su época ni a su espíritu. Conviene desconfiar de las conversiones ruidosas de Europa, que tanto nos impresionan, porque, cuando no obedecen a ocultos móviles utilitarios, son el efecto del medio caduco que gusta de las cosas ingenuas, del mismo

modo que los ancianos se complacen con los juegos de niños».

En esta crónica Francisco Contreras se ocupa también de NOSOTROS con palabras de elogio que agradecemos, y califica el número especial que consagramos a Rubén Darío, en Febrero pasado, como un «soberbio homenaje, del cual puede enorgullecerse la dirección de esta revista».

—A propósito de este distinguido escritor chileno, tenemos noticia de que prepara un libro sobre *Rubén Darío y las nuevas letras Hispanoamericanas*, que será publicado en francés y en castellano.

Se recordará que, hace unos dos años, Contreras fué encargado por la casa editorial Figuière, de París, para compilar una *Antología de los Poetas Hispanoamericanos*, en francés. Esta obra, según él mismo nos comunica, está terminada ya, sólo que no puede aparecer aún a causa de la guerra. En cambio, el libro que ahora escribe aparecerá sin falta en los primeros meses de 1917.

Contreras suplica a los escritores argentinos y, en general, hispanoamericanos (prosistas y poetas, que no hayan enviado sus datos para aquella Antología) se sirvan remitirle sus libros y demás datos, a fin de poder hablar de ellos en la obra que actualmente prepara. Su dirección es: 23, rue Le Verrier, París.

«Cultura».

De Méjico nos llega el 6.º número de una publicación quincenal que allá edita un grupo de jóvenes amantes de las buenas letras, y que por su carácter merece ser recomendada al lector. Trátase de unas pequeñas y bien impresas entregas que llevan por título *Cultura* y por subtítulo «Selección de buenos autores antiguos y modernos». Son los directores de esta nueva biblioteca americana los señores Agustín Loera y Chávez y Julio Torri. El número recibido trae una selección de las *Poesías* de Juana Inés de la Cruz, la más importante poetisa colonial de toda América, inteligentemente prologadas por Manuel Toussaint.

Manuel Ugarte.

El 30 de Enero ha partido para Méjico el escritor Manuel Ugarte, respondiendo a una invitación de aquella universidad.

para dar en ella una serie de conferencias. Con esta misión, Ugarte se propone insistir en la labor de acercamiento de nuestro país con las repúblicas latinas, norte y centroamericanas, en la cual siempre ha estado empeñado con tesón.

El banquete que los amigos le ofrecieron y la cariñosa despedida que en el puerto hicieronle sus admiradores, han probado una vez más cómo lo acompañan en la noble empresa las simpatías de muchos círculos intelectuales.

La dirección de *P B T*.

Ha renunciado a la dirección de *P B T* el conocido periodista Enrique M. Ruas. Hace un año saludamos su entrada en la difundida revista semanal, convencidos de que llevaría a ella experiencia y talento. Los hechos confirmaron con creces nuestras esperanzas. El nuevo director hizo de *P B T* una publicación amplia, culta, muy argentina, a la vez que popular por su amabilidad. Se rodeó de los mejores elementos de nuestra juventud intelectual — y es aquí el caso de decir que fueron sus colaboradores más eficaces la mayoría de los de *NOSOTROS*, — acogió con interés todas sus iniciativas, los estimuló al trabajo, no hizo silencio en las páginas de esa revista popular acerca de ninguna manifestación interesante de nuestras letras y nuestro arte, y triunfó, dándole a *P B T* la importancia y difusión que hoy día tiene, no menores que las de su primera época. Su imprevisto retiro será sin duda lamentado por todos, y todos sin duda han de desear verlo pronto a Rúas al frente de alguna otra revista a la que pueda dar el carácter que *P B T* ha tenido durante el año pasado de 1916.

Ha reemplazado a Enrique Rúas en la dirección del colega, el periodista E. Dupuy de Lome.

Revistas de América.

En el número 90 del pasado mes de Octubre hablamos extensamente en un artículo especial, de todas las revistas americanas que llegan a nuestra mesa de redacción. A la lista entonces publicada, debemos agregar las siguientes, que nos han visitado desde aquella fecha:

La Crónica, semanario hispanoamericano, 2.^a época. San Francisco, California.

Cuba Pedagógica, revista quincenal, 3.^a serie. Directores: doctor Arturo Montori, doctor Ramiro Guerra. Habana.

Los números 11 y 12, que hemos recibido, correspondientes a Octubre y Noviembre, acreditan la importancia y seriedad de esta revista.

Colección Eos, interesantes cuadernitos mensuales con buenas transcripciones e inteligentes notas, que aparecen en San José de Costa Rica. (Hemos hecho conocer una de esas notas, muy curiosa, en el número 91 de NOSOTROS, en la sección *La Argentina juzgada en América*).

«NOSOTROS».
